

ASTROLOGÍA GALLICA

Tomo XVI

Acerca de los rayos

Jean-Baptiste Morin de Villefranche

INDICE

| | |
|---|----|
| PRESENTACIÓN..... | 4 |
| PREFACIO | 7 |
| SECCIÓN PRIMERA..... | 8 |
| CAPITULO 1 ACERCA DE LA DIFERENCIA ENTRE RAYO Y ASPECTO, Y VARIAS OPINIONES SOBRE ÉSTOS, POR SUS EFECTOS EN ESTE MUNDO SUBLUNAR..... | 8 |
| CAPITULO 2 DONDE SE EXPONE LA DOCTRINA ACERCA DE LOS RAYOS DE LOS ASTROS DE JOHAN FRANCO OFUSIO, EL ALEMÁN: Y SE DICE QUE HAY QUE PENSAR SOBRE ESTAS CUESTIONES. | 9 |
| CAPITULO 3 QUE ES UN ASPECTO SEGÚN LOS ASTRÓLOGOS: Y EN QUÉ SE BASA LA EXPLICACIÓN FORMAL EN GENERAL. | 12 |
| CAPITULO 4 CUÁNTOS SON LOS ASPECTOS ASTROLÓGICOS Y CUÁL ES LA PROPORCIÓN ANGULAR DE CADA UNO: CUALES SON SIMPLES Y CUÁLES COMPUESTOS. | 15 |
| CAPITULO 5 SOBRE SI LOS ASPECTOS DE LOS PLANETAS DEBEN TOMARSE POR LA POSICIÓN MEDIA DE LOS PROPIOS PLANETAS, O LA VERDADERA A LA VISTA, O LA VERDADERA DESDE EL CENTRO DEL MUNDO. | 21 |
| CAPITULO 6 EN QUÉ CÍRCULO MÁXIMO DEBEN SER CONSIDERADOS PRIMERO LOS ASPECTOS REALES DE LOS PLANETAS, SIGUIENDO A PTOLOMEO Y CARDANO, Y SU REFUTACIÓN. | 22 |
| CAPITULO 7 LA OPINIÓN DE JUAN BLANCHINO Y CIPRIANO LEOVICIO SOBRE EL MISMO TEMA, Y SU REFUTACIÓN. | 25 |
| CAPÍTULO 8 LA OPINIÓN DE JUAN REGIOMONTANO SOBRE ESTE ASUNTO Y SU REFUTACIÓN. | 28 |
| CAPITULO 9 EN QUÉ CÍRCULO MÁXIMO DEBEN SER VERDADERAMENTE TOMADOS LOS ASPECTOS REALES DE LOS PLANETAS..... | 31 |
| CAPITULO 10 DE LA NATURALEZA BENÉFICA Y MALÉFICA DE LOS ASPECTOS Y CUAL ES LA CAUSA DE UNA Y OTRA. QUÉ ASPECTOS SON BENÉFICOS Y CUÁLES MALÉFICOS..... | 41 |
| CAPITULO 11 SI LOS ASPECTOS ASTROLÓGICOS DIFIEREN ENTRE ELLOS POR SU CLASE..... | 48 |
| CAPITULO 12 LAS CAUSAS DE LOS ASPECTOS ASTROLÓGICOS. | 49 |
| CAPITULO 13 DEL ORBE DE LA INFLUENCIA DE LOS ASTROS Y DEL SEMIDIÁMETRO DE ESE ORBE EN LOS PLANETAS Y ESTRELLAS FIJAS, “LA NUEVA Y VERDADERA DOCTRINA PARA EL CONOCIMIENTO NECESARIO DE LOS ASPECTOS. | 50 |
| CAPITULO 14 DE LOS ASPECTOS PARTILES Y PLATICOS DE LOS PLANETAS, TANTO LOS DIESTROS COMO LOS SINIESTROS..... | 53 |
| CAPITULO 15 DE LOS ANTISCIOS DE LOS PLANETAS..... | 55 |
| CAPITULO 16 EN ÚLTIMA INSTANCIA, CÓMO HAY QUE REFORMAR LA FORMA USUAL DE HABLAR DE LOS ASPECTOS Y ANTISCIOS O, AL MENOS, CÓMO HAY QUE ENTENDERLA..... | 57 |
| CAPITULO 17 SI UN PLANETA QUE ASPECTA A OTRO, O ESTÁ EN SU ANTISCIO, | |

| | |
|---|----|
| TRANSMITE A ÉSTE SU NATURALEZA Y CUALIDAD PROPIA Y LA DEL SIGNO QUE OCUPA..... | 58 |
| CAPITULO 18 QUÉ OBJECIONES CONTRA LOS ASPECTOS DE LOS PLANETAS HAN SIDO HECHAS POR PICO DE LA MIRÁNDOLA, ALEJANDRO DE ANGELIS Y OTROS. Y PRIMERO LAS DE PICO..... | 60 |
| CAPITULO 19 LO QUE OBJETA ALEJANDRO ANGELIS..... | 64 |
| CAPITULO 20 LAS OBJECIONES DE PLOTINO Y MARSILIO FICINO..... | 67 |
| CAPITULO 21 DE LOS ASPECTOS MUTUOS DE LOS PLANETAS Y LAS ESTRELLAS FIJAS. | 68 |
| | |
| SECCIÓN 2 DE LAS APLICACIONES Y SEPARACIONES DE LOS PLANETAS: Y TAMBIÉN DE LA TRANSLACIÓN DE SU CUALIDAD, ABSCISIÓN, ETC. | 69 |
| CAPITULO 1 QUÉ ES LA APLICACIÓN Y LA SEPARACIÓN Y A QUE PLANETAS SE PUEDEN ATRIBUIR CON PROPIEDAD. | 69 |
| CAPITULO 2 DE LOS MODOS Y EFECTOS DE LAS APLICACIONES SIMPLES Y DE LAS SEPARACIONES DE LOS PLANETAS ENTRE ELLOS. | 71 |
| CAPITULO 3 DE LOS TIPOS Y EFECTOS DE LAS APLICACIONES Y SEPARACIONES MÚLTIPLES DE LOS PLANETAS ENTRE ELLOS. | 74 |
| CAPITULO 4 DE LA DORIFORIA DE LOS PLANETAS O ACOMPAÑAMIENTO | 77 |
| | |
| SECCIÓN 3 DE LOS PLANETAS COMBUSTOS POR EL SOL..... | 79 |
| CAPITULO 1 QUÉ ES EL QUE UN PLANETA ESTÉ COMBUSTO POR EL SOL. | 79 |
| CAPITULO 2 CUALQUIER PLANETA TIENE SIEMPRE ALGUNA PARTE DE SU INFLUENCIA EN EL CORAZÓN DEL SOL, O EN COMBUSTIÓN O BAJO LOS RAYOS. ... | 80 |
| CAPITULO 3 SI LOS PLANETAS COMBUSTOS NO TIENEN NINGÚN PODER SOBRE ESTE MUNDO INFERIOR, TAL COMO PENSARON LOS ANTIGUOS. | 81 |
| CAPITULO 4 RAZONES CONTRA LA OPINIÓN DE LOS ANTIGUOS. | 83 |
| CAPITULO 5 LAS EXPERIENCIAS CONTRA LA OPINIÓN DE LOS ANTIGUOS..... | 86 |
| CAPITULO 6 EN EL CUAL SE ECHAN POR TIERRA LAS RAZONES DE LUCIO BELANCIO EN FAVOR DE LA OPINIÓN DE LOS ANTIGUOS. | 88 |

PRESENTACIÓN

Desde hace años indagamos, buscamos y perseguimos con interés toda información que nos permita comprender cada uno de los fundamentos o pilares en los que se sustenta la astrología. Hace tiempo, entendimos que los aspectos son uno de los pilares de la interpretación astrológica. Después de conocer la opinión de los antiguos maestros astrólogos árabes y hebreos, necesitábamos saber qué pensaba al respecto Morin de Villefranche, uno de los últimos grandes maestros, junto con Kepler, de lo que podemos considerar la astrología moderna.

De los veintiséis tomos que componen su legado, conocido como la Astrología Gálica, que es quizá la obra astrológica más extensa jamás escrita, hay uno, el número XVI dedicado expresamente al tema de los aspectos, titulado “Acerca de los rayos y los aspectos”. Nos interesamos por él, y, como cualquier otro investigador, nos encontramos con que sus textos están escritos en latín y sólo hay cuatro o cinco tomos traducidos, unos en francés y otros en inglés, pero el XVI, dedicado a los aspectos, sólo se encontraba en latín.

La buena suerte permitió que nos encontráramos con Pepa Sanchis, una formidable entusiasta de la astrología que además es profesora de latín, y que decidiera con la mejor voluntad encargarse de la tarea de traducirnos a Morin.

En este libro, traducido directamente del latín al castellano, en primer lugar, Morin nos explica la diferencia que existe entre rayo y aspecto, resumiendo además la opinión de otros astrólogos como Ofusio, Kepler, Marsilio Reino, Ptolomeo, Lucio Belanrio, Maestino, Juan Blanchino, Cipriano Lobicio, Juan Regiomontano, Pico de la Mirándola, Alejandro de Angelis y otros, con quienes discute cada una de sus opiniones hasta concluir en una explicación racional y enriquecedora sobre la cuestión de los aspectos y especialmente sobre los orbes.

En este libro Morin habla de los aspectos de dodecil, 30° (semi-sextil); del quincucio, 150°; el sesquicuadrado, de 135°; pero niega o se opone a los aspectos keplerianos como el biquintil. Y nos muestra una interpretación sobre el significado de los aspectos que se puede calificar de sorprendente.

Morin define claramente la diferencia entre un aspecto partil, o aplicativo o separativo, desarrollando un capítulo dedicado a la aplicación y separación de los planetas; también dedica un amplio capítulo a los antiscios de los planetas; otro sobre los aspectos mutuos de los planetas y las estrellas fijas; un precioso capítulo dedicado íntegramente a las Doriforias de los planetas; otros sobre los planetas combustos, y los últimos donde se exponen los puntos más críticos sobre la astrología que Morin resuelve con su especial lucidez.

Este texto es de obligada lectura para quien quiera conocer de primera mano el pensamiento de Morin de Villefranche relacionado con los aspectos, sus orbes, aplicaciones, agrupaciones o separaciones de los planetas.

TITO MACIÁ

ACLARACIONES DE LA TRADUCTORA

Este libro es el resultado de la conjunción del esfuerzo de 3 personas:

- El promotor: Tito Maciá
- El corrector técnico: Miguel García
- La traductora: Pepita Sanchis

Como traductora sólo les puedo hablar de mi cometido y del planteamiento de la presente traducción. Primero tendría que aclarar que traducir a un autor le permite a uno establecer un especie de vínculo con él. La lengua es un instrumento de comunicación que no sólo transmite ideas y conceptos intelectuales, sino también sentimientos y vivencias. A través de la lengua cada pueblo expresa sus creencias, su historia, su estructura social etc., amén de informarnos

sobre su entorno y otros datos físicos. Aparte de eso, el uso que hace cada individuo de la lengua nos permite conocer la personalidad y el nivel cultural del mismo.

Este texto y su autor son del siglo XVII y os puedo asegurar que, después de haber traducido a otros autores de la misma época (incluso catedráticos universitarios y eclesiásticos), me sorprendió la pureza lingüística de Morin de Villefranche (cosa poco frecuente en su época), lo cual me demostró que su inteligencia era clara (el latín es una lengua difícil) y que era un hombre extremadamente culto. Creo que sólo le he podido sorprender 2 o 3 veces en un renuncio y esto dice mucho en su favor.

Sin embargo, aunque su erudición lingüística fuera grande, tenía Morin una serie de peculiaridades que me obligaron a tomar una decisión. Ya venía sobre aviso, pues Weiss definía el latín de Morin como “incomprensible”. Pues no es eso (mintió el alemán): escribe muy bien, pero Gene una forma muy retorcida de explicar las cosas. A Morin le gustaban los periodos largos (un “periodo” es una oración compuesta), extremadamente largos incluso, al estilo ciceroniano, pero sin la sobria elegancia de aquél. Morin es un hombre complejo y escribe como tal: repitiendo incansablemente, tomando y retomando las ideas, alargando las frases hasta lo indescriptible.

Así pues, la primera traducción que hice fue literal y, después de comprobar que mis compañeros se quedaban confusos, creí que lo mejor era que una Piscis enmendara a otro Piscis (entre nosotros nos entendemos). En resumen: cuando un periodo cubría algo así como 12 líneas, opté por cortarlo en varias oraciones más sencillas y eliminar adverbios innecesarios o repeticiones harto redundantes. Creó que esa libertad que me tomé permitirá a los demás entender algo, cosa que a duras penas hubieran podido hacer en caso contrario.

Por otra parte, hemos añadido diversos comentarios: los más técnicos son de Miguel García y Tito Maciá y los más sencillos (y caseros) son míos. Es otra libertad que me he tomado para guiar al lector explicándole lo que yo entendía. Pero huelga decir que cada cual puede forjarse sus propias explicaciones.

En cuanto al temperamento de Morin, mis compañeros han incluido varios comentarios sobre su supuesta índole de “perillán”. Personalmente, como traductora, no comparto su opinión. Al traducirle creo que he llegado a comprenderle (quizá por el contacto más directo a través de la lengua latina) y pienso que Morin era un hombre muy inteligente, riguroso y metódico por un lado, aunque con ciertas obcecaciones mentales y algunas confusiones que, de repente, enturbiaban su claridad de juicio. Probablemente fuera un hombre muy superior a los demás, un gran erudito, pero que veía con amargura (cosa que sigue ocurriendo en la actualidad) que su ciencia y su saber no gozaban de prestigio. Trabajaría largas horas, solo (como buen Pisas), en su biblioteca, rumiando las ofensas ajenas y tragando su humillación por tener que servir a otros a los que él consideraba como imbéciles, siempre menospreciado y vilipendiado, con frecuentes apuros económicos y aguantando continuas zancadillas. Me lo imagino perfectamente a altas horas de la noche, sin más compañía que su candil, helado de frío en la sala pequeña y oscura (los Piscis son frioleros), recordando quizá a alguna de las mujeres a las que amó (y que tantos sinsabores le causaron según él), aquejado de múltiples males (tenía una salud muy delicada, como también nos dice) y escribiendo improprios diversos contra sus enemigos (era de ascendente Aries) ¿Cómo no lo iba a hacer si estaría harto de luchar contra la ignorancia y estupidez ajenas? Además, tenía todo el tiempo del mundo y estaba escribiendo su magna obra. Su única alegría.

Su resentimiento contra los demás estalla a menudo en las páginas de su obra, pero eso le hace más humano. Diría incluso que a mí, personalmente, me parece muy elogiabile que un hombre solo luchara contra el desprecio y la amargura, contra la sociedad en suma, y dedicara su tiempo y esfuerzos a escribir una obra tan ingente para transmitir un saber del que otro hubiera preferido sacar partido económicamente en vez de derrochar sus energías en una actividad no lucrativa. Morin pensó sobre todo en DAR a los demás. En eso actuó como

auténtico Piscis: entregando todo lo que tenía (sus conocimientos) en la más profunda soledad
¡Chapeau!

Y ahora la obra que aquí nos interesa. Los lectores que no entiendan de astronomía (como yo), encontrarán francamente aburridos los primeros 12 capítulos. Para mí el mejor Morin es el que empieza a partir el capítulo 13 y aquellos que hayan leído a Weiss comprobarán cómo éste no hizo más que plagiar al maestro.

Bien, espero que se tomen con paciencia a mi querido cascarrabias y aprendan a sacar lo mejor de él. Que lo hay.

PEPITA SANCHIS

PREFACIO

La teoría de los aspectos es la más importante y la más sutil de toda la astrología, porque los planetas alteran de diversas maneras este mundo sublunar por medio de los diversos aspectos que forman entre sí y hacia los ángulos del Ascendente y del Medio Cielo. Sin embargo, los astrólogos tienen grandes discrepancias sobre estas cuestiones. No se ponen de acuerdo acerca de cuánto es el número de los aspectos, cuál es el círculo celeste en el que éstos mismos se han de tomar, cuáles son las proporciones de cada uno, y también por qué unos son benéficos y otros maléficos. En este libro se trata especialmente todas estas cuestiones.

SECCIÓN PRIMERA

CAPITULO 1 ACERCA DE LA DIFERENCIA ENTRE RAYO Y ASPECTO, Y VARIAS OPINIONES SOBRE ÉSTOS, POR SUS EFECTOS EN ESTE MUNDO SUBLUNAR.

Los rayos y los aspectos de los astros difieren entre sí como lo simple y lo compuesto: es decir, sin lugar a dudas, el rayo es uno solo, y de naturaleza simple, y se emite desde algún astro siguiendo una línea recta, tal como dijimos de la luz en el cap. 3, sec. 1, libro 11. El aspecto, en cambio, consta de dos rayos, emitidos por dos astros. Ambos rayos se toman en cuenta, bien porque se unen hasta formar una sola línea, trazada recíprocamente desde un astro al otro (ver fig. 1), como si los propios astros se miraran¹, bien porque dichos rayos forman un ángulo en el centro de la Tierra o del Mundo con las líneas trazadas desde uno y otro astro hasta el centro del Mundo, como si estuvieran mirando a éste (ver fig. 2),

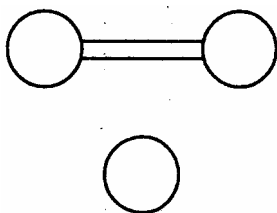


Figura 1

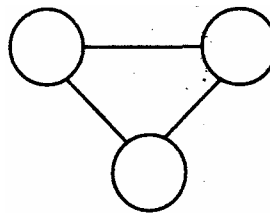


Figura 2

Sin embargo las opiniones acerca de los rayos y los aspectos han sido diversas. Por ejemplo, J. Franco Ofusio, hombre de sutil ingenio, en su libro acerca de la divina facultad de los astros para la fantasmal (según dice él) astrología, llama “rayos” tanto los que emanan simples y solitarios hacia este mundo inferior, como los que son emitidos por dos astros y se mezclan en una sola línea. Consideró que estos últimos sobre todo eran muy poderosos y el origen de los cambios sublunares. Pero no dio importancia a los aspectos por el ángulo que forman los rayos hacia el centro del Mundo, es más, los rechazó. Kepler, en cambio, aprueba estos últimos aspectos y considera que son la causa de los cambios. Por el contrario, desecha los aspectos propuestos por Ofusio, es decir, los formados por rayos que no tienden hacia el centro de la Tierra.

Comentario: Aquí hay dos posturas enfrentadas. Ofusio considera los aspectos entre los planetas y Kepler los aspectos por ángulos que forman hacia el centro, es decir, la Tierra.

Por lo demás, entre los antiguos astrólogos y Kepler aún hay una gran disparidad de opiniones acerca de cuántos aspectos hay, qué efecto producen y de qué manera actúan. Por su parte, Kepler considera -en el libro 1 sobre la nueva estrella, capítulo 2- que los aspectos son lo único que debe mantenerse de la astrología, mientras que el restante corpus de doctrina de los astrólogos debería ser eliminado casi todo. De todas formas someteremos a examen estas opiniones una por una, empezando por la doctrina de Ofusio.

Comentario: Morin diferencia entre rayo y aspecto. Define al rayo como simple cuando es emitido desde algún planeta en línea recta, mientras que el aspecto consta de dos rayos emitidos por dos astros.

Sobre las ideas astrológicas de Kepler, hay que señalar que éste consideraba los aspectos como fundamentos muy ciertos de la astrología y desechaba la mayoría de los restantes elementos astrológicos.

¹ De aquí viene la palabra "aspecto"="mirar hacia"

CAPITULO 2 DONDE SE EXPONE LA DOCTRINA ACERCA DE LOS RAYOS DE LOS ASTROS DE JOHAN FRANCO OFUSIO, EL ALEMÁN: Y SE DICE QUE HAY QUE PENSAR SOBRE ESTAS CUESTIONES.

Ofusio elaboró una filosofía muy sutil acerca de los efectos de los astros -no totalmente ajena a la razón-, a la par que trató en vano de derribar la astrología de Ptolomeo y los antiguos. Consideró sólo la distancia de los astros de la Tierra, su altura y pausas sobre el horizonte; y, a partir de estos datos, juzgó la fuerza y poder del rayo simple de cualquier planeta sobre este mundo inferior; y además especuló sobre las mezclas y los reflejos de los rayos simples. Con tales bases le resultó bastante difícil deducir ingeniosamente al menos las alteraciones sublunares, con el apoyo de unas tablas y los fundamentos de éstas. Vamos a tratar lo que dice Ofusio acerca de las mezclas y reflejos de los rayos, pues ya hemos dicho en el libro 8, sec. 1, cap. 3, lo que hay que opinar de los otros elementos de su teoría.

Así pues, según Ofusio (cap. 10 de su libro), los astros infunden con sus rayos la luz, el calor y lo que llaman “ocultas cualidades de la materia” a lo sublunar y corruptible; y dichos rayos se mezclan, aunque no todos. Dice que sólo son susceptibles de mezclarse los rayos de los cuerpos celestes de dos luceros -cuando se aspectan recíprocamente- que se unen en una imaginaria línea recta trazada desde un lucero hasta el otro o más bien en una sola columna radial enmarcada por las líneas que tocan los cuerpos luminosos. Y por esa mezcla los rayos se alteran a su vez, mientras el lucero fuente del rayo no es afectado en absoluto. El resultado es una síntesis de ambos y, si aquella columna viene a caer en una región o materia corruptible, la altera según la naturaleza de la mezcla y su fuerza, pero si no, se frustra su efecto. Pero, según él, la fuerza de los otros rayos -emitidos por estos mismos luceros y que solamente se corean- es suprimida y no se mezcla.

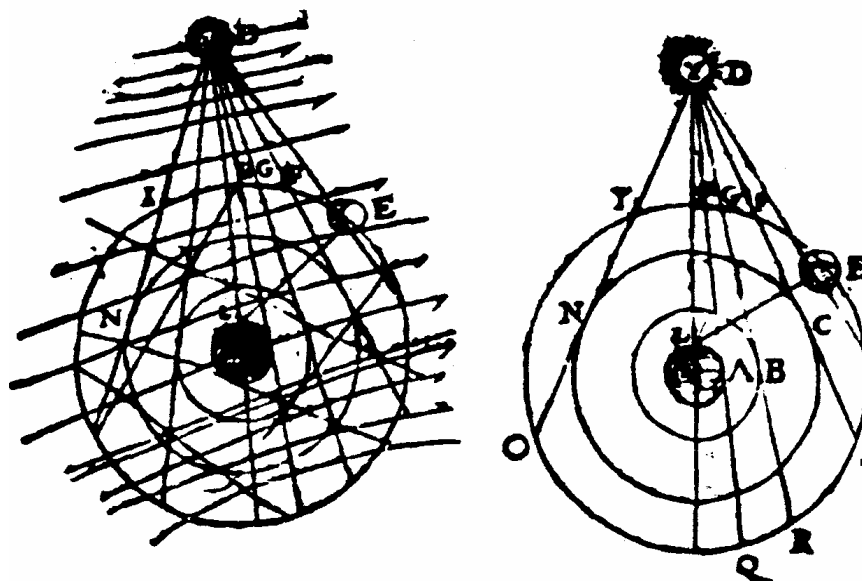
Comentario: Ofusio diferencia entre las líneas geométricas (que no tienen realidad física) y los rayos portadores de las cualidades de los planetas, que sí tienen realidad física y que siguen siempre las líneas geométricas que salen del cuerpo celeste. Cuando los rayos de los dos planetas coinciden en la misma línea geométrica (es decir, la línea geométrica trazada por los centros de los cuerpos luminosos) sus cualidades se combinan. Es lo que Morin llama la columna radial (de las cualidades combinadas). Por referencia a la figura mencionada en el párrafo siguiente, explica cómo al cortar dicha columna una esfera corruptible (como puede ser la atmósfera) puede actuar sobre el mundo inferior. Y solo cuando corta una de esas esferas es cuando tiene algún efecto, es decir, cuando podemos considerar que hay aspecto entre los luminosos.

Y así pues, supongamos -en la siguiente figura de su cap. 18- que la Tierra es LA, su centro M, la superficie más externa del aire B, el fuego C, el Sol en el éter D y la Luna en su propia órbita E. Según Ofusio, el rayo común DE se frustra en su efecto al faltar naturaleza corruptible en el éter, pero, al acercarse la Luna al Sol en F, G, H, los rayos comunes DC, DB y DA penetran en las regiones de los elementos y alteran todas las cosas de dichas regiones elementales, hasta que la misma Luna en su recorrido llega al punto I, donde el rayo común DN abandona la región elemental. Y lo que se dice aquí de la unión de los rayos respecto a la conjunción del Sol y la Luna, ha de entenderse igual respecto a su oposición, cuando la Luna en su recorrido alcanza O, P, Q, R, S, y también acerca de las conjunciones y oposiciones de los otros planetas. En cambio, los rayos del Sol y de la Luna DL, EL que concurren hacia la superficie de la Tierra y se cortan, no se unen -según él-, sino que su fuerza se destruye.

Y además opina (cap. 10) que, si la Tierra se encuentra diametralmente entre los centros de ambos luceros (como en la línea DP), la misma Tierra, con su opacidad, impide la unión y mezcla de los rayos -sobre todo si uno de los dos luceros o ambos son más pequeños que la Tierra-, pero si los rayos de los dos luceros tan sólo rozan la superficie de la Tierra, se hace

entonces una unión muy fuerte y eficaz.

ASTROLOGIA GALICA



La figura de Ofusio

Acerca de esta teoría digo, en primer lugar, que semejante unión de los rayos tiene una notable capacidad para producir las alteraciones diurnas del calor, frío, humedad y sequedad en el mundo inferior. Esto es lo único que Ofusio deduce de ello y dice haber observado. Efectivamente, pienso que si en el éter alguna materia apropiada para engendrar cometas fuese interceptada por tal columna de rayos, podría encenderse, sobre todo si concurren el Sol y Marte. Pues el lucero es tanto caliente como frío en su actuación y lanza sus rayos a su alrededor en todas las direcciones y por medio de dichos rayos produce efectos dondequiera que llega a tocar una materia alterable por estas cualidades. Y me parece que debe tomarse en consideración una fuerza capaz de hacer esto con los cometas. En cambio, creo que la misma columna no tiene ninguna capacidad de influir a no ser que converja hacia la Tierra o el centro del Mundo, según el cap. 31, sec. 2 libr. 7.

Luego yerra Ofusio al decir que si la Tierra se coloca diametralmente entre ambos luminosos impide la unión y mezcla de los rayos e igualmente su efecto, según afirma en el cap. 14. Pues, aunque esto sea cierto de los rayos de luz, calor y frío, como es evidente, es falso de los rayos de las influencias, que penetran todo el cuerpo de la Tierra, según el cap. 32, sec. 2, lib. 7, cosa que ignoró Ofusio.

Además se equivoca de nuevo cuando dice que la fuerza de los rayos DL y EL que se cortan en la superficie de la Tierra L, se destruyen y nada hacen, pues así resultaría que el Sol D no calentaría la Tierra por el rayo DL, ni la Luna E enfriaría y humedecería la misma parte de la Tierra por el rayo EL, lo que nadie en su sano juicio diría y es contrario a la doctrina de Ofusio de los rayos simples. Al contrario: al actuar el Sol y la Luna hacia la misma parte de Tierra L, es forzoso que allí se produzca una mezcla de los rayos, sobre todo porque los rayos, al menos los de calor y frío, en su mayor parte se paran al encontrarse con la densidad de la Tierra. Ciertamente, cualquier otra materia en el aire o el éter puede ser alterada por similares rayos, pero no tan fuertemente como por la anteriormente citada columna de rayos. Y esto es todo acerca de las mezclas de los rayos.

Por lo que se refiere a los reflejos de los luceros Ofusio destaca estos tres puntos:

-Primero: el rayo de un astro cuyo centro está en el eje del Ascendente, es reflejado con

mucha fuerza hacia sí mismo e igualmente en el lugar de la Tierra de donde es reflejado causa la mayor alteración posible.

-Segundo: si dos astros de moles desiguales estuvieran conjuntos centralmente en el eje del Ascendente y el cono formado por las líneas tangentes comunes a ambos tiene el vértice sobre un punto de la Tierra, entonces el reflejo de los rayos sería recíproco y con mucha fuerza debido a dichas tangentes, y se producirían grandes efectos en la parte de la Tierra que los refleja.

-Tercero: si dos astros lanzan rayos oblicuos a una parte (que, por esta razón, son reflejados hacia el aire) y los rayos del reflejo se mezclan recíprocamente y se unen a los rayos de la ida, entonces será muy poderosa aquella mezcla de rayos.

Y yo estoy de acuerdo con ello, sobre todo por la luz que, puesto que no penetra la Tierra y los cuerpos opacos, es apta para ser reflejada -incluso a una inmensa distancia- por sus otras cualidades. Menos convencido estoy en cuanto al calor, del cual al menos una gran parte penetra los cuerpos densos. Pero ya no estoy nada convencido por lo que se refiere a las influencias que penetran todo el globo de la Tierra.

Por lo demás, esto demuestra cuan difícil e incompleta es la astrología de Ofusio:

-Primero, porque aunque se basa en las fuerzas elementales de los astros, sus semidiámetros y distancias de la Tierra -que son cosas conocidas exactamente en cualquier momento-, necesita otros muchos datos difíciles de saber, como a qué hora la columna superior de los rayos alcanzará la superficie del aire o de la Tierra y cuál va a ser la alteración que se producirá en ellos.

-Segundo, porque son erróneas y tan sólo ficticias sus hipótesis acerca de la naturaleza y cualidades de los planetas y sus idas y vueltas.

-Tercero, porque en los mismos astros, aparte de la luz, el calor y el frío, admite otras cualidades ocultas; pero no dice nada públicamente sobre sus efectos o modos de obrar, poniendo de manifiesto su desconocimiento sobre estos temas, a pesar de ser un hombre, por otra parte, de egregio y sutil ingenio.

-Cuarto, porque, tras hacerse a sí mismo la objeción acerca de la luz del Sol -que la Luna la refleja para nosotros a lo largo de todo el mes lunar, aunque a lo largo de todo ese mes la columna de los rayos del Sol y la Luna no alcanza la Tierra-, se ve obligado a confesar que se distinguen dos cosas en los rayos de los astros: la luz y las cualidades (calor, frío etc.). La luz se muestra y nos llega indistintamente por cualquier ángulo, pero las cualidades ocultas (dice él) que tiene el rayo, no, a no ser por un reflejo recíproco y desde un ángulo recto del Sol a la Luna.

Y eso que en el capítulo 16 confiesa ingenuamente que la materia colegida en el aire se altera cuando dos planetas ocupan ángulos diferentes de la figura celeste (como en el caso de que uno esté en el horizonte, el otro en el meridiano) y, en ese caso, la columna de los rayos” mezclados dista mucho del aire. Sin embargo, no puede explicar con su nueva teoría astrológica la causa de ello y confiesa no saberla.

-Quinto, porque, en el cap. 10, contra las virtudes de los aspectos de uso común entre los astrólogos, confiesa no tener nada que decir del hexágono, cuadrado y trino, porque está convencido por los efectos evidentes de dos planetas cuadrados en los ángulos de la figura, pues éstos alteran muchísimo el mundo inferior, especialmente el aire.

Por todo ello, después de haber dicho hasta qué punto puede resultar de utilidad esta astrología y cuan incompleta y escasa es respecto a los efectos elementales o influyentes de los aspectos astrológicos, según la propia confesión de Ofusio -que en esto se queda impotente-, vamos a empezar a tratar de ellos de una manera más tradicional y segura.

CAPITULO 3 QUE ES UN ASPECTO SEGÚN LOS ASTRÓLOGOS: Y EN QUÉ SE BASA LA EXPLICACIÓN FORMAL EN GENERAL.

Hasta ahora nadie ha tratado científicamente los aspectos astrológicos, aunque la mayor parte de la astrología versa acerca de ellos. Sí se han abierto camino varias opiniones respecto a los mismos, pero las dificultades no son pequeñas. Intentaremos discutir las arrojándolas de valor: Así pues, por el nombre de aspecto se pueden entender tres cosas:

-Primero, la línea o distancia entre dos puntos cualesquiera del cielo (por ejemplo: dos astros o un astro y un punto del cielo), como si ambos se aspectaran mutuamente por aquella línea.

-Segundo, la línea enviada desde algún punto del cielo o astro hacia la Tierra o un hombre, como si aquel punto o astro nos aspectara con aquella línea.

-Tercero, la unión de dos líneas hacia la Tierra -o el centro del Mundo- que manan de dos puntos del cielo, o dos planetas, o un planeta y un punto del cielo. Esta es la única configuración a la que los astrólogos dan el nombre de aspecto, descartando las otras dos anteriores.

Pues no es exacto decir que un planeta aspecta a otro -aunque este modo de hablar sea familiar para los astrólogos-, sino que los rayos de ambos hacia la Tierra constituyen el aspecto propiamente dicho. Esa es la razón por la cual los aspectos se han de tomar respecto a la Tierra, no respecto a los planetas o puntos del cielo basándose en los rayos del uno al otro. Una vez sentado esto, se derrumban las objeciones de Marsilio Ficino contra los aspectos astrológicos (capítulo. 4, en el libro 3 de las Enéadas de Plotino).

Sin embargo, tampoco hay que tomar indiscriminadamente esta tercera significación, pues no constituyen un aspecto astrológico dos líneas cualesquiera trazadas desde dos planetas o puntos del cielo al centro del Mundo, sino tan sólo aquellas que terminan en el zodiaco del primer movable y cortan el arco que abarca parte o partes del círculo máximo dividido en 12 porciones iguales y tiende semejante ángulo hacia la Tierra.

Por consiguiente, el aspecto astrológico puede ser definido en general como:

“Las uniones de dos rayos celestes hacia la Tierra, o el centro de I Mundo, que terminan en el zodiaco del primer movable y cortan el arco que contiene parte o partes del círculo máximo dividido en 12 partes iguales y tiende semejante ángulo hacia la Tierra”.

Se especifica “el zodiaco del primer movable”, porque la posición y los aspectos de los planetas tan sólo son medidos por los astrónomos y astrólogos en el zodiaco del primer movable en función del arco de longitud. Y se dice también “del círculo máximo dividido en 12 partes iguales” por una razón que ha de ser expuesta más adecuadamente en el capítulo siguiente.

Y por eso se excluye de esa definición la conjunción de dos astros en el mismo rayo del primer movable -pues se considera esto como algo aislado y sin relación con otro rayo-, porque el rayo así visto sería tan sólo el principio del aspecto (como un rayo simple de un solo planeta). Sí se admite en cambio la oposición, lo cual no sería un aspecto para aquellos que sólo aceptan los aspectos si hay un ángulo.

Para que quede más evidente la explicación formal del aspecto en general vamos a hacer la siguiente demostración:

Supongamos que en el primer movable están ABC, con dos diámetros AC, BG que se cortan a ángulos rectos en el centro D. Ahora, se traza AB. Todos los astrólogos están de acuerdo en que los puntos A y B están cuadrados y por eso el nacido recibe la fuerza de tal cuadrado. La pregunta es: ¿porqué hay cuadratura? Pero que no es la recta AB el propio cuadrado, queda claro por lo siguiente: el nacido recibe algo de dicho cuadrado y, lo que recibe, es forzoso que le sea llevado por algún rayo, ya que los cuerpos celestes actúan sólo por unos rayos que tienden hacia el sujeto paciente. Pero la línea AB no tiende hacia el nacido, y en consecuencia no le lleva nada. Y tampoco es el arco AB o el ángulo ADB que forma hacia abajo, considerado por sí mismo de manera absoluta. De lo contrario la fuerza del cuadrado estaría

pujante en E, que dista 60 grados de A según la hipótesis, pero allí no está dicha fuerza, sino la del aspecto de sextil con el mismo A, que difiere por naturaleza del cuadrado (ver figura 4):

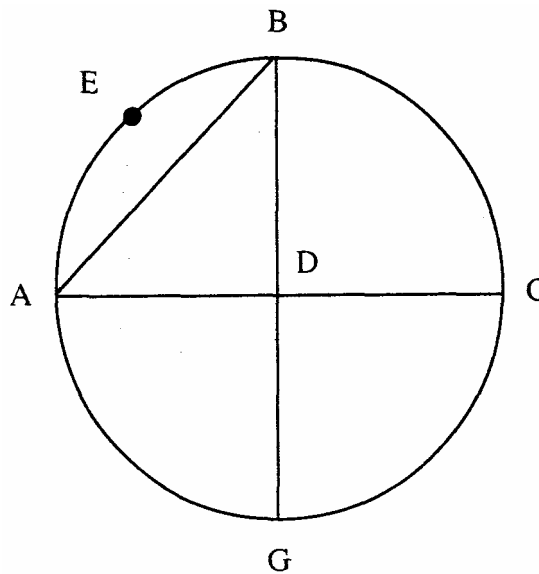


Figura 4

Si hay cuadratura es por la unión de los rayos AD y BD hacia el centro del Mundo D, además de la distancia de los puntos A y B en el primer movible. Y, puesto que el centro es siempre el mismo, pero la distancia de los rayos en el primer movible es variable, en consecuencia lo más importante para determinar la cuadratura, será aquella distancia circular o el ángulo semejante que forma hacia el centro D.

Comentario: Aquí Morin comete un error de cierta importancia en el párrafo anterior al dibujo. Sitúa un punto medio entre el punto A y B que distan entre sí 90° y dice 60° y lo nombra como la fuerza del sextil. Esto no es posible pues dista 45° grados de A y de B. Este error inconsciente, probablemente surge por su rechazo a los aspectos derivados del 8 como veremos en los siguientes capítulos.

La mayor o menor distancia considerada por sí sola y absolutamente no cambia el aspecto (como en el caso del sextil y el cuadrado que difieren en su naturaleza y en virtud, como se mostrará en lo que sigue). Así pues la determinación de la cuadratura se obtendrá a partir de la distancia (angular) tomada relativamente, como la cuarta parte del círculo, ya consideres todos los ángulos hacia el centro, ya el área, ya la periferia del círculo. Por consiguiente, el que haya una cuadratura se debe a ese cuadrante (para todo el círculo), o al ángulo que se dirige hacia abajo a los cuatro ángulos rectos que se forman en el centro.

Por lo tanto, resulta manifiesto que el rayo BD sería un aspecto de cuadratura respecto al rayo AD y viceversa, en la medida en que ambos rayos distan un cuadrante del círculo, arco que abraza tres partes de todo el círculo dividido en 12 partes iguales y forma semejante ángulo en el centro.

De la misma manera, puesto que entre B y G -y también entre A y C- hay un aspecto de oposición, la justificación de la oposición

está por ende en las líneas BG y AC. Y por eso el centro, o punto D común a aquéllos, será al menos en parte la razón de la oposición de los rayos BD y CD que tienden al propio centro; pero lo más importante será la distancia ABC que abarca seis partes o sectores de todo el

círculo dividido en 12 partes iguales, o tiende hacia el centro D dos ángulos rectos. Lo mismo sirve para los demás aspectos.

De donde se hace evidente que, igual que recibimos la virtud elemental de los planetas por la menor o mayor inclinación de su rayo simple hacia el horizonte, así su capacidad de influencia respecto a nosotros experimenta una diferencia específica según la distancia - variable- de los rayos respecto al círculo completo, es decir, según el ángulo formado por los rayos respecto a los cuatro ángulos.

Finalmente, aunque la conjunción de dos planetas no es más susceptible de ser considerada aspecto que el rayo de un único planeta (también decimos que un planeta situado en el Ascendente está “conjunto” al Ascendente y entonces ese Ascendente y el planeta influyen al nacido por un único rayo), sin embargo, la conjunción de los planetas suele censarse habitualmente entre los aspectos, o sizygias, (alineaciones de la Tierra y otros cuerpos celestes), a pesar de que, según lo dicho anteriormente, sea tan sólo el principio de un aspecto, como la isotonía² o unisonancia es el principio de las consonancias.

² Esta palabra tiene un valor distinto de la actualidad.

CAPITULO 4 CUÁNTOS SON LOS ASPECTOS ASTROLÓGICOS Y CUÁL ES LA PROPORCIÓN ANGULAR DE CADA UNO: CUALES SON SIMPLES Y CUÁLES COMPUESTOS.

Las opiniones de los astrólogos acerca del número de los aspectos fueron diversas.

Ptolomeo -al que en general siguen los demás-, además de la conjunción, enumera únicamente cuatro aspectos: el sextil, el cuadrado, el trígono y la oposición. Cardano en cambio (en su comentario), a pesar de que afirma que aquellos aspectos son suficientes, contradiciéndose a sí mismo, admite luego el octógono o figura de 8 lados iguales³ para calcular los días críticos, adhiriéndose así a la teoría de Naiboda y Magino. Por su parte, el autor del Centiloquio (que muchos creen equivocadamente que es Ptolomeo) recomienda tomar en consideración la figura de 16 lados iguales en las enfermedades -opinión compartida por Lucio Belancio, Pontano, Junctino y otros-, a pesar de que Galeno (en el libro 3 acerca de los días “decretorios”) aconsejara observar únicamente los aspectos de Ptolomeo en las enfermedades agudas. La propia naturaleza no puede admitir una división distinta de los aspectos. No hablaré aquí de Maestlino y Kepler que introdujeron muchos otros aspectos meramente ficticios.

Esta diversidad de opiniones es producto de la ignorancia del origen o fundamento de los aspectos, que es el siguiente:

Puesto que la verdadera posición de los planetas que nos afectan no se mide en la propia órbita de cada planeta, sino en el círculo máximo del primer movable (en el cual parecen moverse) y el lugar del planeta es como un punto físico de dicho círculo, pero un punto cualquiera del círculo máximo de la esfera lo es a partir del polo propio del círculo (igual que el mismo círculo entero), y tiene una conexión esencial con él (como se ha demostrado en otra parte), por lo tanto: si desde tal punto del círculo al polo de éste se traza otro círculo máximo de la propia conexión, estará recíprocamente el polo de un círculo en el otro círculo; y si ambos polos reclaman y piden otra conexión, se conectan por un tercer círculo -esto se hará a partir de un tercer polo- y de allí cualquier círculo se cortará en cuatro puntos, que tendrán cualquiera de ellos la virtud de los tres polos, porque, ciertamente, cualquiera de ellos es un polo y debe su naturaleza a los otros dos polos (fig. 5).

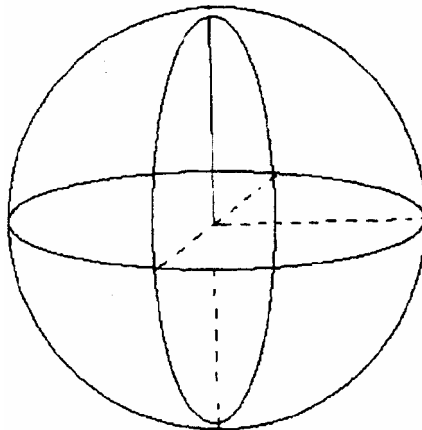


Figura 5

En consecuencia, si cualquiera de los cuatro puntos del mismo círculo es multiplicado por la triple virtud de cada uno, mostrarán o doce virtudes o doce puntos que dividen el círculo. Con esto queda claro que, en el círculo máximo de la esfera, un punto cualquiera designa y

³ La semicuadratura

determina otros once puntos y no más, por necesidad, en el mismo círculo del primer movable, lo cual es la primera causa física determinable de todas maneras y en todas partes.

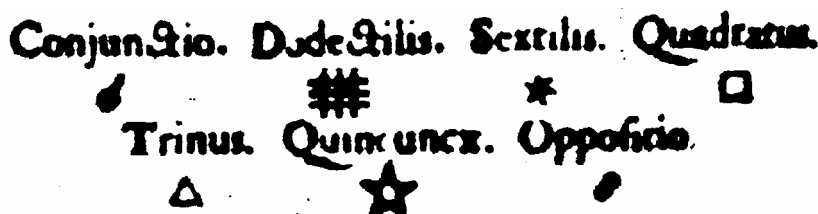
Y éste es el origen de los aspectos astrológicos, exactamente el mismo, o muy semejante, que el origen de los 12 signos del zodiaco -de los que ya se ha hablado en el cap. 4, sec. 1 libro 14-, y que el de las 12 Casas de la figura celeste de las que se tratará en el libro 17. Todos se reducen al mismo principio, clarísimo y sencillísimo sin lugar a dudas, como lo son todos los principios básicos.

Basándonos en esta división duodenaria del círculo, se toman igualmente 12 aspectos (ni más ni menos), porque es evidente que cada punto de la división tiene fuerza por las razones anteriormente citadas, y por ello sería contrario a la razón despreñar alguno de ellos cuando todos tienen el mismo origen natural. No se puede decir lo mismo de los puntos que dividen el círculo en 8 o 16 partes, lo cual es una partición meramente ficticia y arbitraria.

Los aspectos serán:

- La conjunción (aunque propiamente no sea un aspecto, sino el principio de éste)
- Dos dodeciles (semisextiles) -ya que hay uno diestro y otro siniestro- que distan ambos del lugar de la conjunción una doceava parte del círculo, o 30 grados (es la cantidad de la distancia que se atribuye a ese aspecto)
- Dos sextiles (su medida angular desde el lugar de la conjunción es la sexta parte del círculo, o 60 grados).
- Dos cuadraturas (su medida angular es la cuarta parte del círculo, o 90 grados).
- Dos trígonos (su medida angular es la tercera parte del círculo, o 120 grados).
- Dos quincuncios (su medida angular es 5/12, o 150 grados).
- La oposición (su medida angular desde el lugar de la conjunción es la mitad del círculo, o 180 grados).

Se pone aquí los símbolos de todos con su significado (fig. 6):



Es una obra admirable de la naturaleza el que estas doce posiciones del primer cielo determinadas para el efecto de cualquier planeta⁴, estén activas según la naturaleza del propio planeta, su estado celeste y determinación en la figura. Pues esto lo demuestran sin lugar a dudas las direcciones de los significadores al punto de los aspectos y los tránsitos de los planetas por los mismos. Es en esos momentos cuando producen los efectos determinados por la naturaleza del planeta y la del aspecto unida a la determinación de planeta y aspecto en la figura natal, incluso en el caso de que esté ausente el planeta⁵, que no puede producir por sí solo todos los efectos contrarios a sus propios aspectos.

Así pues el propio planeta, que actúa sobre el nacido por medio de su rayo original -siguiendo su naturaleza y estado celeste y terrestre- determina en el cielo los puntos de sus 12 aspectos, para actuar sobre el nacido según su naturaleza y estado, pero de un modo diferente según la diversa naturaleza y categoría del aspecto y del punto de la figura en el que éste cae. De ese

⁴ Se refiere al hecho de que cada planeta cene, a partir de sí mismo, doce puntos en el círculo que son sus aspectos POTENCIALES.

⁵ Los aspectos de un planeta en la posición radical quedan grabados en el tema natal y son sensibles después a pesar de que el planeta que los marcó haya cambiado de posición.

modo, todas las fuerzas de los planetas y sus acciones se enmarcan en el Primer Cielo o primera causa física absolutamente determinable, lo cual ciertamente es digno de mención y admiración.

Y estos aspectos se clasifican como:

-Simples, es decir, los que parten de un solo planeta que, como antes se ha dicho, determina por sí mismo para su “vibración” 12 lugares del Primer Cielo.

-Mezclados o compuestos, los que son formados por dos planetas, o conjuntos o distantes por el arco de un aspecto simple del uno al otro. Y éstos son más potentes que los simples por la fuerza duplicada de los dos planetas.

Pero, ya que todo aspecto consta de dos rayos, hay que saber que en cualquier aspecto simple hay un rayo “fontal”, es decir, el rayo que fluye del propio cuerpo del astro -y éste es más corpóreo y físico-, y otro rayo que es tan sólo el resultado de una distancia adecuada para el aspecto en el interior del zodiaco, siguiendo la división duodenaria anteriormente expuesta, y a éste bien se le puede llamar “espiritual” y “metafísico”, porque su efecto va más allá del nivel más elemental de la naturaleza. Y la astrología no debe despreciar el nombre de “rayo espiritual”, porque estos rayos son infinitamente más sutiles que los espíritus químicos.

He añadido a los aspectos de Ptolomeo el dodectil (semisextil) y el quincuncio, porque la división duodenaria anteriormente citada me indujo a ello -y me convenció de ello-, y también porque me lo impuso la observación, realizada a lo largo de muchos años, del efecto de dichos aspectos en las natividades.

Y esto encaja bien con el pasaje del libro 2 de Ptolomeo -Tetrabiblos, cap. II-, que, según dice Cardano en su comentario, es el más difícil de todo el volumen. Efectivamente, allí Ptolomeo recomienda “por la disposición del aire, atender no solamente la conjunción, oposición y cuadratura de las luminarias, sino también alrededor del tercer día antes o después de que se iguale el camino de la Luna al Sol”. Esto es, aproximadamente, el tercer día antes o después de que la Luna haya alcanzado el punto de la conjunción u oposición con el Sol. En aquellos momentos la Luna está en dodectil (semisextil) o en quincuncio con el Sol, y no hay que atribuir el efecto al trígono o sextil, como explican algunos que no han entendido bien a Ptolomeo, pues éste distingue la posición de la Luna en aquellos días de la posición de trígono o sextil y le atribuye la fuerza de uno y otro aspecto⁶.

Comentario: Aquí el maestro de Villefranche tiene un punto ciego que le impide ver la semicuadratura o la sesquicuadratura. Ya vimos en el capítulo anterior la ofuscación de Morin ante la división del círculo en 8 partes.

Morin era matemático y, como tal, buscaba la abstracción y la generalización. Probablemente se había dado cuenta -y esto dice algo en favor suyo- de que todos los círculos debían tratarse con las mismas leyes, es decir, considerarse análogos. Puesto que en el círculo zodiacal sólo se emplea la ley de división en doce partes iguales, y en el círculo domal se usan también doce casas -olvidando, que en otros tiempos se había utilizado el sistema de ocho Casas-, por ello admitir en el círculo de los aspectos otras divisiones le obligaba a aceptarlas también en los otros dos círculos principales del sistema astrológico. Éste era su dilema fundamental y, como no lo pudo resolver, lo escondió debajo de una alfombra de razonamientos -y esto no dice mucho a su favor-.

Así pues, ignoró el efecto y su causa, a no ser que fuera una asombrosa posición de la Luna distinta del sextil, cuadratura o trígono. No le dio nombre, quizá para no dar la impresión de multiplicar los aspectos heredados de los antiguos -y que él aprobaba (lib. 1, Tetrabiblos., cap.

⁶ Es decir: el semisextil o el quincuncio.

11)-, y para no contradecirse a sí mismo.

Pues no estamos de acuerdo con Cardano, el cual (lib. 3, Tetrabiblos. cap. 2) atribuye a Ptolomeo la figura de 12 lados iguales, e igualmente el aspecto de dodectil (semisextil), ya que en ninguna ocasión mencionó el propio Ptolomeo dicha figura ni dicho aspecto. Sin embargo, dicho sea de paso, el propio Cardano sí considera que estos aspectos influyen en el nacimiento, porque quiere que ese momento se encuentre por la corrección de la hora de nacimiento según las leyes de Ptolomeo que había dado en el capítulo 2 -leyes a las que llaman “Animodar”-, pero no los considera efectivos respecto a los “hechos”, pues -según Cardano- aquella figura no tendría fuerza suficiente para provocar acontecimientos. Aduce razones sin fundamento que hemos de refutar en otro sitio.

Comentario : en el Tetrabiblos –libro 3, cap. 2- se plantea primero el problema de conocer el grado de Ascendente con precisión y se propone una solución, el llamado Animodar (dador de alma). Éste consistía en buscar un grado en cualquier parte del zodíaco que hubiera sido activado por una figura celeste importante previa al nacimiento (conjunción u oposición Sol-Luna por ejemplo) y dicho grado se llevaba al signo que aproximadamente hubiese salido como Ascendente en la hora de la Natividad.

Procediendo de esta manera lo que se estaba dar importancia a doce puntos en el zodiaco, separados por multiples de 30°. Parece ser que Cardano sólo los consideraba útiles para la rectificación de Ascendente mientras que Morin afirma que justifican el uso de los doce aspectos.

Pero (lo que es más importante), después de que yo llevara ya muchos años observando la fuerza del dodectil (semisextil) y quincuncio, por fin Kepler -en los prefacios de sus efemérides- advirtió que muchas veces había observado esa misma fuerza en las constituciones aéreas, aunque no había podido deducir el origen de estos aspectos de su teoría de los armónicos. Y por esto lo rechaza con estas palabras:

“Mas yo, en parte porque les he dado muchas vueltas a mis principios anteriormente citados, y en parte porque he observado con atención los momentos puntuales, he llegado por fin a la conclusión de que se debe descartar la música. Pues el sesquicuadrado de 135 grados es congruente con la música, mas no el dodectil, pero éste es eficaz y no aquél”.

Y, para que se vea bien a las claras cuántas dudas tuvo Kepler en ese tema, léase su prefacio para las efemérides del año 1617. Allí, tras decir que salvo los aspectos corrientes de sextil, cuadrado, trígono y oposición, no admitía más que el quintil de 72 grados, el biquintil de 144 y el semisextil de 30, a continuación expone: “Igualmente, al observar una y otra vez los momentos puntuales, me ha parecido que también el quincuncio de 150 grados era muy eficaz”. Y de nuevo lo recomienda en el prefacio para las efemérides del año 1620. Así pues Kepler juega a mi favor en cuanto al semisextil y el quincuncio -porque me ratifica en mi esfuerzo por introducirlos-, pero personalmente rechazo como ficticios su quintil, biquintil, sesquicuadrado y todos los otros que no tienen lugar alguno en la división duodenaria del círculo anteriormente expuesta.

Finalmente, para confirmar más aún los aspectos que reivindico, es muy importante observar que si se aplican al semicírculo -o a todo el círculo- las proporciones angulares de cada uno de ellos, por cada uno se originan unas proporciones acordes con la consonancia, de tal modo que toda la división duodenaria está por igual asentada sobre las consonancias (lo cual así se prueba y concluye del pro. 18, libro 4 de los armónicos de R.P. Marino Merseno, muy amigo mío desde hace años).

Pues si tomamos una distancia de 180 grados entre puntos en oposición y la comparamos con el semicírculo -de 180 grados también-, el resultado será la misma cifra -es decir: la unisonancia-; y, si la comparamos con todo el círculo de 360 grados, la cifra será el doble

(pertenería pues al diapasón u octava).

Si tomamos la distancia de 30 grados entre los puntos en dodectil (semisextil) y la comparamos con el semicírculo -o 180 grados-, el resultado será de 6 partes 1, por el diapente diapasón, o una doceava parte para todo el círculo: la cifra sería de 12 partes 1, por el diapente trisdiapasón o vigesimasexta.

A su vez, la proporción de 60 grados (el sextil) con el semicírculo es de 6 partes 2 -por el diapente diapasón-; pero, si tomamos todo el círculo, para 60 grados es de 12 partes 2, por el diapente disdiapasón o décima nona.

La proporción de 90 grados (la cuadratura) con el semicírculo es de 6 partes 3, por el diapasón u octava; pero con todo el círculo, para 90 grados es de 12 partes 3, por el disdiapasón o decimaquinta.

Añadamos que para 120 grados (el triángulo) la proporción con el semicírculo es de 6 partes 4, por el diapente o quinta; pero con todo el círculo, para 120, es de 12 partes 4, por el diapente diapasón.

Por fin, para 150 grados la proporción con el semicírculo es de 6 partes 5, por el sesquiditono (sexta parte de un tono), o tercia menor.

Comentario: Morin establece las siguientes proporciones respecto al semicírculo (dividido en 6 partes iguales) o al semicírculo entero (dividido en 12 partes iguales).

| Aspectos | Diapente (= semicírculo) | Diapente diapasón (= círculo entero) |
|------------|--------------------------|--------------------------------------|
| Oposición | 6 a 6 (igualdad) | 6 a 12 |
| Quincuncio | 5 a 6 | 5 a 12 |
| Triángulo | 4 a 6 | 4 a 12 |
| Cuadratura | 3 a 6 | 3 a 12 |
| Sextil | 2 a 6 | 2 a 12 |
| Semisextil | 1 a 6 | 1 a 12 |

Así pues, toda la división duodenaria se asienta sobre las consonancias, hecho que no había advertido nadie hasta ahora, ni siquiera Kepler que tanto ha “sudado” para justificar estos aspectos por las cifras armónicas. En efecto: éste había excluido primero el dodectil de sus armónicos y no pudo encajar en su teoría el quincuncio (y por eso lo rechazó en una primera instancia, aunque por fin, constreñido por la experiencia, reconoció que era muy eficaz).

Comentario: En este capítulo comienza examinando las opiniones de otros astrólogos. En primer lugar alude a Ptolomeo, luego menciona a Cardano que junto a Naibod y Magino admiten el «octante» o figura de ocho lados con los aspectos de semicuadratura y sesquicuadratura. También dice que Ptolomeo, Lacio Belancio, Pontano, Junctino y otros creen que en las enfermedades se deben considerar los aspectos derivados del armónico 16. Pero Morin con su inteligente tozudez dogmática está en desacuerdo, los niega y no es capaz de admitir estos aspectos. Al final del párrafo -sin duda henchido por su soberbia- dice: “No hablaré aquí de Maestlino y Kepler que han introducido otros aspectos meramente ficticios”.

En este caso no tiene argumentos para razonar en contra de los postulados armónicos de Kepler. Morin desde luego es muy listo, pero demuestra en este caso y en otros, como se verá más adelante, que es un astuto destructor de las ideas de los demás, muchas veces sin razón. Es cierto que es un gran maestro, pero también es un perillán que trata que sólo sea verdadera su opinión.

Morin, con su mente matemática, desarrolla una teoría de la formación de los aspectos que resulta bastante obtusa, además, dice que las otras opiniones las engendra la ignorancia del origen y fundamentos de los aspectos.

Para Morin los aspectos se forman en la esfera diurnal o el primer movable. Traza una serie de círculos desde la posición del planeta al polo y otros más complejos que no dibuja y llega a la conclusión de que el círculo tiene una división duodenaria y vuelve a mostrar sin más fundamentos que la división en 8 o en 16 partes es meramente ficticia. Morin de nuevo se manifiesta de manera dogmática y no razonada. Aunque él cree estar en posesión de la verdad, aquí yerra de nuevo y se expresa de manera arrogante.

A continuación nombra los aspectos tradicionales y añade el dodecil y el quincuncio. Dice al respecto que se vio inducido a añadirlo por la anterior división duodenaria y por su propia experiencia a lo largo de muchos años. Luego habla de un pasaje muy difícil de Cardano que dice que Ptolomeo aconseja no sólo observar los aspectos conocidos como sino también alrededor del tercer día antes o después de la lunación o la Luna llena.

De ello Morin deduce que en esos momentos la Luna está en semisextil o en quincuncio al Sol. Pero no está de acuerdo con Cardano –yo creó que por principio o porque le tiene ojeriza- atribuye a Ptolomeo la figura de doce lados y el aspecto de dodecil y emprende una discusión bizantina que le lleva a los armónicos y a Kepler.

Este terreno de los armónicos es absolutamente pantanoso para Morin. Discurre algo sobre la teoría, de los armónicos, de Kepler, nombra: los aspectos de sesquicuadrado, el quintil, biquintil, pero al parecer no comprende la teoría de los armónicos y lo confunde completamente con la música, pues él mismo dice “el sesquicuadrado de 135° es congruente con la música...”

Finalmente, sin aportar razones claras en contra de estos aspectos, dice: “personalmente rechazo como ficticios su quintil -refiriéndose a Kepler- biquintil, sesquicuadrado y otros”. Estos aspectos no tienen lugar en su cerrada mente duodenaria.

Luego expone una teoría armónica de Marino Merseno -muy amigo suyo, como él mismo afirma- que contiene la división del 2, 3, 4, 6 y 12, y se queda tan tranquilo. De nuevo arremete contra Kepler, porque no aplicaba, vía división del 12 y no usaba el quincuncio. Dice de Kepler, que, constreñido por la experiencia, tuvo que reconocer el quincuncio. De tal manera que se siente victorioso de su confrontación ideológica con Kepler, pero desde luego, actúa de nuevo como un perillán o un listo perverso que pretende mantener a toda costa su verdad.

Tito Maciá

CAPITULO 5 SOBRE SI LOS ASPECTOS DE LOS PLANETAS DEBEN TOMARSE POR LA POSICIÓN MEDIA DE LOS PROPIOS PLANETAS, O LA VERDADERA A LA VISTA, O LA VERDADERA DESDE EL CENTRO DEL MUNDO.

En primer lugar, resulta muy evidente que la conjunción⁷ de los planetas no debe ser definida por la posición media de aquéllos: porque es indiscutible que la posición media de los planetas es solamente ficticia o artificial, resultado de un cálculo, y que difiere casi siempre de la verdadera -que es la única desde la cual el propio planeta nos influye-. Pues no recibimos el influjo propio del planeta por otra línea o rayo que el que mana del propio cuerpo del planeta. Pero la verdadera posición de dicho planeta, a la que suelen llamar conjunción, es el punto de partida de los otros aspectos. Así pues, los demás también se definirán, no por su posición media sino por la verdadera, siguiendo la precedente división duodenaria y la medida angular de cualquier aspecto desde el verdadero lugar del planeta considerado en el Primer Movable.

Pero el verdadero lugar del planeta en el Primer Movable es doble:

1 - Uno sería desde el centro de la Tierra y estaría indicado por la línea recta trazada desde el centro de la Tierra hacia el centro del planeta y el Primer Movable (el único que se pone en las efemérides y las figuras celestes).

2- El otro sería "a ojo" y estaría indicado por la recta trazada a ojo desde la superficie de la Tierra hasta el mismo centro del planeta y el Primer Movable.

Parece justo discutir acerca de cuál de estos dos verdaderos lugares debe elegirse, sobre todo en el caso de la Luna que tiene un paralaje no despreciable. Sin embargo, puesto que tan sólo somos afectados por los astros a través de los rayos de éstos que fluyen hacia nosotros, tendremos que atender preferentemente como verdadero lugar del planeta respecto a nosotros -y punto de partida de sus aspectos- el verdadero lugar "a la vista" en el Primer Movable. Por esta razón habrá que corregir por lo menos por paralaje, para las direcciones, la posición de la Luna dada en las efemérides, sobre todo si ésta estuviera cerca del Ascendente -como se explicará con más prolijidad en el libro 22-, pero no es necesario hacerlo con la posición de los otros planetas que experimentan un paralaje de apenas unos minutos.

⁷ Aquí "conjunción" significa "posición", es decir, "conjunción" con un grado del zodiaco.

CAPITULO 6 EN QUÉ CÍRCULO MÁXIMO DEBEN SER CONSIDERADOS PRIMERO LOS ASPECTOS REALES DE LOS PLANETAS, SIGUIENDO A PTOLOMEO Y CARDANO, Y SU REFUTACIÓN.

Los aspectos de los planetas no son considerados orbitalmente por los astrólogos (esto es, por el aspecto de los otros astros que los rodean orbitalmente), sino tan sólo se consideran por el camino o avance de los planetas por su propio movimiento desde el ocaso hasta el orto.

Así pues, ya que el Sol parece moverse continuamente en la eclíptica, en consecuencia todos sus aspectos serán eficaces en ese círculo (según se dijo en el capítulo 5). Y esto no sólo lo prueba la experiencia, sino que también lo confirma la razón. Pues la verdadera posición del Sol (que es la única desde la cual por sí mismo influye en nosotros) se mira en la eclíptica y el punto diametralmente opuesto a ese lugar- o punto de la eclíptica- es un aspecto opuesto al propio Sol y, por consecuente, cae en la misma eclíptica. Y es también en la eclíptica en la que se calculan los otros aspectos partiendo de la conjunción, y no en otro círculo cualquiera. Así pues, todos los aspectos del Sol caen en ese círculo en el cual se le ve moverse. Y acerca de eso no hay ninguna discrepancia entre los astrólogos.

Comentario: En el siguiente pasaje Morin utiliza “latitud” por “longitud” (“como cuando dice el mismo circulo de latitud” refiriéndose a la longitud eclíptica) y por “latitud” con el significado que le damos actualmente a esta palabra, sin diferenciar términos.

Pero sí hay discrepancias -y muchas- acerca de los planetas que tienen latitud. Según Ptolomeo (libro 1, Tetrabiblos. c. ult.) en las uniones corporales de los planetas debe considerarse su latitud. Y la razón de ello es que Ptolomeo sólo admite las uniones o conjunciones, que tienen lugar en la línea media del zodiaco (o eclíptica), por el mismo círculo de la latitud de ambos planetas.

Pero es evidente que eso no es una razón válida, porque, en el caso de que admitamos las uniones de los planetas únicamente en la eclíptica por el mismo círculo de la latitud de uno y otro planeta, siempre quedará por explicar el por qué sus latitudes deben ser anotadas en su propio círculo, explicación que no da el propio Ptolomeo.

Sin embargo, Cardano -en su Comentario- sólo da la siguiente respuesta a todas las dificultades de ese pasaje:

“La opinión de Ptolomeo es que todas las conjunciones se tienen que reportar a la eclíptica, porque dicen que dos estrellas están juntas cuando la línea trazada por los polos (entiéndase, de la eclíptica) pasa por ambos centros y divide la eclíptica: así pues, cuando aquellas estrellas están juntas, están en el mismo punto de la eclíptica.”

Esto es lo que dice Cardano. Pero dicha afirmación demuestra cuánto se aleja Cardano de la idea de Ptolomeo y de la verdad, porque Ptolomeo, aparte de que considera condición sine qua non que la conjunción se produzca en el mismo punto de la eclíptica, esto es, en aquel círculo de latitud⁸, también quiere que además se tenga en cuenta las latitudes⁹ de los planetas: para que no se diga que están conjuntos dos astros en el mismo círculo de latitud¹⁰, incluso a la distancia de un cuadrante¹¹, como se sigue de la falsa respuesta de Cardano.

Por lo tanto, hemos de decir, en nombre de Ptolomeo y de la verdad, que, en las conjunciones de los planetas, aparte de la coincidencia en el mismo punto de la eclíptica por el mismo círculo de latitud¹², se debe prestar atención a las latitudes de los planetas para que no se diga

⁸ Es decir, la misma longitud en la eclíptica

⁹ Aquí sí utiliza la palabra "latitud" con el significado actual

¹⁰ Es decir, con la misma longitud en la eclíptica

¹¹ Podría darse ese caso entre una estrella y un planeta.

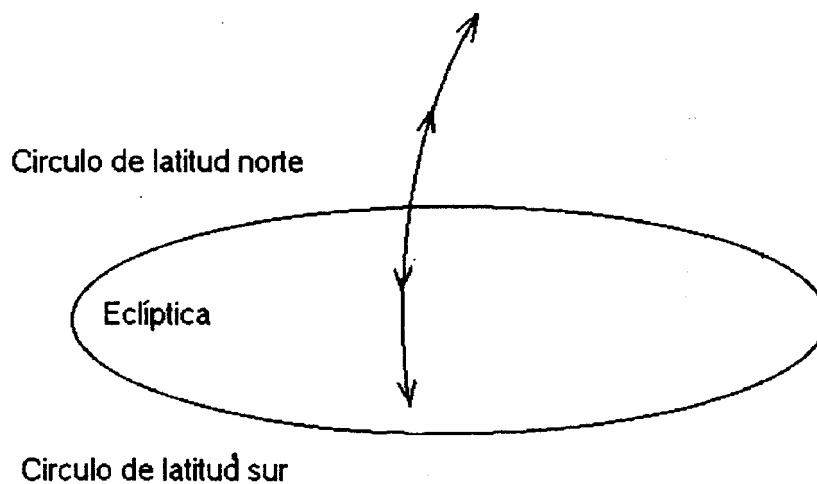
¹² Longitud eclíptica.

que dos de ellos están conjuntos si en realidad, al ser distinta su latitud, distan mutuamente más de ambos semidiámetros, o de sus cuerpos, o del orbe de su influencia (De éste, ya hablaremos más adelante), como cuando uno tiene la mayor latitud boreal, el otro la mayor austral.

Comentarios: Cuando Morin habla de “semidiámetro” del cuerpo se refiere al semidiámetro del propio planeta, y con “semidiámetro del orbe de su influencia” se refiere al orbe, puesto que, según Morin, el diámetro completo sería el orbe “antes” y “después”. Ejemplo: un planeta con un orbe, según nosotros, de 7 grados, tendría, según la expresión de Morin, un semidiámetro de influencia de 7 grados y un diámetro de influencia de 14. Otro punto a tener en cuenta es que, para que el aspecto éste dentro del orbe, según Morin hay que sumar los orbes de los dos planetas que intervienen. Ejemplo: si uno tiene un “semidiámetro” de 8 grados y el otro lo tiene de 5 grados, el aspecto de conjunción estará por tanto dentro los orbes a partir de los 13 grados.

Queda por explicar la mayor dificultad en relación con los otros aspectos. Pues Ptolomeo quiere también que éstos se tomen únicamente en la eclíptica y que se cuenten a partir del lugar eclíptico de los planetas, sin observación alguna de la latitud. Su explicación es la de que los rayos (por ejemplo, un aspecto de sextil) que se dirigen a la Tierra o al Centro, allí concurren desde cualquier lado que hayan sido emitidos (esto es, según Cardano, ya desde las posiciones de los planetas en la eclíptica ya desde sus centros, dondequiera que éstos estén fuera de la eclíptica).

Pero no basta que los rayos concurren hacia el Centro, sino que también es necesario que formen un ángulo de sextil en el Centro (ángulo de 60 grados, según el propio Ptolomeo) y esto, desde luego, ocurrirá siempre que dichos rayos partan de puntos en sextil en la eclíptica (se da por supuesto que los lugares eclípticos de los planetas distan exactamente un sextil). Sin embargo, si los rayos se miden desde los centros de los planetas -sobre todo si tienen una gran diferencia de latitud, y además inversa, y distan un sextil en sus círculos de latitud¹³, se formará en el centro un ángulo mayor de 60°, tal como consta de los triángulos esféricos. Efectivamente, si situamos dos astros en el mismo círculo de latitud¹⁴, aunque con una latitud inversa de 30 grados¹⁵, los rayos desde sus centros a la Tierra formarán un ángulo de sextil, aunque no hagan ninguna configuración en la eclíptica, sino que estén conjuntos.



¹³ Es decir, están a una longitud eclíptica de 60 grados

¹⁴ En la misma longitud eclíptica

¹⁵ Se supone que uno con 30 grados de latitud norte y otro con 30 grados de latitud sur

Así pues, resulta evidente que la razón esgrimida por Ptolomeo es inconsistente y contraria a lo que afirma el propio Ptolomeo respecto al lugar y medida de los aspectos, por mucho que Cardano, que siempre sigue literalmente las palabras de Ptolomeo, diga que es la mejor (y eso que se dice que el arco del trígono, tomado así en la eclíptica, difiere 15 grados del verdadero arco del trígono tomado en el círculo que pasa por el centro del planeta).

Pero además se esforzó por sostener esta misma razón con otra explicación física: el que casi siempre la vida y las demás cosas existen por la luz del Sol, y el Sol siempre discurre por la eclíptica, y por esto las ayudas y detrimentos (esto es: los eventos de la vida) deben buscarse en aquella línea. Esta razón es aún más absurda que la anterior, pues no es la luz del Sol la causa de la vida, sino el calor y la influencia del Sol; y los acontecimientos de los hombres no deben buscarse primero y per se en la línea del recorrido solar, sino, en primer lugar, en el Sol y los otros planetas y estrellas (los cuales tienen primero y per se la capacidad del Sol de influir sobre lo sublunar) y, en segundo lugar, en los aspectos de éstos a cualquier círculo que pertenezcan.

Además, si se ve la Luna a 2 grados, con latitud boreal de 3 grados, su verdadera posición no estará en la eclíptica, sino en el punto del círculo de su propia latitud donde se la ve. De ello se deduce que sería absurdo opinar que ella influye desde el punto de la eclíptica al cual tan sólo se la reporta por cálculo (y en el que no está). De lo contrario se derrumbaría toda la astrología, sobre todo la teoría de los agentes a distancia, que, de forma empírica, se basa en que la fuerza de los agentes a distancia mana de ellos mismo, de su propia fuente, y no de lugares donde no están. Y el lugar diametralmente opuesto a la verdadera posición de la Luna es considerado (merecidamente) por todos los astrónomos como una oposición a la Luna, aunque no caiga tampoco en la eclíptica, sino en el punto del propio círculo de la latitud diametralmente opuesto al anterior.

Por lo tanto, si la verdadera posición de la Luna y su oposición caen (realmente y físicamente) fuera de la eclíptica, y estas verdaderas posiciones (con su latitud) son las que se toman para las direcciones -y no sus correlativos en la eclíptica, en la cual no están más que por la reducción mental del cálculo-, ¿no será absurdo no hacer lo mismo con los otros aspectos intermedios y no medirlos desde la Luna (o conjunción) en el mismo círculo a partir del propio cuerpo de la Luna (que es la que produce la influencia), hasta su verdadera oposición, sino desde un punto vado de la eclíptica donde ella no está hasta otro punto opuesto igualmente vacío?

Así pues, consta de lo dicho anteriormente que todos los verdaderos aspectos de los planetas no se han de mirar primero en la eclíptica, aunque puedan ser reducidos a ésta por cálculo. Y esto se debe entender de La Luna, Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio.

Comentario: Siguiendo a Cardano, que repite la de Ptolomeo, las conjunciones se circunscriben a la eclíptica, puesto que dicen que dos estrellas están juntas cuando la línea trazada por los polos (eclíptica) pasan ambos centros y divide la eclíptica. Así pues, se dice que dos estrellas están juntas, cuando están en el mismo punto de la eclíptica. (Que equivalente a decir: el arco entre los polos que pasa por el planeta, cruza la eclíptica en un punto).

El resto de los aspectos también miden desde la eclíptica según Ptolomeo y Cardano.

Sin embargo Morin ésta en desacuerdo, defiende la posición real del planeta contando con su latitud, pues dice (con un estilo redundante y exceso de litotes) que los verdaderos aspectos de los planetas, según él, no se han de medir por la eclíptica, aunque puedan ser reducidos a ésta por cálculo. Aquí se preparan unas contradicciones que se volverán más polémicas cuando hablemos de las direcciones.

CAPITULO 7 LA OPINIÓN DE JUAN BLANCHINO Y CIPRIANO LEOVICIO SOBRE EL MISMO TEMA, Y SU REFUTACIÓN.

Estos dos célebres astrólogos -quizá porque observaron que los efectos naturales tienen causas naturales y verdaderas y no ficticias (por un cálculo) como es el medir primero los aspectos en la eclíptica o en el Ecuador por las ascensiones rectas u oblicuas (como cuenta Regiomontano de otros astrólogos, probl. 31 de sus tablas)- imaginaron un círculo máximo desde la verdadera posición de la Luna hasta su verdadera oposición (círculo trazado a partir del polo tomado en el círculo de la latitud de la Luna), y calcularon los aspectos en dicho círculo.

De este modo, el aspecto de cuadratura siempre caía en la eclíptica -como si la Luna no tuviera latitud-, pero no los demás aspectos que carecían por igual de igualación de longitud y latitud (para ser reducidos a la eclíptica) o de ascensión recta y declinación (para el Ecuador). Y son muchos los astrólogos que se adhirieron a esta teoría de Blanchino por considerarla como la más congruente con la naturaleza. Entre éstos se cuenta a Andreas Argolo, célebre astrónomo y astrólogo italiano, y yo mismo, que opiné, en otra época, que había que adherirse a ella, por la eficacia de la cuadratura que caía en la eclíptica y, sobre todo, porque en la tabla de los aspectos, expuesta por Juan Schonero, célebre astrólogo (libro 1 de los Juicios de la Natividades) queda evidente que ese método le había sido familiar al propio Schonero. Cardano también se adhirió a ese método (lib. de los Juicios de las Natividades, cap 7). Sin embargo, después de examinar el asunto más a fondo, lo rechacé por las razones que he de decir a continuación.

A pesar de eso, aquí me apetece hacer la demostración de esta teoría y añadir la tabla de igualación de los aspectos que va con ella:

Demostración (Fig. 8): Sea la eclíptica AEC, el planeta Marte B, con latitud austral AB, y, tomado el polo en el círculo de latitud de Marte, trácese el círculo máximo por Marte. Dicho círculo pasará por D, punto diametralmente opuesto a Marte con latitud boreal CD, y cortará la eclíptica en E, y EA y EB serán cuadrantes y por eso E estará en cuadratura con Marte en la eclíptica. Así pues, puesto que la conjunción, oposición y cuadratura de Marte están exactamente en el círculo BED, en consecuencia los restantes aspectos (semisextil, sextil, trígono y quincuncio) estarán también exactamente en el mismo círculo dividido en 12 partes iguales por estos aspectos. Porque sería absurdo que la conjunción, oposición y cuadratura estuvieran en un círculo y los demás en otro. Y dada la latitud austral AB de Marte, los aspectos en el semicírculo FBE serán de latitud austral, pero en el otro semicírculo EDF, boreal, y al revés. Y, puesto que al dirigir los significadores a los promisores las verdaderas posiciones de estos últimos deben ser reportadas a los círculos de la posición de los propios significadores, en consecuencia, si el Ascendente debe ser dirigido al sextil derecho de Marte que está en G, habrá que buscar la longitud del propio G en la eclíptica H (con una latitud HG) de este modo: en el triángulo rectángulo HGE $h:H$, se dan EG (30 grados) y el ángulo HEG, o su medida AB, conocida la latitud de Marte: en consecuencia se darán EH por longitud y HG por latitud. A partir de éstos se encontrará la ascensión oblicua del propio G para la latitud del lugar de la natividad, si se resta de ésta la ascensión oblicua del Ascendente, quedará el arco de la dirección, y así con los demás.

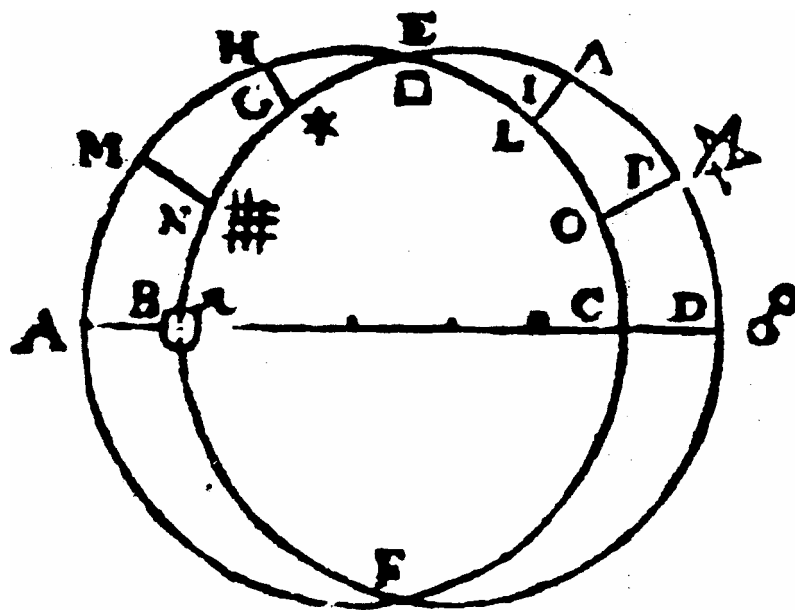


Figura 8

Sin embargo será más rápido utilizar la tabla de abajo, que elaboramos en otra época basándonos en el anterior principio: en ésta se pone la latitud de cualquier aspecto, por la latitud dada del planeta, con la igualación de la longitud del propio aspecto y con esta longitud ciertamente se tiene la verdadera longitud del aspecto reducido a la eclíptica.

| Planetae latitudo | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 |
|-------------------------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| dodectilis et quincuncx | | | | | | | | |
| latitudo | 0.52 | 1.42 | 2.36 | 3.28 | 4.20 | 5.11 | 6.03 | 6.56 |
| aequatio | 0 | 0.01 | 0.02 | 0.04 | 0.06 | 0.08 | 0.11 | 0.16 |
| sextilis et trinus | | | | | | | | |
| latitudo | 0.30 | 1.0 | 1.30 | 2.0 | 2.30 | 3.0 | 3.30 | 4.0 |
| aequatio | 0.30 | 0.01 | 0.02 | 0.04 | 0.06 | 0.08 | 0.11 | 0.16 |

Uso de la tabla: La latitud del dodectil (semisextil) y del quincuncio es la misma (y su igualación), y lo mismo se ha de decir del sextil y trígono. Sin embargo, siempre se añade la misma igualación al dodectil y al sextil -esto es: el aspecto de 30 o 60 grados-; y siempre se resta al trígono y al quincuncio -esto es: los aspectos de 120 y 150 grados contados a derecha e izquierda de la eclíptica, desde la verdadera posición del planeta en la eclíptica-, de tal manera que de allí salga la verdadera posición de estos aspectos en la eclíptica.

También conviene recalcar que para los aspectos diestros añadir es restarles grados en la eclíptica y, al revés, quitar es añadir. Pero en los aspectos siniestros hay que entender lo contrario: supongamos a Venus a 12°18 de Cáncer con latitud boreal de 7 grados: su sextil siniestro será 12°29 de Virgo con latitud boreal 3°30 según la tabla anterior, y el sextil diestro 12°7 de Tauro, con la misma latitud. En cambio, el trígono siniestro será 12°7 de Escorpio con latitud austral 3°30, y el trígono diestro 12°29 de Piscis con la misma latitud. Lo mismo se hará con los dodectiles (semisextiles) y quincuncios siniestros y diestros, cuyas ascensiones rectas u oblicuas se encuentran fácilmente basándose en las tablas de Argol.

Por otra parte, el error de Blanchino y sus seguidores es que su círculo también es puramente ficticio. Y no importa que esté trazado desde el polo del círculo de latitud del planeta: pues si se le traza desde el polo del círculo de su declinación, también pasará por la verdadera

posición del planeta y su opuesto, y siempre cortará la eclíptica (aunque no lo haga en los puntos distantes un cuadrante de la posición del planeta). Es evidente que se pueden trazar innumerables círculos igualmente eficaces, y no se puede aducir una razón válida por la cual se deba preferir uno a los otros, a no ser que dicho círculo esté determinado por algún otro punto real del recorrido del planeta (un punto hacia el cual dicho planeta tienda, o del cual se aleje, por su propio movimiento).

Comentario: Juan Blanchino y Cipriano Leovicio, dos celebres autores, así los cita Morin, se unen a la idea de la eclíptica. Su principal argumento es que la cuadratura siempre recae en la eclíptica. Otros astrólogos como Andreas Argolo se adhiere a la idea, incluso el mismo Morin dice que ha opinado de igual modo por la eficacia de la cuadratura, pero analizando a fondo lo rechazó por diversas razones.

En la primera realiza unos argumentos que no quedan nada claros, es mas no se entiende si defiende las posiciones eclípticas o si esta en contra. Luego propone una tabla para corregir los aspectos. Luego plantea añadir o restar en función de que los aspectos sean diestros o siniestros. Es un tema que habría de estudiar mas a fondo pues Morin lo deja muy confuso. Todos los astrólogos y con ellos Blanchino y sus seguidores mantienen la posición llevada a hasta la eclíptica.

CAPÍTULO 8 LA OPINIÓN DE JUAN REGIOMONTANO SOBRE ESTE ASUNTO Y SU REFUTACIÓN.

Así pues, nos queda por discutir la opinión del celeberrimo Regiomontano, opinión que expuso en el problema 31 de sus tablas después de rechazar las otras teorías (sólo por su propia autoridad y sin examen). La mayor parte de los astrólogos de nuestros tiempos aprueban dicha teoría de Regiomontano, aunque todos se quejan de la igualación de los aspectos, tanto por el método anteriormente expuesto, como por el establecido por Regiomontano.

Para empezar, él se apoya en el hecho de que cualquier estrella difunde orbicularmente su radiación (tanto la de luz o la de su cualidad más sutil o “virtud oculta”). Pero, aunque (dice él) tales rayos son innumerables, sólo se toman en cuenta los más eficaces: el lado del sexángulo equilátero inscrito en el círculo, que pasa por el centro de la estrella; el lado del cuadrado; en tercer lugar, el lado del triángulo equilátero; en cuarto lugar, el diámetro del propio círculo. Además piensa que hay que tomar el centro de cualquier estrella en la concavidad del primer movable, porque las verdaderas posiciones de las estrellas se consideran en esa concavidad.



Figura 9

Con esta base, tomando el centro de la estrella como polo, hay que imaginarse que se van trazando círculos paralelos: uno de estos círculos dista del polo un sextante del círculo máximo, otro un cuadrante y un tercero, un tercio. En el punto en que el primer paralelo corta la eclíptica, allí situaría el sextil; donde la corta el segundo, la cuadratura; donde el tercero, el triángulo. Y, puesto que la medida de estos aspectos no es exacta en la eclíptica, si el verdadero lugar del planeta se halla fuera de la eclíptica, enseña por medio de una tabla a reducirlos a la eclíptica y a encontrar cuál es la verdadera medida de cualquiera de tales aspectos en dicha eclíptica. Éste es el fundamento de su tabla (Fig. 9):

Supongamos un arco de la eclíptica AC, Venus en B (con una latitud AB de 4°) y el arco del círculo máximo, BC (de 60° por el aspecto de sextil cortando la eclíptica en C. Se busca el arco AC, esto es, cuánto mide aquel aspecto en la eclíptica desde A.

Se encontrará $59^\circ 55'$ si se aplica lo siguiente: como es la curva del complemento AB para la curva del complemento BC, así es el rayo para la curva del complemento AC, y así se hace con los demás.

Pero es mucho más sencillo sacar la igualación de los aspectos de la tabla que adjuntamos a continuación. Esta tabla la hemos elaborado para todos aspectos siguiendo el mismo procedimiento anterior y lo hemos hecho para que cualquiera pueda probar esta igualación de los aspectos en los planetas.

La igualación para el dodecilo y el quincuncio es la misma, como la del sextil y el triángulo. Pero dicha igualación siempre se sustrae al dodecilo y al sextil (los aspectos de 30 y 60 grados) y siempre se añade al triángulo y al quincuncio (los aspectos de 120 y 150 grados contados a la derecha y a la izquierda de la verdadera posición del planeta en la eclíptica). El resultado es el verdadero punto de estos aspectos en la eclíptica. La única objeción es la misma que hemos hecho para la tabla de igualación de Blanchino.

| Planetae latitudo | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 |
|-------------------------|-----|-----|-----|------|------|------|------|------|
| dodectilis et quincuncx | | | | | | | | |
| aequatio | 0.1 | 0.3 | 0.8 | 0.15 | 0.23 | 0.33 | 0.45 | 0.59 |
| sextilis et trinus | | | | | | | | |
| aequatio | 0 | 0.1 | 0.3 | 0.5 | 0.8 | 0.11 | 0.15 | 0.20 |

Con ese sistema encuentran el verdadero punto de los aspectos en la eclíptica, pero ni Regiomontano, ni Origano, ni los demás seguidores de su teoría tuvieron en cuenta la latitud de los aspectos. Sin embargo, Kepler (en el prefacio para la efeméride del año 1617) dice, ingenuamente, que aquella tabla no es suficiente para conocer el arco de la eclíptica correspondiente al aspecto, si los planetas que se aspectan tienen latitudes desiguales o contrarias. Y añade: “Pero -dice- necesito hacer una advertencia acerca de los aspectos de los planetas cuando tienen grandes latitudes, pues entonces puede suceder que dichos aspectos (incluso la cuadratura), caigan más lejos en el círculo mayor trazado a través del planeta de lo que suelen hacerlo otros días, con menos grados, como si la medida del aspecto dependiera del arco de la eclíptica formado por la intersección entre ambos círculos de latitudes trazados por los centros de ambos planetas”.

Esto es lo que dice Kepler que, sea como sea, toca la dificultad -desde luego-, pero no la resuelve. Y no habla éste de todos los aspectos de un solo planeta, ni dice en qué círculo máximo del Primer Movable están per se.

Por lo demás, esta opinión de Regiomontano me parece aun más absurda que las otras:

-Primero, porque -de hacerlo así- todos los aspectos de un planeta no estarían en el mismo círculo máximo (el círculo trazado por el centro del planeta), sino que el sextil izquierdo y el trígono derecho, diametralmente opuestos, estarían en un círculo máximo orientado a la eclíptica (y que pasa por el centro del planeta), pero el sextil derecho y el trígono izquierdo (también opuestos) estarían en otro. Y lo mismo cabe decir de los dos dodectiles y quincuncios. Aún más: las dos cuadraturas estarían en otro círculo y la conjunción y la oposición en su propio círculo. Pero es contrario a la naturaleza establecer los verdaderos aspectos de un mismo planeta en cinco círculos máximos distintos, aunque sólo sean ficticios.

-Segundo, porque los aspectos de los planetas que se mueven fuera de la eclíptica no caen per se en la eclíptica, sino que son emitidos por los mismos planetas hacia adelante o hacia atrás (según su progresión y su propio recorrido); y esto no es la eclíptica, ni el ecuador, sino otro círculo del que hablaremos después. En consecuencia, hay que tener en cuenta su latitud, como dijo Kepler más arriba.

-Tercero, si el rayo original e influyente de un planeta es difundido orbicularmente a todo punto del paralelo trazado desde su centro, y un punto de ese paralelo que cayera en la eclíptica sería eficaz en las direcciones, con tal que llegara al círculo de la posición del significador, ¿por qué no los otros puntos del mismo paralelo? Pues, que se diga que aquel punto marca por excelencia en la eclíptica, más que en otra parte, un sextil, o una cuadratura o un trígono, esto es una suposición sin razón ni experimentación de los otros puntos. Pero no se evita el absurdo, porque los otros puntos de aquel paralelo también deberían ser al menos un poco menos eficaces.

De ello deduce Lucio Belancio (quaest. 9, art. 2) lo más absurdo de todo: piensa que los aspectos deben tomarse en los puntos de cada paralelo, sin tener en cuenta ningún otro círculo, ni, por consecuente, la eclíptica. Tal hipótesis trastocaría la teoría y el conocimiento empírico de las direcciones y produciría una confusión absoluta, porque la experiencia demuestra, por ejemplo, que el efecto de cuadratura de Marte progresado al Ascendente no se origina desde cualquier punto de su propio paralelo.

Así pues, esta opinión también debe ser desechada, porque tanto ésta como las anteriores son contrarias a la naturaleza de la cuestión y a los principios de la Astrología. Pero era necesario

discutirlas una por una, porque los aspectos de los planetas son la parte más importante de toda la astrología, y, en consecuencia, una teoría correcta sobre éstos sería extremadamente necesaria.

CAPITULO 9 EN QUÉ CÍRCULO MÁXIMO DEBEN SER VERDADERAMENTE TOMADOS LOS ASPECTOS REALES DE LOS PLANETAS.

Respecto a este asunto, es necesario reflexionar sobre la Naturaleza y los propios principios de la Astrología, porque proporcionarán otro método que, como el que expondremos a continuación, puede encontrarse cavilando mucho sobre ese tema.

Todos están de acuerdo en que la verdadera posición de los planetas se mira en el Primer Movable, y es cierto que sus cuerpos nos influyen desde su verdadera posición respecto a nosotros (o la aparente para nosotros en el mismo cielo) y no desde otra. Por esa razón los planetas determinarán aquel cielo respecto a la Tierra o al nacido desde su propia posición, tanto por su ubicación física, como por sus aspectos (a través de los cuales también actúan). Pero dichos aspectos deben contarse desde la verdadera posición del planeta, como hicieron Regiomontano y Blanchino, y no en diversos círculos ficticios (como propuso Regiomontano), ni en un círculo propio también ficticio (como quería Blanchino), sino en el círculo real, o, al menos, el que siga el recorrido real del planeta (el recorrido que vemos en el Primer Cielo).

Durante años la preocupación por encontrarlo me hizo cavilar mucho, porque veía que esto era muy importante para la Astrología y esto mismo decían los astrólogos, aunque no lo supieron explicar ni Kepler, ni Regiomontano, ni el propio Ptolomeo, a pesar de que fueron insignes astrónomos y Ptolomeo incluso el “príncipe” de la Astrología.

Pero, tras frecuentes y largas especulaciones acerca de dicho tema, por fin llegué a la conclusión de que el recorrido de cualquier planeta es doble, porque hay uno verdadero o absoluto y otro aparente respecto a nosotros. Verdadero es el recorrido que sigue el planeta de modo absoluto en el éter, desde el centro de su cuerpo, y que parece continuarse hasta el Primer Movable. Se le llama “órbita” del planeta o “excentricidad”. El aparente, en cambio, es el que está en el Primer Movable, bajo el cual vemos moverse al propio planeta respecto a la Tierra.

En el caso del Sol, su verdadera órbita hasta el Primer Movable coincide con la aparente para nosotros, porque la verdadera órbita del Sol discurre alrededor de la Tierra, y Sol y Tierra están siempre en el mismo plano de la eclíptica. Y por eso el círculo de la Eclíptica en el cual el Sol se mueve respecto a nosotros y el círculo desde el cual influye en nosotros por su posición física y por sus aspectos (exactamente delimitados en el mismo) son una misma cosa, como lo demuestra la experiencia.

Las verdaderas órbitas de Saturno, Júpiter, Marte y Mercurio no están establecidas alrededor de la Tierra, según Copérnico y Tycho; y por eso -desde nuestra perspectiva- parecen moverse en el cielo en líneas no circulares, como podrá comprobar cualquiera que trace sobre un globo celeste su recorrido por todo el zodiaco con su longitud y latitud. Pero, como las órbitas de Saturno, Júpiter y Marte incluyen la Tierra, por ello no se apartan demasiado de la línea circular y dichos planetas (en su revolución) tan sólo son una vez boreales o australes a la eclíptica. En cambio, Venus y Mercurio (cuyas verdaderas órbitas no incluyen a la Tierra), desde nuestra óptica, siguen en el cielo alrededor de la eclíptica líneas más irregulares y tortuosas, sobre todo Mercurio, que al recorrer el zodiaco es boreal 5 o 6 veces y otras tantas austral.

Sin embargo, todos los astrólogos, porque así se lo ha enseñado la experiencia, están de acuerdo en que los aspectos deben tomarse en el círculo perfecto del cielo en el cual se halla verdaderamente el planeta y en el que se establecen sus aspectos con sus propias medidas. Y además coinciden también en que el planeta actúa respecto a nosotros no sólo por su verdadera posición, sino también por todos esos aspectos determinados en el mismo círculo máximo - aunque las órbitas de Venus y Mercurio no dan la vuelta alrededor de la Tierra-, porque la verdadera posición del planeta determina otras 11 posiciones (sus aspectos) en el cielo en el mismo círculo máximo, según dijimos en el capítulo 4.

Comentario: Morin, de forma harto redundante, nos viene a decir que sólo sirve el círculo en el que está REALMENTE el planeta y en el cual se tiene en cuenta su posición y otros 11 puntos (todos sus aspectos)

Toda la dificultad consiste en elegir un círculo que al menos coincida con el recorrido real del planeta que vemos en el primer cielo:

-Para empezar, ese círculo no es la eclíptica, porque en el caso de Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio debemos observar en la direcciones la latitud del planeta (si tiene alguna) y el punto opuesto¹⁶, tal como manda Ptolomeo y aconseja la experiencia.

No se puede defender de ninguna manera que el planeta y su oposición estén fuera de la eclíptica, mientras que los restantes aspectos sí quedan en ella, tal como defendió el propio Ptolomeo. Esto supondría que no estarían todos los aspectos en la eclíptica y, o bien el círculo de los aspectos no sería un círculo exacto, o bien habría que admitir dos círculos: uno para su posición física y su oposición y otro (en la eclíptica desde luego) para los restantes aspectos del mismo planeta. Esto es absurdo.

-En segundo lugar, también es cierto que el círculo en cuestión no es la órbita real del planeta (desde el Sol hasta el Primer Cielo), porque esta órbita, aunque es un círculo inclinado hacia la eclíptica, se inclina con un ángulo constante (para Saturno 2°32; para Júpiter 1°20; para Marte 1°50; para Venus 3°12 y para Mercurio 6°54, según las tablas de Rudolffino). Y, sin embargo, las verdaderas latitudes de Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio a menudo exceden aquellas inclinaciones, y Marte se sale hasta una latitud de 7 grados. Pueden, pues, tomarse entre la eclíptica y la órbita verdadera.

Por lo tanto es necesario que la inclinación hacia la eclíptica del círculo que buscamos sea:

-O bien la latitud del planeta (en el momento en que se estudian sus aspectos).

-O bien la mayor latitud inmediatamente posterior o anterior al momento exacto en el cual dicho planeta pasaría de aumentar su latitud a disminuirla (o al revés).

-O bien la latitud mayor y última que puede alcanzar el planeta mientras recorre la parte boreal o austral.

Pues cualquier otro método se apartaría más del verdadero recorrido del planeta en el cielo, como resultará evidente por las siguientes objeciones.

El primer sistema es de Blanchino (fig. 10), que toma la latitud del planeta en ese momento como medida de la inclinación del círculo de los aspectos hacia la eclíptica. Por ejemplo: sea la eclíptica ABEC, el planeta Marte D, el cual, en el punto A de la eclíptica carece de latitud, y luego se hace boreal y su camino está indicado por los puntos ADE Entonces desde el círculo de la latitud de Marte, por su lugar D, se traza un círculo DFG por el círculo de los aspectos.

Es evidente que con ese método el punto de la cuadratura caerá en el punto E de la eclíptica, pero salta a la vista que Marte no va en absoluto por ese círculo. Además, de D a E se acercaría continuamente a la eclíptica, cuando, al contrario, se aleja continuamente de ella por su camino aparente en el globo celeste ADE En consecuencia el círculo de Blanchino debe ser rechazado como contrario a la naturaleza.

El segundo sistema coincide con el tercero en el caso de Marte, Venus y Mercurio, pues estos planetas nunca pasan de ascendentes a descendentes¹⁷, o al revés, a no ser cuando han alcanzado la mayor latitud que pueden tener mientras se hacen boreales o australes, sino que continuamente aumentan de latitud hasta la máxima, tal como queda evidente también en las

¹⁶ Aquí ya empieza Morín a jugar con otro círculo: el que pasa por la posición real del planeta y el punto diametralmente opuesto.

¹⁷ Ascendentes o descendentes en latitud.

mismas efemérides.

Saturno y Júpiter no aumentan continuamente en latitud, sino que a menudo (sobre todo Saturno) parecen retrogradar de latitud y, cuando regresan, llegan a la mayor latitud boreal o austral que pueden alcanzar en su revolución. Y, por consiguiente, si se establece como círculo de los aspectos aquél cuya inclinación hacia la eclíptica es la mayor latitud boreal (o austral) del planeta -según que el planeta esté en la parte boreal o austral-, dicho círculo, que coincide con el recorrido del planeta -su recorrido aparente para nosotros en el cielo, recorrido que no es circular- debe considerarse como el verdadero y más natural círculo de los aspectos con preferencia a los demás.

Por lo demás, las dos órbitas de Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio en el cielo -la aparente desde la Tierra y la verdadera a partir el Sol- son tales que, cada vez que el planeta en su verdadera órbita -también en dirección al cielo- carece de inclinación, según piensa Kepler, y está en su nodo en la propia órbita, entonces el mismo planeta carece también de latitud en su órbita aparente y en el círculo de los aspectos que hemos asumido, y está en sus nodos.

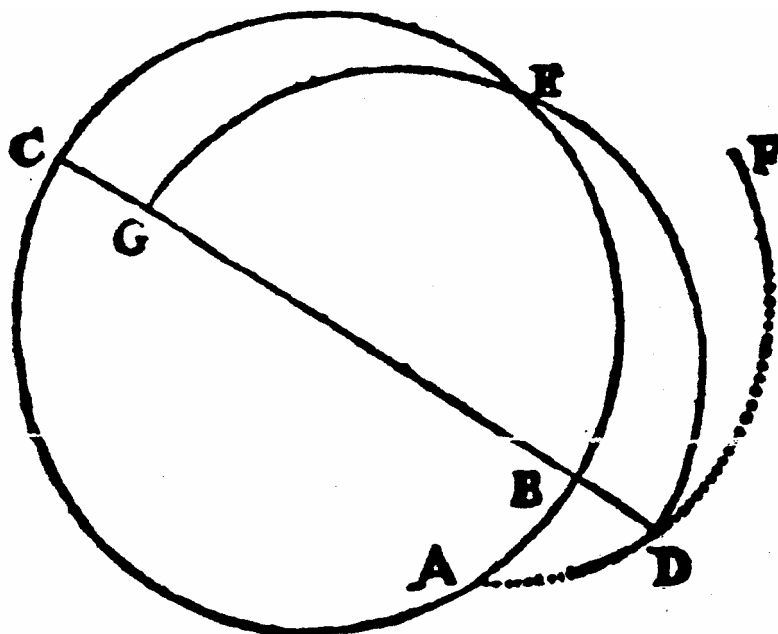


Figura 10

Las posiciones de los nodos son distintas, con muchos grados también de diferencia, igual que el lugar excéntrico del planeta y el aparente en el cielo difieren en la eclíptica. Por ejemplo: en el año 1647, el día 23 de abril a mediodía, en París, en las tablas de Rudolfini se encuentra a Venus con un verdadero o aparente movimiento de $19^{\circ}49'$ Tauro sin ninguna latitud. Por lo tanto está en la intersección de la órbita aparente y la eclíptica (siendo ésta boreal). Pero entonces el nodo boreal de Venus en su verdadera órbita por su velocidad media es $13^{\circ}37'$ Géminis, y por eso la diferencia de ambos es $23^{\circ}04'$ Tauro.

Además difiere mucho la velocidad de los nodos en una y otra órbita, pues en la órbita verdadera se mueven uniformemente y muy lentamente, pero en la aparente irregularmente y mucho más rápido. Por fin, la inclinación de la verdadera órbita hacia la eclíptica es invariable, como se ha dicho antes, pero la de la órbita aparente es variable. Pues en cada revolución del planeta no es la misma su mayor latitud boreal, o austral, o boreal y austral, sino que estas latitudes cambian cada vez que el planeta pasa de la parte boreal a la austral. Y todas estas cosas respecto a la Tierra las causa la traslación de los propios planetas desde el

Sol y el paralaje del Orbe.

Con estas premisas, ya sería hora de mostrar cómo este círculo -por lo que a Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio se refiere- debe reportarse al Primer Movable y cómo se deben medir en él los aspectos.

En primer lugar, se toma la latitud máxima que un planeta puede alcanzar en la parte boreal o austral que está recorriendo como inclinación del círculo de los aspectos hacia la eclíptica en ese mismo momento.

Segundo: por aquella inclinación y la verdadera latitud de dicho planeta en ese mismo momento, encuéntrese para ese momento el punto de intersección del propio círculo y de la eclíptica con el siguiente método:

En el año 1647, en el mes, día y hora anteriormente dichas, Venus estaba en $19^{\circ}49$ de Tauro, sin ninguna latitud, y por consiguiente en su propio nodo aparente. A partir de allí se apunta dónde alcanzó su mayor latitud boreal en su órbita aparente: $1^{\circ}47$. (Fig. 11).

Así pues se toma esta latitud por inclinación del círculo de los aspectos hacia la eclíptica, que en la figura adjunta sería AEC, y el círculo de los aspectos, que avanza por la vía aparente de Venus sería ADB, y su intersección o nodo boreal A, que se toma como principio del movimiento de Venus, el cual aumenta continuamente su latitud hasta que está en B con su mayor latitud boreal $1^{\circ}47$.

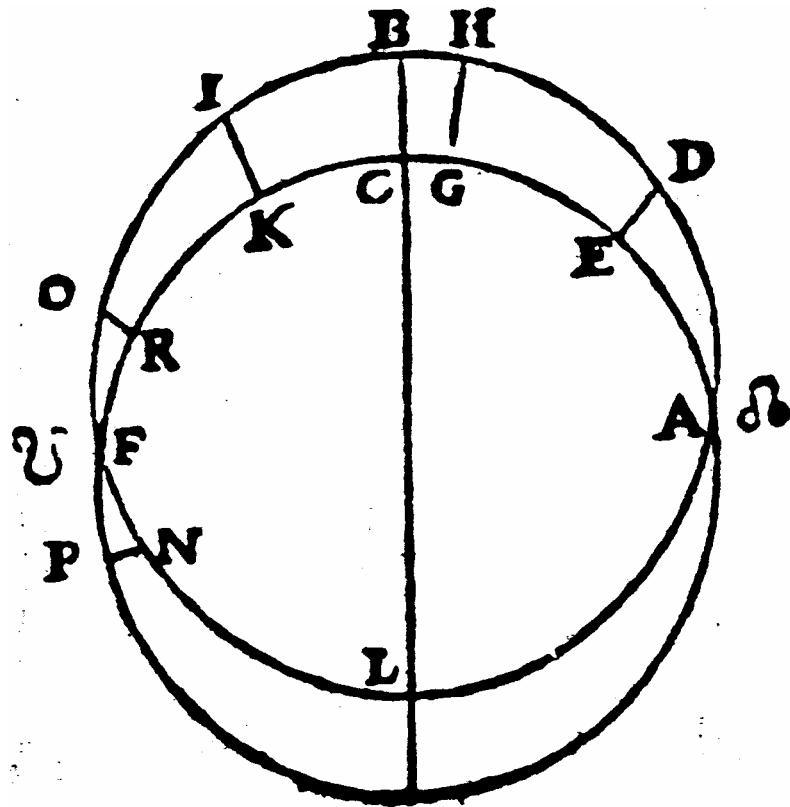


Figura 11

Venus estaría en el punto D del citado círculo, con latitud boreal DE, a $1^{\circ}10$ (que alcanzó el día 22 de mayo, al mediodía, en París, a $25^{\circ}15$ de Géminis). A partir de BC y DE, encuéntrese primero el arco de la eclíptica AE aplicando esta equivalencia:

“Como es la tangente BC para la tangente DE, así la curva entera AC para la curva AE” y se encontrará AE $40^{\circ}52$. Si se resta esto de la posición de Venus en la eclíptica (dos signos $25^{\circ}15$), quedan 1 signo $14^{\circ}24$. Esto es $14^{\circ}24$ de Tauro como punto del nodo boreal A, al cual llega la intersección del círculo de los aspectos al mismo tiempo. Este punto debe anotarse y

su opuesto -14°24 de Escorpio- se tomará como punto del nodo austral.

Después de esto, encuéntrese AD aplicando “como es la curva BC. para la curva DE, así es el radio o curva AB para la curva AD”, 40°52 que es el arco del círculo de los aspectos respecto al arco de la eclíptica AE, designando el lugar de Venus en el propio círculo y su distancia del nodo A.

Ya a partir de la posición D de Venus en el círculo de los aspectos, u órbita aparente -esto es, a 40°52 de distancia del nudo norte, o nodo A- se debe medir todos sus aspectos exactos en ese círculo (el dodectil, 30 grados; el sextil, 60; el cuadrado, 90-etc.).

Supongamos que su dodectil izquierdo está en H y hay que averiguar su longitud y latitud: sumados los 40°52 de AD y los 30° de DH, resultará 70°52 para AH. Y por eso se aplicará la siguiente equivalencia: “Como es toda la curva entera AB para la curva AH (70°52), así es la curva BC (1°47) para la curva GH”, 1 °41 que será la latitud boreal ascendente del propio dodectil que termina en el punto G de la eclíptica. Para conocer aquel punto, o arco de la eclíptica AG, se debe aplicar esta equivalencia: “Como es la tangente BC para la tangente GH, así es la curva entera AC para la curva AG”, 70°44 o 2 signos 10°44. Si los sumamos a la posición del nodo A (1 signo 14°24), resultará 3 signos 25°8 -o 25°8 de Cáncer- como punto verdadero del dodectil en la eclíptica.

Para encontrar la cuadratura izquierda de Venus, añádanse 90° al mismo D - esto es 40°52- y resultarán 130°52, por el arco ADI, que, restados al semicírculo ABF, dejan 49°8 por FI. Y por eso se aplicará: “Como es toda la curva entera FB para la curva FI, así es BC para IK. El resultado será 49°12, por FK (o 1 signo 19°12) que restados del punto del nodo austral F (7 signos 14°24), darán como resultado 5 signos 25°9 (25°9 de Virgo) como punto verdadero de la cuadratura en la eclíptica.

Se encontrará el quincuncio izquierdo si al lugar de la cuadratura I se añaden seguidamente 60 grados, y caerá en el punto N, y por eso si a 60° se le quitan 49°8 por FI, quedarán 10°55 por FN. Y por esa razón se aplicará: “Como es la curva entera FL para la curva FN, así es la curva ML, o BC, para la curva NP” y saldrán 0°21 por NP, con la latitud meridional descendente del propio quincuncio que acaba en el punto P de la eclíptica.

Y para saber el arco FP se aplica: “Como es la tangente LM para la tangente NP, así es la curva entera FM para la curva FP”, 10°46, que, si se añaden a la posición del nodo F (12°24 de Escorpio), darán 25°10 de Escorpio, como punto del citado quincuncio.

Y así se procederá con todos los demás: para Saturno, Júpiter, Marte y Mercurio.

Una vez encontrados por el procedimiento anterior los aspectos siniestros, los derechos quedan diametralmente opuestos a éstos, con latitudes iguales a sus opuestas, pero de denominación distinta: el dodectil izquierdo se opone al quincuncio derecho, el trígono izquierdo al sextil derecho y el quincuncio izquierdo al dodectil derecho. Por consiguiente, basta encontrar los aspectos izquierdos o los derechos. Pero daremos en el libro 22 una magnífica tabla, con ayuda de la cual se encontrarán muy fácilmente los citados aspectos, con su longitud y latitud, pues este método tan sólo es apropiado para los Doctores y los muy teóricos.

Para hallar en la eclíptica el punto exacto de cualquier aspecto, el arco de la eclíptica que hemos encontrado primero debe ser añadido o restado a la posición del verdadero nodo (que está muy cerca del verdadero lugar del planeta en la eclíptica) y se sabrá si ese nodo es el nodo norte o sur del planeta como sigue: mientras la verdadera latitud del planeta es septentrional y crece subsiguientemente, el planeta se aleja de su verdadero nodo boreal y se dirige al límite boreal; si decrece, se aleja del límite y se dirige al nodo sur. Pero, mientras la verdadera latitud del planeta es austral y crece subsiguientemente, el planeta se aleja del nodo sur y se acerca al límite austral; si decrece, se aleja del límite y se dirige al nodo norte. Y esto siempre es verdadero para Marte, Venus, Mercurio y la Luna, pero no para Saturno y Júpiter. Así pues, en general, si un planeta (en la parte boreal) aún no ha alcanzado su mayor latitud

boreal, le precede el nodo norte. Si ya la ha rebasado, le sigue el nodo sur. Y lo mismo cabe pensar del planeta en la parte austral. Pero, mientras están delante el nodo norte o sur, resta el arco que encontraste primero (que es la distancia del planeta y del nodo en la eclíptica) del propio planeta y te quedará el lugar de los nodos en la eclíptica: pero si el nodo norte o el nodo sur van después, añade la citada distancia al lugar del planeta para tener el nodo.

Contra esta teoría pueden aducirse algunas objeciones cuya resolución la reforzarán más firmemente:

-Primero, el que el planeta no se mueve por el círculo de los aspectos que hemos adoptado, como el Sol en la eclíptica se mueve por el círculo de los aspectos del Sol. Por consiguiente, ese citado círculo también sería ficticio, como el círculo de Blanchino y Regiomontano.

Respondo: No hay ningún otro círculo, que siga más escrupulosamente el recorrido aparente del planeta en el cielo, sobre todo para Saturno, Júpiter y Marte, de los cuales se alejaban completamente los círculos de Blanchino y Regiomontano. Por esa razón, el círculo que hemos adoptado debe ser preferido a los demás, como más natural y real, porque la vía aparente del planeta en el cielo no es circular, pero los astrólogos, constreñidos por la experiencia, ponen los aspectos en un círculo exacto.

-En segundo lugar se objetaría: por ese método el verdadero nodo del planeta en el cielo recorre aparentemente durante el año no sólo muchos grados, sino incluso muchos signos, aunque el movimiento medio del mismo nodo, al menos para Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio, ni siquiera es de 2' durante cualquier año. En consecuencia aquel movimiento aparente es ficticio.

Pero respondo: esto no es ficticio, sino que ocurre realmente. Pues, por ejemplo, en el año 1647, el día 23 de abril. Venus, carente de latitud, está a $19^{\circ}49'$ de Tauro, y en su verdadero nodo boreal según las tablas de Rudolffino. Pero, el día 13 de agosto está a $3^{\circ}5'$ de Libra su verdadero nodo austral, y por eso el boreal debe estar en ese momento a $3^{\circ}5'$ de Aries y así, desde el día 23 de abril al día 15 de agosto ha retrocedido 1 signo $16^{\circ}44'$.

El día 4 de diciembre de ese mismo año, al contrario, la misma Venus, carente de latitud, está a $8^{\circ}2'$ de Sagitario en su verdadero nodo boreal, aunque su propio nodo había estado a $19^{\circ}49'$ de Tauro, y así, desde el 23 de abril al 4 de diciembre, el verdadero o aparente nodo boreal de Venus retrocedió 5 signos $21^{\circ}47'$. En resumen: cuanto dista del cuadrante (90 grados), en la figura anterior, el movimiento de la longitud de Venus, desde su verdadero nodo norte hasta C, donde se halla su mayor latitud, tanto retrocede aparentemente el verdadero nodo A a lo anterior, por la traslación de estos planetas desde el Sol y el paralaje del Orbe. Y esto no sólo es cierto para el citado cuadrante AC, sino también para los arcos AE y AG, cuando el verdadero nodo de la longitud de Venus es inferior a la cantidad de los propios arcos.

-Tercera objeción: la inclinación de la vía aparente del planeta en el cielo nunca es la misma, sino que continuamente varía, de lo contrario el círculo sería perfecto. En consecuencia, la mayor latitud aparente no puede ser tomada como inclinación constante del círculo de los aspectos a la eclíptica, mientras el planeta se mueve desde su nodo hasta aquella latitud máxima, o de ésta a aquél.

Mi respuesta es: puesto que el círculo de los aspectos anteriormente citado y la vía aparente del planeta en el cielo tienen esto en común, el hecho de que por una y otra línea el planeta se dirige desde su verdadero nodo a su mayor latitud antedicha, o se aleja de ella, la diferencia originada por aquella variación en la longitud y latitud de los aspectos es, a lo sumo, insensible, al menos en el mismo semicírculo boreal o austral que recorre el planeta, y que es el único que se atiende, porque el otro, por determinación, le sería consecutivo, formando ambos desde luego un único círculo perfecto.

-Cuarta objeción: aquel método no puede siempre resultar práctico para Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio, pues, cuando el planeta carece de latitud y está en su verdadero nodo, ¿cuál será el círculo de los aspectos? ¿Acaso la eclíptica? Pero el planeta no se mueve

por la eclíptica o por su recorrido. ¿Acaso otro círculo? Pero ¿cuál será su inclinación hacia la eclíptica? ¿Acaso la mayor latitud boreal? ¿O la mayor austral? ¿Aunque difieran entre sí algunas veces varios grados?

Responderé: aunque el planeta está realmente en su nodo careciendo de latitud, no deja de ser cierto que realmente se mueve en su órbita aparente para nosotros inclinada hacia la eclíptica. Y por esa razón el círculo de los aspectos será siempre aquel que discurre por aquella vía aparente. Pero su inclinación será la latitud máxima a partir de la cual el citado planeta retrocede y decrece hasta su propio nodo en el que deja de tener latitud, y no la latitud máxima siguiente, a la que se dirigirá, porque aún no la ha empezado. Y esta objeción puede hacerse a cualquier otro círculo de aspectos que proceda por la vía aparente del planeta en el cielo, cualquiera que sea la inclinación que se adopte desde la parte boreal o austral.

-Quinta objeción: Parece más probable que el círculo de los aspectos deba pasar por el verdadero lugar del planeta y los nodos de su verdadera órbita, reducidos a la eclíptica del Primer Cielo por el paralaje del Orbe. Pues así, dados el verdadero lugar del planeta por su longitud y latitud y el verdadero lugar de sus nodos, se dará una inclinación del círculo de los aspectos propia y congruente para cualquier momento que se tome.

Ciertamente esto parece más ajustado a la razón que tomar la mayor latitud aparente del planeta como inclinación constante del círculo de los aspectos, mientras el planeta se mueve de su nodo a aquella- latitud máxima, o de ésta a aquél.

Mi respuesta es: Ciertamente, a primera vista, aquél parece más correcto y yo también me dejé engañar por ese método hasta que encontré que la inclinación del círculo de los aspectos de Marte hacia la eclíptica se salía hasta 12 grados, lo cual supera mucho la mayor latitud de Marte que nunca excede 8 grados. Y la verdadera posición de Venus o Mercurio en la eclíptica (mientras los planetas recorren la parte inferior de su verdadera órbita) coincide a veces con la verdadera posición de sus nodos, y sin embargo así Venus y Mercurio alcanzan también una latitud de más grados, lo cual no puede ser, o su latitud se iguala a la distancia de éstos mismos del verdadero nodo, lo cual supondría una inclinación de 90 grados del círculo de los aspectos hacia la eclíptica, y esto supera muchísimo la verdadera latitud de Venus o Mercurio.

Así pues, si los círculos se alejan mucho de la vía aparente del planeta en el cielo, por consiguiente, la única posibilidad que nos queda, por obligación, es adoptar el círculo que expusimos nosotros, que sigue aquella progresión mejor que los otros y nunca excede la mayor latitud del planeta (aunque para Saturno y Júpiter se pueden tomar indiscriminadamente uno u otro método sin grave error).

Por lo que respecta a la Luna, que va alrededor de la Tierra, ella también admite dos órbitas:

-La verdadera que con el centro de su cuerpo describe realmente alrededor de la Tierra, y que Kepler llama “libre excéntrico”, inclinada hacia la eclíptica con un ángulo constante de 5 grados.

-La aparente, en la cual, si la seguimos hasta el Primer Movable, se la ve como si se moviera respecto a nosotros y sufriera modificaciones mensuales que hacen variar su longitud y latitud. Y esta órbita aparente se llama “excéntrico mensual”, oscila alrededor del “libre”, y está inclinado hacia el mismo en un ángulo de oscilación variable, pero que no excede 19' según Tycho y Kepler. Pero en esa órbita siempre se toma la verdadera posición de la Luna respecto al centro de la Tierra en virtud de su longitud y latitud, y el verdadero lugar de su nodo boreal, y éstos se ponen en la efemérides.

Puesto que la inclinación de la órbita aparente, o del recorrido lunar en el cielo, varía continuamente por aquella oscilación, resulta que dicho recorrido no es un círculo perfecto (como sucede con Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio), sino que difiere algo de un círculo, pero casi insensiblemente. Y, por consiguiente, la mayor latitud que la Luna puede alcanzar en la parte boreal o austral que recorre puede ser tomada con más precisión como

inclinación del círculo de los aspectos, que casi es el mismo que esa órbita oscilante: y los puntos de los aspectos se van midiendo desde la verdadera posición, de la Luna (como se hizo para Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio). Y así se utilizará un método único e idéntico para todos estos planetas (lo cual le da aún más validez), y su autenticidad resplandece sobre todo en los aspectos de la Luna, ya que el círculo de los aspectos de la Luna y la órbita aparente de la Luna casi coinciden.

Por cierto, puesto que en las efemérides de la Luna se pone la posición del nodo boreal para cada día, resultará mucho más rápido (para la Luna) restar de las posiciones de la Luna y del nodo más cercano (calculados para ese momento) el que esté primero del que esté segundo y se deja la distancia de la Luna del propio nodo. Luego aplíquese la fórmula “Como la curva de dicha distancia es a la curva entera, así la tangente de la verdadera latitud de la Luna es a la tangente de la mayor latitud o la inclinación, de la órbita lunar aparente a la eclíptica en ese momento”. Dicha inclinación será la medida A en la figura anterior, aunque algo variable en cada revolución de la Luna por la oscilación, pero carente de error apreciable para los aspectos, y, por fin, aplíquese la fórmula (puesta la Luna en D): “Como es la curva BC para la curva DE, así es la curva entera para la curva AD” y se obtendrá la posición D de la Luna en la órbita aparente o en el círculo de los aspectos. A partir de esa posición D se irán contando los aspectos, como se hizo para Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio. Y este método prácticamente no difiere del explicado anteriormente para la corrección de los aspectos de la Luna.

Cuando ya tenía muy claras y asimiladas todas las ideas que acabo de exponer y ya las había comprobado en la práctica, por fin, por casualidad, al caer sobre los aforismos de Cardano (el 30, 31 y 32 de la sección primera),-que antes había leído varias veces sin lograr entenderlos por el laconismo de la expresión y la ambigüedad de las palabras en asunto harto difícil- empecé a sospechar que Cardano algo intuyó del círculo de los aspectos que he expuesto, aunque diga algunas cosas distintas de dicho círculo. Pero, por lo demás, explica tan mal su pensamiento que no se sabe adonde quiere llegar. Mas que el lector, ducho ya en la materia por las explicaciones anteriores, juzgue si lo intuyó e indicó:

Así pues, en el aforismo 30, dice: “También es verosímil que cualquier planeta siga una línea por la cual se mueva, como el Sol por la eclíptica, y todos los demás por el círculo de su latitud. Y así encontraremos unos puntos fijos hacia los cuales (los planetas) se dirigen “corporalmente”. Pero la dirección de ¡posición siempre es por las partes de la eclíptica.”

Entonces cuando dice “es verosímil” queda claro que no lo afirma, sino que vacila. Cuando dice “que cualquier planeta siga una línea por la cual se mueva”, dicha línea puede encenderse tanto como la verdadera órbita, como la aparente para nosotros, y no hace distinción. Ten en cuenta que el círculo que hemos adoptado no es ninguna de dichas líneas y que la órbita aparente no es un círculo.

Cuando dice: “Y todos los demás por el círculo de su propia latitud” se confunde a sí mismo y al ingenio del lector. Pues si cualquier planeta debe seguir la línea por la que se mueve, ¿cuáles son “todos los demás” planetas? Y cuando dice: “éstos deben ser dirigidos por el círculo de su propia latitud”, en astronomía consta que el círculo de la latitud del planeta es aquel que, desde el polo de la eclíptica, pasando por el centro del planeta, baja en ángulo recto hacia la eclíptica. Pero el círculo que hemos expuesto anteriormente no es de ese tipo.

Por fin, cuando dice “Y así encontraremos unos puntos fijos hacia los cuales (los planetas) se dirigen “corporalmente”. Pero la dirección de la posición siempre es por las partes de la eclíptica”, señala dos direcciones del planeta, una “corporal” (= física) en la línea que recorre -o, como .dice él, en el círculo de su latitud-; otra por su posición en la eclíptica, posición que quiere que se dirija por la eclíptica. Pero esta dirección es contraria a lo que pensaba Ptolomeo, pues éste quería que en las direcciones se tuviera en cuenta la latitud del planeta que se había de dirigir y, al dirigirlo por los tiempos horarios, lo dirigía por el Ecuador. Y

también es contraria a la razón, pues no se debe dirigir un planeta desde una posición en la que en realidad no está. Y, en la realidad, no está en la eclíptica, a no ser por reducción; (si tiene latitud). Pero en la otra dirección lo único que se encuentra son las estrellas fijas, como en los métodos de Blanchino y Regiomontano, pues toda estrella fija de la misma declinación que el planeta que debe ser dirigido puede salirle al encuentro según dichos métodos.

En el aforismo 3 dice: “Así pues, puesto que las cosas son así, conviene incluso que todos los rayos se cuenten del mismo modo en aquel círculo” Y esto, desde luego, es cierto si entiende que todos los rayos (-aspectos) se cuentan en el círculo que hemos dicho, como se calculan en el caso del Sol en la eclíptica. Pero cuando a continuación dice -.”porque ¿os opuestos al Sol coinciden con el sistema de Blanchino”, de nuevo se confunde a sí mismo y a la inteligencia del lector. Pues con la expresión “opuestos al Sol” ¿se refiere a Saturno, Júpiter y Marte, que vemos opuestos al Sol, pero no a Venus ni Mercurio? Pero, desde luego, con nuestro método ni los aspectos de Saturno, Júpiter y Marte, ni los de Venus y Mercurio coinciden con el método de Blanchino, según el cual el aspecto siempre cae en la eclíptica (igual que en el sistema de Regiomontano). Pero, si únicamente se refiere al aspecto de oposición de dichos planetas, añade inútilmente “al Sol, pues, tanto en el método de Ptolomeo como en el de Regiomontano, el aspecto de oposición cae en el mismo punto del cielo que en el método de Blanchino y el nuestro.

Y cuando dice después: “Conviene conocer las mayores latitudes de los planetas” se refiere a su mayor latitud absoluta en la región boreal o austral (el propio Cardano nos las da, aunque no exactas: por Saturno 3°5', por Júpiter 2°8', por Marte 7°7', por Venus 7°22' y por Mercurio 4°5'). Y cuando dice a continuación: “Y conocer los puntos en los cuales, en ese momento, el círculo de la latitud corta la eclíptica”, esto conviene saberlo -desde luego- para el círculo que yo he tomado, pero éste no es el círculo de la latitud, como se ha dicho arriba.

Y cuando continúa “y de allí buscar las radiaciones”, no queda claro si las “radiaciones” (o aspectos) deben contarse en la eclíptica desde el punto en que la corta el círculo propiamente dicho del planeta, o si, por el contrario, deben calcularse en el círculo que hemos explicado y contarse desde el punto en el cual dicho círculo corta la eclíptica. Pero, en nuestro método, no se debe hacer ninguna de estas cosas, sino que los aspectos deben contarse en el círculo que hemos explicado, empezando por el propio cuerpo del planeta, aunque usemos el punto de la sección de la eclíptica, o lo que conocemos como nodo, para encontrar o determinar las longitudes de cada aspecto en la eclíptica, como se ha dejado claro anteriormente.

Por fin, en el aforismo 32, dice: “Pero no conviene tomar la mayor latitud absoluta, sino aquella que es la mayor en el momento en que el planeta recorre ese círculo” Allí ya parece que Cardano nos favorezca del todo. Pues, por inclinación del círculo de los aspectos hacia la eclíptica, tomo la mayor latitud que el planeta puede tener, o tuvo, en el semicírculo boreal o austral que recorre, o en la parte boreal o austral en la que se encuentra.

Por lo tanto, si alguien quisiera negar que Cardano, en aquellos tres aforismos, ha pensado en el método que yo he aportado, tendría todo el derecho a ello (por lo dicho anteriormente en la exposición de esos aforismos). Pero si alguien afirma lo contrario, por lo menos confirmará nuestro método, pues he explicado la confusa y embrollada idea del mismo de Cardano, cosa que ni yo ni nadie ha hecho hasta ahora.

Dicho sea de paso, es cierto que el propio Cardano no enseñó la manera de llevar ese mismo método a la práctica -quizá asustado por la dificultad de la cuestión-, ni él mismo lo utilizó nunca, pero sí utilizó al menos el método de Blanchino que recomienda y enseña ex professo en el libro De judic, genitur., capítulo 7. Y ningún astrólogo desde la época de Cardano hasta ahora ha enseñado nuestro método o se ha servido de él. Y eso que Orígenes, Argolo y los otros más cercanos a nuestro tiempo que han hablado de la corrección de los aspectos leyeron y releieron los aforismos anteriormente citados, igual que yo, que, antes de ocurrírseme esa idea, no entendí nada de ellos, ni me paré a reflexionarlos, y ni siquiera me atrevería aún a

afirmar qué entendía Cardano con los mismos.

Por lo tanto, que el lector benevolente reciba con agradecimiento todo lo que hemos podido lograr, tras examinar todas las cuestiones una a una, en asunto de tal importancia y tan difícil que era el único que parecía que quedaba y se debía echar de menos en nuestra astrología; o bien que aporte algo mejor, que yo también le aplaudiré.

Advertimos que para este asunto hay que utilizar las mejores efemérides, aquéllas en las que se ponga correctamente las verdaderas longitudes y, sobre todo, las latitudes de los planetas, si la astronomía, que básicamente ha sido restablecida por nosotros, proporciona por fin bastantes efemérides de ese tipo: en ellas, al principio de cada año, se pone -al menos para Saturno, Júpiter y Marte -la máxima latitud de éstos en el círculo boreal, o austral, que recorren y en qué momento sería menor o mayor, para que buscar estos datos sea menos tedioso; sobre todo para Saturno que, en el mismo semicírculo, llega a aumentar de latitud aproximadamente “doce veces, y otras tantas baja, a lo largo de cerca de 15 años. Pero ya se percatará bastante de cuánta importancia es tener, para esta práctica, unas efemérides o tablas exactas, todo aquel, que se dio cuenta de que en las tablas de Pruteno, Lansberg y Rudolfini las latitudes de Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio a menudo difieren entre sí un grado.

CAPITULO 10 DE LA NATURALEZA BENÉFICA Y MALÉFICA DE LOS ASPECTOS Y CUAL ES LA CAUSA DE UNA Y OTRA. QUÉ ASPECTOS SON BENÉFICOS Y CUÁLES MALÉFICOS.

Aquí no tratamos de descubrir si algunos de los aspectos astrológicos son benéficos por su naturaleza y otros maléficos. Pues suponemos que esto ha sido comprobado y aceptado por los astrólogos por su experiencia del día a día. Y de ello se sigue que ni son todos benéficos, ni todos maléficos: por lo tanto queda por determinar cuáles son benéficos y cuáles maléficos y de dónde les viene esto tanto a los unos como a los otros. Y, por cierto, hasta ahora no me he encontrado en Astrología nada más difícil y abstruso: pues aunque son variadas las opiniones de los astrólogos sobre esta materia, ninguna es coherente consigo misma, ni me satisface a mí, como tampoco a su autor, sino que una a una caen en lo absurdo.

Primero, Ptolomeo (cap. 11, libr. 1 Quatrip.) dice que la naturaleza del trígono y sextil es benéfica por la afinidad o compatibilidad de los signos en los cuales caen tales aspectos. Pero la naturaleza de la oposición y la cuadratura es maléfica por la índole contraria de los signos en los que caen éstos: mas no dice nada de la naturaleza de la conjunción, dodectil y quincuncio.

Se ve que esta opinión es errónea por esto: porque todas las oposiciones no tienen menos compatibilidad por signo que los sex-tiles; ya que tanto éstos como aquéllos son entre signos del mismo sexo y condición; es decir, son idénticos en las cualidades activas o pasivas. De donde se seguiría que ambos aspectos serían benéficos o ambos maléficos, mientras que Ptolomeo dice precisamente lo contrario.

Cardano, en su Comentario, teoriza de otro modo. Pues dice: aquellas cosas que están a la máxima distancia en cada categoría son contrarias y por ello incompatibles: los signos opuestos están a la máxima distancia -puesto que distan todo el diámetro-, así pues, son los más incompatibles. Digo yo: aunque se admitiera esto en cuanto a la distancia, sin embargo, a continuación, Cardano saca la conclusión de que (los planetas) mal aspectados por cuadratura discrepan menos que los opuestos, porque es menor la contradicción entre los cuadrados (por supuesto, se refiere a la contradicción entre sexos y naturalezas). Esto es completamente absurdo. Pues la comparación de hasta qué punto hay compatibilidad o incompatibilidad debe hacerse en base a nociones del mismo calibre, no de diferente naturaleza como son la diferencia geométrica de dos signos y su sexo y naturaleza. Has de añadir además a esto que los signos opuestos son siempre del mismo sexo e idénticos en su naturaleza activa, y por ello es falso que sean los más incompatibles, a no ser en razón de la distancia, como antes se ha dicho. Pero, en cambio, aunque los cuadrados son menos incompatibles en razón de la distancia, lo son más que los opuestos en base al sexo y la naturaleza.. Y, en fin, por esto se demuestra también con toda evidencia que el motivo por el que los aspectos son benéficos o maléficos no puede buscarse en la mayor o menor distancia: pues si el más distante, como en este caso, fuera maléfico, en consecuencia el menos distante, como toda conjunción, sería per se benéfico:

y el trino sería per se peor que el cuadrado, lo cual es absurdo. Así pues este razonamiento de Cardano no tiene validez.

Pontano (libro 1 de reb. coelest.), haciendo caso omiso del sexo y la naturaleza, se fija en el modo en que las líneas por aspecto convergen hacia el centro del Mundo. Y dice que, en la oposición, los rayos, que salen violentamente al encuentro uno del otro por esa misma línea diametral y se acechan, suscitan violencias y enemistades y por ello ese aspecto es nocivo y hostil. Pero los rayos cuadrangulares, aunque no salgan cara a cara enfrentándose, a pesar de ello, ya que se golpean por un ángulo recto y ninguno de los dos quiere ceder ante el otro suscitan disputas: y por eso esa radiación (= aspecto) es también amenazadora. Pero los rayos triangulares y sexangulares no se perturban de ningún modo, sino que se mezclan como aliados y como si avanzaran en un mismo frente. Por ello una y otra radiación (=aspecto) se

consideran- benéficas.

Esa opinión tampoco es satisfactoria.

Primero, porque, aunque se puede aceptar entre dos planetas opuestos o cuadrados, cuyos rayos, ambos, son en cierto modo corpóreos y de diversa naturaleza fontal, no puede admitirse entre aspectos simples de un único planeta, que son formados por dos rayos de la misma naturaleza fontal -como son el rayo del cuerpo de Marte y el rayo de la posición de Júpiter y Marte- y que no son ambos corpóreos, sino que uno es “espiritual”- como se ha dicho en el capítulo 4- pues el violento enfrentamiento o golpe que coarta o se niega a ceder sólo se da entre los corpóreos, incluso más que los rayos de las influencias.

Comentario: Morin se refiere a que puede admitir que hay una incompatibilidad “física” entre los rayos de dos planetas que están en un momento dado en el cielo. Pero que no puede olvidar que cada planeta determina 11 puntos, como hemos visto antes, por su posición. Pasado el tiempo, el planeta ya no está allí “físicamente” así que no puede emitir rayo “físico”, pero si sigue el punto determinado para ser su cuadratura, oposición etc. Y cualquier planeta que llegue por tránsito a dicho punto le estará haciendo una cuadratura u oposición al planeta radical natal.

Segundo, porque, aunque admitamos este argumento para el dodecilo y sextil -que se mezclan como aliados y como si avanzaran en un mismo frente, porque, al formar en el centro ángulos agudos con su rayo fontal parecen tender a la misma zona con dicho rayo fontal-, sin embargo, esto no sirve para el trígono: pues los rayos del trígono tienden a zonas opuestas que se enfrentan por un ángulo obtuso y con más fuerza de lo que tendría el ángulo de la cuadratura: por ello, por esa misma razón, el rayo que forma un trígono por medio de su rayo fontal parece acercarse más a la naturaleza de la oposición que el rayo de la cuadratura. Así pues, también hay que rechazar esa opinión de Pontano.

Por fin, de lo que sigue se demuestra que la bondad o maldad de dichos aspectos no puede buscarse en los números armónicos: la relación de doce a seis constituye el diapason más agradable de las consonancias. Así pues, ¿por qué es propio de la oposición, el peor de los aspectos? Además (todas) las proporciones de los aspectos hacen consonancias. Por lo tanto, ¿por qué unos son maléficos y otros benéficos? Si la proporción doce a seis fuera de por sí maléfica, ¿por qué lograría la más suave consonancia para los oídos? ¿Y por qué no es siempre y en todos los lugares maléfica? Pero, si no es per se maléfica (lo que hay que decir por fuerza), ¿por qué y de dónde le viene que sea maléfica en el zodiaco, donde sólo se encuentra esa naturaleza en los aspectos, porque aquella maleficencia no puede deducirse de los signos, a no ser que, en contra de la experiencia, el aspecto de sextil se demuestre también como maléfico.

Así pues, sean como sean en este asunto las cosas físicas, como han sido examinadas con mucha atención y no han resultado satisfactorias, no sólo queda evidente la dificultad de aquella tarea que ha sido dejada en nuestras manos, sino que me veo obligado a afirmar que la causa de ello tiene algo metafísico, y no es asombroso, porque ciertamente la generación de los aspectos por determinación, expuesta en el capítulo 4, y el modo de actuar de los planetas por sus aspectos no tiene nada semejante en la naturaleza, y trasciende todos los otros modos de actuar de la naturaleza. Por eso, elevado el intelecto a la Metafísica, empezaremos a pensar una razón que, si es coherente para todos los aspectos y no es ajena ni a Dios ni a los destinos de los hombres, podrá ser aceptada como la más verosímil, mientras ingenios más sutiles intentarán buscar una más auténtica: para que no parezca que en este asunto tan sólo refutamos las opiniones de los otros astrólogos y, amedrentados por la dificultad, no nos atrevemos a decir nada nuevo.

Así pues, ya que Dios ha creado la naturaleza de los aspectos únicamente en el círculo del

zodiaco o Zona, en consecuencia, se nos ocurrió, en primer lugar, que había que observar la naturaleza del círculo. Por lo tanto, aunque las esencias simples de las cosas, en cuanto es posible en lo creado, representan con la mayor perfección la naturaleza simple de Dios, y por ello dicen los místicos. teólogos que Dios está sentado como en su propio solio en las esencias de las cosas, sin embargo, esto se da en el círculo más que en ninguna otra cosa, para que transmita de forma admirable esta misma naturaleza no sólo a la mente, sino también a los sentidos. Pues el círculo es la primera de todas las figuras, la más sencilla, la más parecida a sí misma por dondequiera que se mire la que no conoce ni principio ni fin, la más capaz de todas y fecundísima de innumerables cualidades, de todas la más conocible per se, pero, de todas, la menos comprensible para nosotros, como demuestra la tanto tiempo buscada y aún desconocida cuadratura del círculo.

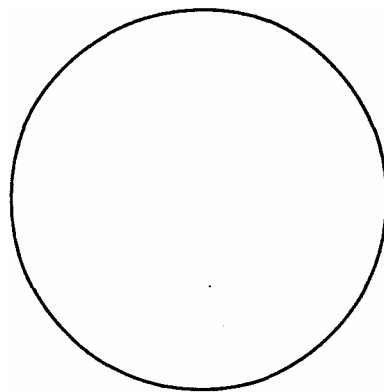


Figura 12

Y todas estas cosas son ciertas respecto a la misma naturaleza de la divinidad, que es el primer principio de todas las cosas, y en la cual está la mayor simplicidad, la mayor capacidad y fecundidad -puesto que en ella hay tres personas divinas y todas las cosas creadas y creables-, en cuanto a la existencia la más conocible, pero, en cuanto a la esencia, incomprensible para toda criatura.

Pero si se traza un triángulo rectilíneo y equilátero -también la primera de las figuras rectilíneas-, éste expone admirablemente la trinidad de las Personas Divinas en la unidad de la naturaleza mucho mejor que todas las otras cosas que se puedan imaginar. Pues igual que los tres lados, o tres ángulos del mismo triángulo, son entre ellos completamente iguales, pero sin embargo con una disanciación numérica entre ellos, lo mismo se encuentra también en las Personas Divinas: y como los tres lados, o tres ángulos, son por su número un triángulo y, restado uno, deja de ser un triángulo, así las tres Personas Divinas son un solo Dios por su número y, restada una, dejan de ser Dios, de no ser así no se conocería ni amaría. Y esto no se puede decir de cualquier otra figura rectilínea que, o Gene lados desiguales o excede el número de las personas Divinas. Añade además que el triángulo equilátero es el único que tiene ana cosa digna de admiración: de cualquier manera que se trace en el zodiaco, sus ángulos siempre caen en lugares que son totalmente de la misma naturaleza, sexo y condición, lo cuál es un grandísimo y especial símbolo de amor.

Así pues, aquellas dos figuras -las primeras y más sencillas de las curvilíneas o rectilíneas-, con derecho son sagradas para Dios y de los caracteres creados, el círculo representa el bien simple e infinito y el triángulo la emanación, unión y amor.

Con estas premisas, ya es seguro que, igual que Dios lo abarca todo en sí mismo, así el primer cielo -que es la primera causa física cuyo modelo es Dios mismo- condene en su espacio físico todos los cuerpos y especialmente todas las cosas engendrables y corruptibles y sus destinos. Y por eso cualquiera de los destinos de las cosas engendrables está hecho según el

modelo de la Prescencia y Providencia de Dios para las cosas engendrables, pero sobre todo los hombres, como se confirma por la práctica diaria de los astrólogos con las cartas natales.

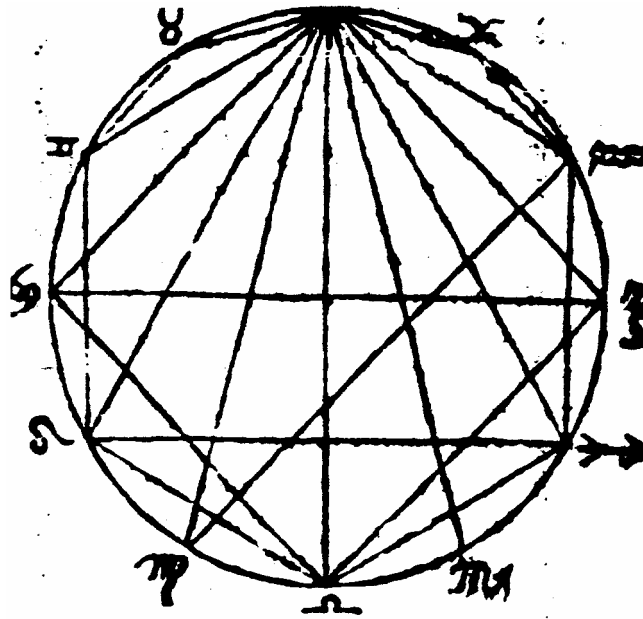


Figura 13

Puesto que el zodiaco es la parte más eficaz de aquel cielo, región en la cual los planetas, con sus perpetuos movimientos y sizygias, urden aquellos destinos y los dispensan, vamos a plantear el siguiente razonamiento:

Supongamos que el zodiaco es el círculo aquí adjunto (fig. 13):

Aries, Tauro, Géminis etc., dividido éste en 12 partes iguales por los 12 aspectos. Tomamos un punto cualquiera de Aries como principio de los aspectos y desde allí trazamos los rayos (aspectos) hasta Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, o las líneas de los aspectos: Aries-Tauro por dodectil, Aries-Géminis por sextil, Aries-Cáncer por cuadratura, Aries-Leo por trígono, Aries-Escorpio por quincuncio y Aries-Libra por oposición. Así pues, ya que estos rayos son cierto tipo de emanación del mismo principio fontal, digo que ellos, en su orto, camino o progresión, representan sobre todo las seis vías principales de los hombres, que, desde el mismo principio del orto, puesto que, en efecto, Dios lo abraza todo, son abandonados luego a su propia libertad en este mundo y siguen el camino más conforme a su peculiar índole, o el que han tomado voluntariamente por otra razón.

Así pues, el rayo de oposición Aries-Libra que llega perpendicularmente a la concavidad de la periferia sin regreso por reflexión a su propio principio, expresa la vía de los ateos y los demás, los hombres peores e impíos, que se oponen por el diámetro a Dios y a su influencia y rechazan a éste, negando incluso el retorno a su principio.

Es obvio que se cuidan muy poco de Dios, sino que más bien, por la pertinacia de su propia maldad constante e incapaz de inclinación, permanecen siempre alejados de él. Esta vía es completamente diabólica y abismo de toda iniquidad. Y no se sulfure de entrada el lector de que, por medio de los rayos de los aspectos, expongamos los caminos de los hombres respecto a la religión y la piedad, como si estas vías no tuvieran nada en común con el cielo o los astros. Pues en su momento se demostrará que las inclinaciones a la religión y la piedad o lo contrario a estas cosas proceden de los cuerpos celestes. Y no es por nada o sin razón alguna que la Casa nueve sea la Casa de la religión en el triángulo del Ascendente.

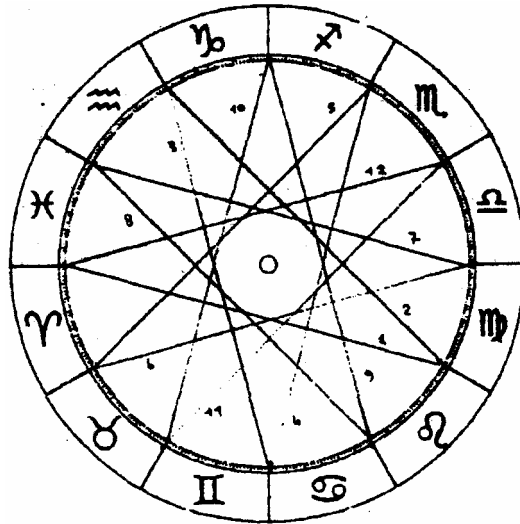


Figura 14: Recorrido del quincuncio hasta regresar al punto de partida.

Pero el rayo del trígono Aries-Leo, que llega oblicuamente a la concavidad del círculo y a un punto completamente de la misma naturaleza, sexo y condición que su principio, es reflejado por ese mismo ángulo hacia Sagitario, el otro punto de la misma naturaleza, y de allí, por una reflexión completamente igual, regresa puro a su principio por el camino más corto y sin mezcla de otros rayos: describiendo un triángulo perfectamente equilátero, del cual consta que es sagrado para Dios y las Personas Divinas. Y por eso muestra una transformación hacia Dios y la mayor y eterna unión con éste y con las Personas Divinas. Así pues, esta vía es la de aquellos que desde el principio hasta el final de su vida tienden a Dios con una mente pura e incontaminada y a él se adhieren y, transformados en él, merecen ser llamados hijos de Dios; y por esta vía -la más rápida y sencilla, como vía del amor que es representado por el trígono- vuelven a su principio. Por ello queda evidente que esa vía es la mejor de todas y realmente divina.

Así pues, sentadas ya estas dos vías completamente contrarias, veamos ahora cómo estarán las demás respecto a ellas, esto es: los otros rayos en relación al trígono y la oposición.

El rayo de quincuncio Aries-Escorpio (ver fig. 14), que llega oblicuamente a la concavidad del círculo, es reflejado por el mismo ángulo, pero no a un punto desde el cual pueda volver a su principio por un solo recorrido de la reflexión: pues tan sólo es reflejado por el quinto recorrido hacia un signo tras otro y restituido a su principio, y no es reflejado primero por trígono u oposición, sino por sextil. Así pues, esa vía es la de los paganos y heréticos y de todos aquellos que están alejados de la verdadera religión, pero, por la reflexión al sextil derecho, es la de los que viven con moralidad y ciertamente buscan su principio como Dios en el discurrir de su vida, pero, engañados por una falsa religión, no lo encuentran y por eso perecen.

El rayo Aries-Cáncer, que llega oblicuamente a la concavidad del círculo, es reflejado por el mismo ángulo al punto de oposición al principio, y por eso a la propia oposición y, por fin, por un único recorrido, a su principio. Así pues esa vía es la de aquellos que siguen un estilo de vida depravado y primero se orientan a los vicios y corrupciones y en ellos viven: pero, por fin, por el castigo y la cruz representados por los rayos cuadrados y opuestos, se les concede volver a su principio. Como ocurre con los que son castigados de diversas maneras por sus crímenes en este mundo y, sobre todo, sufren un castigo público por sentencia del juez.

El rayo de sextil Aries-Géminis primero es reflejado al lugar del trígono y de allí al lugar de la oposición, y de allí al otro lugar del trígono y, tras evitar siempre la cuadratura, regresa a su

principio con un único recorrido de reflejos. Y ésta es la vía ordinaria de los hombres buenos: primero se entregan al amor de Dios y la virtud y rehuyen la compañía de los depravados, pero alguna vez caen en la vía diabólica del pecado, pero pronto vuelven a Dios y a las virtudes y regresan a su principio a lo largo de su vida.

Por fin, el rayo del dodectil Aries-Tauro primero es reflejado al lugar del sextil, mas de allí a los lugares de la cuadratura, trígono, quincuncio, oposición etc.: y por eso llega a todos los aspectos derechos e izquierdos y por fin también es reflejado a su principio por un único circuito de reflejos. Y ésta es la vía más inferior de los hombres buenos: éstos ciertamente, desde el principio, han logrado una cierta propensión a las virtudes y aman a la gente buena, pero luego no rehuyen la compañía de los depravados y se confunden repetidamente; unas veces obran el bien, otras el mal, pero, al estar inclinados astralmente hacia su principio, lo buscan y por fin lo alcanzan.

Mas es digno de admiración el hecho de que los rayos de la oposición, cuadratura y quincuncio cortan el triángulo, marca del Dios unitrino, mientras que los rayos de sextil y dodectil es como si lo veneraran y solamente lo rodean en la revolución de sus reflejos. Y también el que, del mismo modo que son tres los caminos errados de los hombres, de los cuales el menos malo se atribuye al quincuncio, uno más malo a la cuadratura y el peor a la oposición, así son tres los caminos correctos de los seres humanos cuya inclinación radical o fundamento tiende a las virtudes y a Dios: el primero es el de los que empiezan (el aspecto de dodectil); el segundo, de los que avanzan (el sextil); y el tercero, el de los que lo completan con perfección (el trígono).

Pero, puesto que el mal está relacionado con los caminos erróneos y el bien con los buenos - ya que el bien es la recompensa natural del bien y el mal del mal-, así pues, de lo dicho anteriormente, queda claro, con bastante probabilidad, que el quincuncio, cuadratura y oposición son aspectos maléficos, mientras que el dodectil, el sextil y el trígono son afortunados, unos más y otros menos; y que la causa de la bondad o maldad de cada uno se debe al propio modo de inclinación de los rayos que marcan cada aspecto en el primer movable.

Por lo que se refiere a la conjunción, puesto que, si la miramos por sí misma, es el rayo frontal del planeta que, según su naturaleza o es bueno, como Júpiter, o malo, como Marte, se deduce de ello que la conjunción será per se indiferente y determinable a lo bueno o a lo malo en virtud de la naturaleza del planeta del cual procede el rayo frontal de dicha conjunción.

En lo dicho anteriormente no hay nada que sea incongruente con Dios y su sabiduría, o los destinos de los hombres, o la naturaleza de los aspectos, y que no sea coherente en todo punto consigo mismo y, por consiguiente, resulte insuficiente para explicar la causa más probable de la bondad o maldad de los aspectos. Y si alguien no lo aprueba, que exponga opiniones mejores.

Por lo demás, es el momento de hacer una observación sobre lo que dice Cardano (libro de revol. cap. 6): todos los aspectos de los planetas buenos son buenos y los de los malos, malos. Ciertamente esto -si se entiende de la naturaleza de los planetas, determinación y estado para los buenos, o del mismo modo para los malos-, podrá ser verdad, pero por otra parte será falso. Pues la dirección del Ascendente hacia la oposición de Júpiter mal afectado en la octava Casa mató al cardenal Richelieu, y no hubo ninguna otra dirección para aquel efecto y ésta era suficiente. E igualmente la dirección del Ascendente hacia la cuadratura de Venus, regente de la cúspide de la VII en la duodécima, aplicando a Júpiter y el Sol, regentes de la V y de la VIII, en conjunción partil en la XII, me causó peligrosísimas heridas y casi la muerte, a causa de una mujer.

Así pues hay que decir que los aspectos de dodectil, sextil y trígono son per se buenos, pero por circunstancias accidentales pueden ser malos: por el planeta del cual son los aspectos y por la determinación del propio planeta. De este modo, si Marte está en la casa VIH, o en la

XII, o es regente de éstas, sus sextiles y trígonos serán malos y funestos para la vida, (por enfermedades, cárcel etc.) E igualmente, si Júpiter está en la II, o en la X, o es su regente y está en un lugar conveniente de la figura, incluso sus cuadraturas u oposiciones serán afortunadas para las riquezas, honores etc., cuanto más si el estado celeste de Júpiter es afortunado. Pero si está en la XII, o en la VIII, sobre todo infortunado, sus cuadraturas y oposiciones serán nocivas para la salud y la vida.

Por esta razón aquí concluimos, en contra de lo dicho por Cardano más arriba y del aforismo 9 de Almansor, que el dodecilo, el sextil y el trígono son aspectos benéficos por su propia naturaleza y la cuadratura, quincuncio y oposición son maléficos por sí mismos, pero, por circunstancias accidentales, éstos pueden ser benéficos y aquéllos maléficos: por el planeta del que proceden -es decir, por su naturaleza de benéfico o maléfico-, y por el estado celeste de aquél y su determinación en la figura del nacimiento, u otra, para lo bueno o lo malo.

Pues, en general, todo planeta maléfico por naturaleza, perjudicialmente afectado por su estado celeste y determinado para el mal en la figura, sobre todo de cuerpo, perjudica con todos sus aspectos por aquello hacia lo cual está determinado. Pero todo benéfico por naturaleza, bien afectado y determinado hacia el bien, ayuda con todos sus aspectos por aquello hacia lo cual está determinado. Mas un maléfico por naturaleza, bien afectado y determinado para el bien, resultará beneficioso al menos por sus trígonos y sextiles, y, en cambio, un benéfico por naturaleza mal afectado y mal determinado, resultará perjudicial al menos por cuadratura y oposición, como se expondrá con más detalle en el libro 22. Desde luego, puede suceder que el mismo planeta dañe a uno por cuadraturas o trinos, pero beneficie a otro, no en el mismo asunto- por ejemplo, la vida-, sino en temas distintos -por ejemplo, la vida y los honores-, en la medida en que sea la naturaleza y determinación de cada cual.

Además, los aspectos de trígono y sextil se llaman benéficos por esto: porque son aspectos de amistad, consenso y facilidad. En cambio la oposición y la cuadratura se llaman maléficos por esa razón: porque son aspectos de enemistad, contrariedad y dificultad. Y hay que hacer notar que un aspecto maléfico a algún significador es peor si sigue a dicho significador -como por ejemplo al Ascendente por lo que se refiere a la vida-, que si lo precede, sobre todo si es un aspecto maléfico de un planeta maléfico. Pero un aspecto benéfico, especialmente de un planeta benéfico, da lo mejor de sí mismo si sigue al significador y lo libera de un influjo nocivo de un aspecto maléfico anterior, o al menos lo mitiga.

Por ejemplo, supongamos que el Ascendente esté en el tercer grado de Aries y la cuadratura con Saturno en el segundo grado de Aries, pero Júpiter o su trígono se hallen en el cuarto grado de Aries: el nativo quedará liberado, en cuanto a su vida, del influjo perjudicial de Saturno. Pero si la cuadratura de Saturno estuviera en el cuarto grado y el trígono de Júpiter en el segundo, la cuadratura de Saturno sería mucho peor. Lo mismo cabe decir de los otros significadores y aspectos.

CAPITULO 11 SI LOS ASPECTOS ASTROLÓGICOS DIFIEREN ENTRE ELLOS POR SU CLASE.

Esta cuestión cabe entenderla de los aspectos simples de un mismo planeta y parece entrañar una cierta dificultad. Primero, porque a través de cada aspecto se comunica únicamente la misma virtud fontal del planeta, y, por eso, al no diferir por su virtud, no parecen diferir por su clase. Segundo, porque al menos los buenos aspectos entre sí y los malos entre ellos parecen diferenciarse solamente por un más o un menos, lo cual no es una diferencia específica: pues del mismo modo, en las consonancias, la quinta, duodécima y décima nona - que son las que corresponden al trígono, sextil y dodecil- son de una única naturaleza multiplicada.

Sin embargo, también es cierto que conjunción, dodecil, cuadratura, trígono, quincuncio y oposición difieren entre sí unos de otros. Y, ciertamente, del mismo modo se admite fácilmente que los aspectos benéficos difieren de los maléficos por su clase y que la fuerza benéfica y la maléfica no son las mismas por su clase. Por lo tanto, puesto que sextil y trígono, o cuadratura y oposición, del mismo modo tienen su propia esencia, como el trígono y la oposición, en consecuencia, si éstos difieren por su clase, también lo harán aquellos.

Pero está probado lo asumido, pues cualquier aspecto tiene su propia esencia según su propia proporción con todo el círculo o los cuatro ángulos rectos. Y, sin embargo, aquellas proporciones difieren entre ellas no menos que los números y, aunque las consonancias anteriormente citadas sean, de modo genérico, de una misma naturaleza, difieren sin embargo por su clase igual que sus propias proporciones o la consonancia y el diapasón. Añade además que el aspecto de quincuncio, que equivale al sesquiditono, es de otro orden que la cuadratura y la oposición, que equivalen al diapasón y al disdiapasón, igual que el sesquiditono es de un orden distinto del diapasón.

Pero, respecto a aquello que se ha dicho antes para los aspectos simples que va en contra de esto -el que de un planeta fontal tan sólo se puede comunicar la misma virtud- respondo : ciertamente se comunica tan sólo la misma virtud, pero de un modo distinto. Y los aspectos simples tienen su propio modo de comunicar, en el cual está la razón formal de cada cual. Así pues, los aspectos son los mismos materialmente, pero no formalmente y es distinta la definición de cada uno, como se ve en el capítulo 3.

CAPITULO 12 LAS CAUSAS DE LOS ASPECTOS ASTROLÓGICOS.

La causa efectiva de los aspectos es el planeta del cual mana un rayo fontal que continuamente, en cualquier punto del zodiaco que se halle, determina respecto a nosotros otros once lugares -como se ha mostrado en el capítulo 4-, lugares que son los aspectos de dicho planeta.

Pero es no menos admirable en la naturaleza, que cierto y evidente por la experiencia, que cualquier planeta por su posición en el cielo respecto a nosotros determina otros once puntos de una naturaleza y esencia idénticas materialmente, pero distintas formalmente, pues unos puntos serían benéficos y otros maléficos.

La causa final es la multiplicación de la esencia del planeta: ora susceptible de extenderse a todo aquello que atañe al sujeto paciente, ora cualitativa en razón de lo beneficioso, maléfico o mediocre. Pues si el planeta tan sólo actuara para el hombre que acaba de nacer según su propio rayo fontal, y éste estuviera en el Medio Cielo, o décima casa, únicamente influiría en las acciones o la maestría. Pero, puesto que Dios hizo los planetas como cuerpos de acción universal, por ello les dio la fuerza celeste de obrar de forma múltiple a través de sus propios influjos. Es decir, por el rayo fontal, el dominio y los aspectos. Y así un planeta ubicado en el Medio Cielo se encuentra, a través de sus aspectos, en cada Casa de la figura. Y por eso actúa en todo aquello que atañe al hombre que acaba de nacer; y en cada ocasión lo hará benéficamente, o maléficamente, o mediocrementemente, según la calidad o naturaleza del aspecto.

La causa material es el lugar del primer cielo, designado por cualquier aspecto y determinado para la naturaleza del planeta que influye fontalmente.

Por fin, la causa formal es la propia proporción de cualquier aspecto respecto a todo el círculo, como se ha dicho en el capítulo 3.

CAPITULO 13 DEL ORBE DE LA INFLUENCIA DE LOS ASTROS Y DEL
SEMIDIÁMETRO DE ESE ORBE EN LOS PLANETAS Y ESTRELLAS FIJAS, “LA
NUEVA Y VERDADERA DOCTRINA PARA EL CONOCIMIENTO NECESARIO DE
LOS ASPECTOS.

Aunque cualquier planeta vierte sus fuerzas hacia el centro del mundo o del primer cielo, es más, determinará eficazmente la circunferencia de éste por su verdadero lugar y sus propios aspectos -según el capítulo 4-, y por tanto puede decirse que el propio cielo es el orbe apropiado de la virtud de cualquier planeta, sin embargo, por experiencia, nos consta que la fuerza de la influencia del planeta no se queda fijada solamente en aquella parte del primer movable que el propio planeta abarca con su diámetro visible, sino que es difundida orbicularmente en dicho primer movable, a cierta distancia alrededor de la citada parte, esto es, el lugar visible del planeta.

Asimismo, en el centro del propio orbe -esto es, el lugar visible del planeta-, la fuerza de la influencia del planeta es más poderosa y poco a poco remite hasta la periferia de aquel orbe, donde cesa completamente en razón de la determinación de la influencia. Por esa razón, aquel orbe suele llamarse usualmente orbe de la virtud del planeta, virtud que no sólo se da en el lugar visible del planeta en el primer movable, sino también para cada uno de sus aspectos, como demuestra la experiencia y explicaremos posteriormente con más detalle. Y la virtud del planeta no fluye hacia lo inferior desde cualquier punto del cielo, sino solamente desde los determinados por conjunción y aspectos.

Pero por ahora no saben muy bien los astrólogos cuánto es el diámetro de ese orbe para cada planeta, porque desconocen el fundamento de esa cantidad: por eso unos atribuyen a un planeta cualquiera un orbe de influencia mayor, y otros menor, aunque no parezcan discrepar mucho unos de otros.

Según Ptolomeo (cap. 14, libr. 5), el semidiámetro de aquel orbe es de 12° para Júpiter -o el arco del mayor círculo llevado por el centro de Júpiter, que abarca 12 grados contados a partir del propio cuerpo o centro de Júpiter-, y 8° para Venus. No habla de los otros planetas, sino que en el cap. 21, libr. I, dice de modo general: “en las aplicaciones y separaciones no debe haber un largo intervalo”.

Cardano, en su Comentario, a partir de aquella proporción de los semidiámetros de los orbes de Júpiter y Venus, quiere que los semidiámetros de los restantes planetas sean:

- 17° para el Sol
- 12°30 para la Luna
- 10° para Saturno
- 7° para Marte y Mercurio

Porfirio, en contra de Ptolomeo, al final del libro 4, y, después de él, Schonero, Parte 2 c.17, dan al Sol 15°, a la Luna 12, a Saturno y Júpiter 9, a Marte 8, a Venus y Mercurio 7.

Orígano, según el acuerdo de los otros astrólogos, da al Sol y la Luna 15°; a Saturno, 9; a Júpiter, 10; a Marte y Venus, 8; a Mercurio, 7 y al nodo norte, 12.

Pero ninguno de ellos aduce alguna razón fundamental, sino que cada cual ajusta su propia opinión según los límites de sus experiencias. Así pues, también en esta parte de la astrología intentaremos dar satisfacción exponiendo, respecto a los planetas y estrellas fijas, el notable y natural fundamento de aquel semidiámetro.

De entrada nos satisfizo completamente esta teoría (la que se va a explicar a continuación) por eso: porque cuadra con las observaciones astronómicas, las razones físicas, las experiencias astrológicas de los aspectos, y viene a dar unos semidiámetros que se diferencian poco de los anteriormente citados. Por esas cuatro razones me parece que se la debe tomar por cierta y verdadera.

Así pues, es coherente con las razones físicas el que los semidiámetros del orbe -tanto de las

estrellas fijas como de los planetas- se tomen de la fuerza de la luz de cada cual en comparación con la luz del Sol. No porque la luz del planeta y su fuerza sean lo mismo, sino porque, desde la Tierra, es el mismo el orbe perceptible en el cielo de la actividad de una y otra cualidad, y por eso la luz puede ser tomada como medida de su fuerza. Pues cuanto mayor se nos muestra la luz del planeta y mientras está más cercano a nosotros, tanto más eficazmente obra en nosotros por sus otras cualidades. Pues la fuerza del que actúa a distancia se debilita tanto más cuanto más lejos va desde su fuente, como se ha demostrado en otro lugar. Sin embargo, he dicho lo mismo del orbe en el cielo, porque ciertamente el propio orbe no debe ser considerado en otro lugar más que en la concavidad del primer cielo, como espacio circular en cuyo centro mayor fuerza tiene la virtud del astro, mientras que, hacia la periferia del espacio, continuamente decrece gradual y proporcionalmente, como ya se ha dicho antes. Así pues, según consta por la astronomía, el Sol extiende la fuerza de su luz a su alrededor hasta 18 grados. Por eso las estrellas fijas más pequeñas situadas en la misma vertical con el Sol no pueden verse hasta que el Sol ha descendido en el mismo círculo vertical unos 18 grados por debajo del horizonte, estando la estrella en el horizonte. Por eso, al propio Sol se le darán con toda razón 18 grados por semidiámetro del orbe de su luz -y por ello de la influencia de su virtud, que es sobre todo la cuestión que nos ocupa aquí-. Porque si las estrellas fijas y los restantes planetas, al menos los menores, situados debajo del horizonte extendieran su luz sensiblemente por encima del horizonte como el Sol, se definiría el semidiámetro de su orbe del mismo modo que el Sol, pero, al no darse esto, queda la vía de la comparación de su luz con la luz del Sol. Y así, a las estrellas fijas y a los planetas se les dará únicamente como semidiámetro de su orbe cuanto penetra cualquier astro con su luz el semidiámetro del orbe del Sol, según pueda verse dicho astro sobre el horizonte estando el Sol hundido abajo.

Comentario: Es decir, si el orbe del Sol es de 18 grados, un astro que se vea estando el Sol 12 grados bajo la tierra tendrá un orbe de 6 de grados ($18-12 = 6$)

Las estrellas de sexta magnitud se ven en el aire estando el Sol hundido 17 grados en el mismo círculo vertical que ellas: así pues, puesto que penetran el semidiámetro del orbe solar un grado contado desde la periferia de dicho orbe hasta el centro, por lo tanto, el semidiámetro del orbe de las estrellas fijas de sexta magnitud será de un grado.

Asimismo, las estrellas fijas de quinta magnitud se ven cuando el Sol está hundido 16°; las de cuarta, 15°; las de tercera, 14°; las de segunda, 13°; las de primera, 12°.

De los planetas, siguiendo a Ptolomeo y Kepler, en las tablas de Rudolffino, Marte se ve estando el Sol hundido 11°30'; Saturno, 11°; Júpiter y Mercurio, 10° y Venus, 5°.

En consecuencia el semidiámetro del orbe de las estrellas de quinta magnitud será de 2°; de cuarta, de 3°; de tercera, de 4°; de segunda, de 5°; de primera, de 6°; de Marte, de 6°30'; de Saturno, de 7°; de Júpiter y Mercurio, de 8°; de Venus, de 13°. Por esto nos consta que Ptolomeo no prestó atención a ese fundamento puesto que a Júpiter le dio 12° y a Venus tan sólo 8.

Por lo tanto queda la Luna a la que se debería dar un semidiámetro menor que a Venus. Se demuestra por dos razones: la primera, porque Venus a veces se puede ver brillar cerca del Sol, incluso a la hora meridiana, cuando la Luna no puede verse. La segunda, porque cuando la Luna, en el mismo día, se ve vieja y nueva, debe necesariamente distar del Sol más de 5 grados, porque su movimiento diario nunca es menor de 11 grados. Así pues, si dista del Sol 6 grados, su semidiámetro de orbe será tan sólo de 12°, como opinaron Cardano y Porfirio. Si distara más de 6 grados, su semidiámetro sería aun menor de 12°. Así pues, se le debe dar un semidiámetro menor que a Venus, y con toda razón decidimos con Cardano y Porfirio que debe ser de 12 grados.

Y éstos son los semidiámetros de los orbes de las estrellas fijas y de los planetas, cuyo complemento hasta el grado 18 (semidiámetro del orbe solar), contado desde el mismo Sol, es el termino de la combustión de cualquier astro, término más allá del cual el propio astro no puede llamarse combusto.

Aunque solamente sea de paso, quiero decir aquí algo para una más exacta comprensión de los semidiámetros. Por ejemplo: el semidiámetro de Venus es de 13 grados, su complemento hasta 18 es 5 grados: por lo tanto 5 grados contados orbicularmente desde el Sol son el término de la combustión de Venus, de la que se dice que está combusta cuando dista del Sol esos 5 grados y no más, porque obviamente a aquella distancia se la puede ver cuando el Sol está debajo del horizonte. Lo mismo vale para los demás.

Además, esos semidiámetros -determinados como salida de los astros de la combustión, en razón de su luz propia o alterada- deben mantenerse para todo el globo de la Tierra. Así pues, éstos son los términos de la combustión. Pues, para que se dijera que Venus a unos 5° de distancia del centro del Sol no está combusta por todo el orbe de las tierras, bastaría que pudiera verse en algún lado a esa distancia. De lo contrario, debería decirse que está combusta mientras el Sol nos impide verla, y así, en nuestros países, casi siempre estaría combusta de día y en las zonas frías durante casi todo el año, lo cual es absurdo. Cabe opinar lo mismo de los otros planetas.

Por lo demás, los anteriormente citados semidiámetros de los orbes varían un poco cuando el Sol y los planetas están en su apogeo o perigeo. Pues cuanto más cerca está el planeta de la Tierra, tanto más grande y más brillante se nos muestra y por eso le toca un mayor semidiámetro; y cuanto más lejos, menor. Y, desde luego, es posible encontrar esas diferencias, pero sería mucho más el trabajo que la utilidad. Por lo tanto, ya se ha dicho bastante de estas cuestiones.

Y si alguien objetara que la luz, ni la propia -como en el Sol y las estrellas fijas-, ni mucho menos la reflejada -como en los restantes planetas- puede tomarse como medida de la capacidad de influencia, porque luz e influencia son de distinto orden en su modo de obrar, le respondo: sirven a nuestra causa las observaciones astronómicas y astrológicas y, según éstas, consta que si el Sol y Saturno distan entre sí 18 grados, lo cual es el semidiámetro del orbe del Sol, no nace de ellos el efecto de conjunción del Sol y Saturno, a no ser quizá débil y oscuro, porque esa conjunción plática sería incompleta, como se dirá en el capítulo siguiente. Y la misma razón sirve para los otros planetas. Y no importa que la luz del Sol o de Saturno no llegue hasta el cielo, adonde alcanza la influencia del planeta, que determina las partes de dicho cielo, sino que basta que sea respecto a nosotros la medida del orbe de la influencia del citado planeta.

CAPITULO 14 DE LOS ASPECTOS PARTILES Y PLATICOS DE LOS PLANETAS, TANTO LOS DIESTROS COMO LOS SINIESTROS.

Supuesto el semidiámetro del orbe de la virtud de cada planeta, según el capítulo anterior, ya no será difícil definir los aspectos partiles y planeos y describir para cada planeta los propios límites de los unos y de los otros.

Así pues, la conjunción partil de dos planetas es cuando sus posiciones en el primer movable no distan entre sí, en el círculo trazado por el centro de uno y otro, más de la suma de los semidiámetros aparentes de dichos planetas. Aquí abajo se indican esos semidiámetros según Lansbergio en uranometría:

para el Sol, 17'; para la Luna, 15'; para Mercurio, 1'; para Venus, 1'30"; para Marte, 45"; para Júpiter, 1'15"; para Saturno, 50". Y por eso, si el Sol y la Luna estuvieran centralmente en la eclíptica y su distancia fuera menor de 32', por la suma de los semidiámetros del Sol y la Luna, se diría que ambos planetas están en conjunción partil, y tal conjunción es llamada por Porfirio y los árabes "unión" o "aglutinación". Vale la misma razón para los restantes planetas con el Sol o la Luna o entre ellos.

Cuando la distancia sea mayor que la suma de los semidiámetros aparentes de uno y otro planeta, pero menor que la suma de los semidiámetros de los orbes de la virtud de esos mismos planetas, definidos anteriormente, entonces se dirá que ambos planetas tan sólo están conjuntos pláticamente.

Esto ocurre de dos maneras, y por ello la conjunción puede ser plática de dos maneras:

-Una, evidentemente incompleta, cuando tan sólo el cuerpo de un planeta está en el orbe de la influencia del otro. Ésta tiene solamente un efecto oscuro o incompleto

-La otra, en cambio, es completa o mutua, cuando los cuerpos de ambos planetas se encuentran recíprocamente en sus orbes respectivos. Esta tiene un efecto evidente y completo. Y por eso, puesto que, según el capítulo 13, el semidiámetro del orbe de Júpiter es de 8 grados y el de Venus de 13, si ambos distan solamente 7 grados del arco del mayor círculo conducido por el centro de uno y otro, estarán completamente conjuntos: pues Júpiter estará bajo el orbe de Venus y ésta a su vez bajo el orbe de Júpiter. Pero si distan 12 grados, se dirá que tan sólo están incompletamente conjuntos, porque, así como Júpiter está desde luego bajo el orbe de Venus y conjunto a ella, ésta en cambio no está bajo el orbe de Júpiter y por ello no está conjunta a él. Pero lo que aquí se dice de la conjunción partil o plática de dos planetas, ha de entenderse también de cualquier aspecto de aquéllos, pues en este asunto siguen la misma pauta de la conjunción.

Hay que fijarse en que dos planetas nunca están en conjunción partil a no ser en un lugar entre las secciones de sus órbitas aparentes en el primer movable -de las cuales se ha tratado en el capítulo 9-, y esto es evidente para el Sol y la Luna en los eclipses de Sol. Pero, cuando están así conjuntos, todos sus aspectos serán solamente pláticos, excepto la oposición. Y, a la inversa, si los planetas únicamente están conjuntos pláticamente, alguno de sus aspectos podrá ser partil, obviamente aquel que desde uno y otro planeta incida en el lugar de la intersección de las propias órbitas, lo cual evidentemente es necesario discernir. Pero eso se verá con toda claridad por la longitud y latitud de cada aspecto de uno y otro planeta tomadas del propio capítulo 9.

Y, por fin, se dirá que un planeta está en conjunción partil con el Ascendente si la distancia de éstos no fuera mayor que el aparente

semidiámetro del planeta, pero estarán pláticamente conjuntos mientras no supere el orbe de la virtud del mismo, no más de aquel semidiámetro. Mas la distancia debe tomarse en el círculo máximo llevado por el centro del planeta y el punto ascendente de la eclíptica. Y lo mismo hay que pensar de los aspectos de trígono, cuadratura etc. al Ascendente o al Medio Cielo.

Además, cabe hacer notar que los aspectos pláticos de oposición, trígono, cuadratura y sextil

son sin duda alguna eficaces, pero los aspectos planeos de dodectil y quincuncio no lo son, sino tan sólo los partiles, al menos hasta una distancia de 2 grados.

En general, los que nacen con las conjunciones, oposiciones, trígonos y cuadraturas partiles de los planetas tienen, en lo bueno o lo malo, ilustres nacimientos según la determinación de los planetas que se aspectan. Mas quienes nacen con aspectos tan sólo pláticos, tienen por ello nacimientos solamente mediocres y , por fin, los que nacen sin aspectos, viles y oscuros.

Por lo que atañe a los aspectos diestros y siniestros, aquí basta. saber que se llaman diestros a los aspectos del planeta que están a la derecha de dicho planeta, esto es, lo preceden en el semicírculo en el orden inverso de los signos. Se llama siniestros a los” que se hallan a la izquierda del planeta, es decir, siguen a dicho planeta en el semicírculo ..según la sucesión de los signos. Y, por eso, un planeta situado en el grado 2 de Aries tendrá su trígono izquierdo en el grado 2 de Leo y el derecho en el grado 2 de Sagitario. Lo mismo para los demás. Pero la oposición no es un aspecto ni derecho ni izquierdo.

CAPITULO 15 DE LOS ANTISCIOS DE LOS PLANETAS.

En el capítulo 8 del libro 14 se trató de los signos y de los grados de la eclíptica antiscios suyos. Pero aquí hay que hablar de los antiscios de los planetas por dos razones.

Primero, porque, según Ptolomeo (libro I, cap. 13), los lugares del cielo, -que son antiscios unos de otros se dice que se miran mutuamente y por eso los antiscios de algún modo se refieren a los aspectos.

Segundo, porque las posiciones de los planetas (si exceptúas al Sol) casi siempre están fuera de la eclíptica, por ello sus antiscios no coinciden exactamente con los antiscios de los grados de la eclíptica.

Pero-la razón formal de los antiscios consiste en eso: el que los puntos del cielo respectivamente antiscios dan vueltas alrededor por el mismo paralelo que cortará la eclíptica o vía del Sol, el más eficaz de los círculos celestes. Pues en los otros paralelos llevados fuera de la eclíptica no hay ningún antiscio, de lo contrario todos los puntos de aquéllos serían mutuamente antiscios, y no se podría aportar ninguna razón en favor del uno más que del otro. O la Luna -o Venus-, ubicada cerca del principio de Cáncer, con latitud boreal 4 grados y por ello llevada alrededor en un paralelo que no corta la eclíptica, tendría innumerables antiscios en dicho paralelo o puntos de la misma cualidad y naturaleza de la propia Luna -o Venus-, lo cual es absurdo y contrario a la experiencia.

Pero de ello se sigue, primero: que cualquier lugar verdadero de un planeta que tiene la mayor declinación o boreal o austral, que sería la mayor declinación del Sol, u oblicuidad de la eclíptica, que es $23^{\circ}30'$, no tiene ningún antiscio, porque, evidentemente, va alrededor en un paralelo que no corta la eclíptica. Y lo mismo se ha de pensar del Sol u otro planeta situado al principio de Cáncer o al final de Capricornio sin latitud.

Segundo, que cualquier lugar de un planeta que da vueltas alrededor en el mismo paralelo con algún punto de la eclíptica, tiene por antiscio no dónde está el punto del propio paralelo- pues así los puntos de todo el paralelo serían mutuamente antiscios unos de otros, lo cual se ha rechazado antes-, sino donde está el punto de la eclíptica en el mismo paralelo. Y por eso los antiscios propiamente son puntos de la eclíptica.

Tercero, que el Sol y cualquier otro planeta que carezca de latitud tiene un único antiscio: obviamente otro punto de la eclíptica que se encuentre en el mismo paralelo con el Sol o el verdadero lugar del planeta.

Cuarto, que el antiscio del planeta con latitud no es aquel punto de la eclíptica que es el antiscio del mismo punto de la eclíptica que limita la longitud del planeta, de lo contrario el verdadero lugar del planeta, y su antiscio, no estarían en el mismo paralelo, lo cual ha sido hasta ahora un absurdo frecuente en la práctica de los astrólogos que confunden el verdadero lugar del planeta con la longitud del mismo, en contra de la opinión del propio Ptolomeo y Cardano que quieren (cap. 13, libro I Quatrip.) que solamente sean antiscios aquellos puntos del cielo que se levantan y acuestan en los mismos puntos del horizonte. Añade que, en las direcciones de los significadores hacia los cuerpos de los planetas, o sus cercanías, siempre habrá que tener en cuenta la latitud: por lo que consta también que el verdadero lugar del planeta con latitud no es el mismo que el de su longitud, y por ello no es el mismo el antiscio de uno y otro.

Quinto, que cualquier planeta con latitud y llevado en un paralelo que corta la eclíptica, tiene en ésta dos antiscios. La razón es:

puesto que el planeta está fuera de la eclíptica y el paralelo del planeta la corta, por fuerza la cortará en dos puntos: en consecuencia ambos serán antiscios de dicho planeta y uno y otro serán izquierdos si el planeta los precede, o uno y otro serán derechos si sigue a sus antiscios. Y, a su vez, se dice que el planeta precede o sigue a sus dos antiscios primero del más cercano, pero si el planeta está entre sus antiscios se llamará precedente al primero.

Finalmente, para encontrar los antiscios de un planeta con latitud, se toma su declinación,

boreal o austral, luego se consulta la tabla de las declinaciones de la eclíptica. Y si la declinación es, por ejemplo, 13°53 boreal, ambos antiscios del verdadero lugar del planeta serán 7° Tauro y 23° Leo. Pero si la declinación fuera austral, ambos antiscios estarían a 7° de Escorpio y 23° de Acuario Si son ambos derechos o izquierdos, queda claro por lo dicho anteriormente.

Por lo demás, la virtud del antiscio -es decir, del punto de la eclíptica así llamado- procede de la combinación de la virtud de la eclíptica y del verdadero lugar del planeta. Pues igual que es el planeta el único que derrama su fuerza antiscial, es la eclíptica la única que es receptora de aquélla, por los puntos en los cuales es cortada por el paralelo del planeta, como demuestra la experiencia. Pues, ya que aquel punto cruza el horizonte y el meridiano en los mismos sitios que el citado verdadero lugar del planeta y así, en su movimiento diurno, concuerda en grado sumo con el lugar de dicho planeta, de ello resulta que aquel punto se determina a la naturaleza y cualidad del propio planeta.

Cardano (en su Comentario) afirma que los antiscios son más potentes cerca del Ecuador, porque están más alejados uno de otro. Añade que, cerca de los Trópicos, la declinación varía insensiblemente y por ello el décimo grado de Cáncer está casi en el mismo paralelo que el décimo de Géminis. Pero cerca del Ecuador sucede lo contrario.

Sin embargo, puesto que los antiscios sacan su fuerza de la revolución diurna en el mismo paralelo que el verdadero lugar del planeta, parece razonable pensar que los antiscios izquierdos son más fuertes que los derechos. En efecto, en aquellos el planeta, al ir delante en su movimiento diurno, impregna aquella vía con su cualidad, que el antiscio siguiente extrae más fácilmente con su determinación, sobre todo si no dista del planeta más del semidiámetro del orbe de influencia del mismo.

Por fin, los antiscios difieren de los aspectos. Primero, porque para todos los planetas, salvo el Sol, se toman los aspectos fuera de la eclíptica y en cambio los antiscios tan sólo están en la eclíptica. Segundo, porque los aspectos son per se buenos o malos, cualquiera que sea en esa circunstancia la cualidad del planeta. Pero el antiscio siempre se basa en la cualidad del planeta. Es decir: el antiscio de un planeta benéfico es benéfico, y el de un maléfico es acorde a la naturaleza o propiedades de dicho planeta. Tercero, porque en los aspectos las distancias siempre son las mismas, pero no en los antiscios. Cuarto, porque los aspectos difieren entre sí por su naturaleza, pero no los antiscios.

Sin embargo lo que tienen de común unos y otros son los rayos, que fluyen hacia la Tierra para afectar este mundo inferior: puesto que, tanto si constituyen un aspecto desde dos planetas, como desde uno solo y una parte del primer movable, o están ubicados en los antiscios, fluyen los rayos por medio de los cuales las cosas de aquí abajo se mueven o generan, pues no nos vemos afectados por los rayos que se envían recíprocamente los planetas, a menos que alcancen el globo terrestre, como sucede en la oposición, ni somos afectados sin los rayos o de otro modo que por los rayos.

Por fin, es el momento oportuno de hacer observar aquí que Cardano (en el aforismo 46, sec. 1) al explicar la figura isósceles de Ptolomeo, quiere que ésta sea ni más ni menos que la posición de dos planetas en la eclíptica, en los grados de sus respectivos antiscios.

CAPITULO 16 EN ÚLTIMA INSTANCIA, CÓMO HAY QUE REFORMAR LA FORMA USUAL DE HABLAR DE LOS ASPECTOS Y ANTISCIOS O, AL MENOS, CÓMO HAY QUE ENTENDERLA.

En el capítulo 3 se dijo que los planetas no se aspectaban de una forma propiamente dicha y que el nombre de aspecto, en astrología, no se tomaba por la línea, o rayo, que se lanzaba desde un planeta a otro -salvo accidentalmente en el aspecto de oposición-, sino tan sólo por la unión de dos rayos que manan de dos cuerpos celestes y confluyen en el centro del mundo. Por esa razón, las formas usuales de nombrarlos, aunque tal vez se puedan recordar así más fácilmente, deben ser entendidas de tal modo: cuando se dice que Saturno está en cuadratura con el Sol, o aspecta de cuadratura al Sol, se debe entender que Saturno, junto con el Sol, constituyen un aspecto de cuadratura hacia el centro del mundo, pues sus rayos tienden hacia aquí. Y cuando se dice que Júpiter está en trígono con el Medio Cielo, lo mismo cabe entender de Júpiter y aquella parte del primer movable que ocupa el Medio Cielo. Igualmente cuando se dice que Marte hiere a la Luna con su cuadratura, se debe entender que Marte constituye con la Luna un aspecto de cuadratura hacia el centro del mundo, o que al rayo de la Luna se une un rayo de Marte en aspecto de cuadratura, por el cual las cosas significadas por la Luna son infortunadas. El razonamiento es el mismo para los demás.

Sobre los antiscios se debe hacer un juicio similar, porque, evidentemente, al rayo de cualquier planeta se une también el rayo del punto de la eclíptica de la misma declinación de dicho planeta, no desde luego en razón de un aspecto, sino de la similitud de naturaleza con el propio planeta: el nativo es afectado por esa unión y extrae una impresión causativa de los efectos según la propia determinación de cualquier rayo en virtud de su posición, como se explicará a propósito más extensamente en otro lugar.

CAPITULO 17 SI UN PLANETA QUE ASPECTA A OTRO, O ESTÁ EN SU ANTISCIO, TRANSMITE A ÉSTE SU NATURALEZA Y CUALIDAD PROPIA Y LA DEL SIGNO QUE OCUPA.

Esto es lo que usualmente dicen los astrólogos; y de ello se sigue que un planeta que aspecta a otro desde su propio domicilio le transmite con mucha mayor abundancia su naturaleza a aquel que aspecta. Pero si se cambia a la dignidad de éste, desde allí éste prácticamente se fortalece igual que si estuviera en su propia dignidad, porque, por la transmisión del otro, recibe, aparte de su propia fuerza, la que saca del mismo modo. Y, por consiguiente, ocurre que los planetas, al aspectarse desde sus propias o mutuas dignidades, se fortalecen mucho recíprocamente. Por ejemplo: Marte en Leo y Júpiter en Sagitario, o Júpiter en Aries y Marte en Sagitario. O, igualmente, Júpiter en Cáncer y Saturno en Libra, o éste en Cáncer y él otro en Libra. Y, en una palabra, por la misma razón, afirman que si un planeta aspecta a otro desde su propio exilio o el de aquél, o ambos desde los propios o respectivos exilios, sobre todo con un mal aspecto, el planeta aspectado quede muy perjudicado, como, por ejemplo. Marte en Libra y Saturno en Cáncer.

Pero, aunque éste no sea el momento de decir si los planetas actúan mutuamente uno sobre otro y recíprocamente uno por medio de otro en nosotros -como el Sol sobre la Luna y por medio de ésta en nosotros, y esto recíprocamente-, sin embargo, es la ocasión de que digamos que ningún planeta, propiamente y formalmente, da a otro su fuerza, aquélla por la cual éste actúa en nosotros, sino que tan sólo influye cualquiera de ellos en nosotros por sí mismo o por su propio rayo según su propia naturaleza y su determinación, por su posición según su dominio en la figura. De lo contrario, cuando el Sol aspecta a la Luna, ésta actuaría con la naturaleza del Sol y el Sol a su vez con la naturaleza de la Luna, y así ella produciría efectos solares y él a su vez efectos lunares, y así pues se debería tomar el Sol por la Luna y ésta por el Sol, lo cual originaría la mayor confusión en la astrología, sería contrario a la razón y la experiencia, y, sobre todo, manifiestamente falso en las direcciones.

Así pues, cuando dos planetas, conjuntos o conectados por algún aspecto, se unen para un mismo efecto, no debe decirse que éstos, propiamente y per se, se dan sus fuerzas, sino tan sólo de forma accidental. Por lo tanto, per se, actúan con sus propios rayos emitidos hacia nosotros, del mismo modo que dos hombres que se dedican a llevar la misma nave: ninguno de ellos da su fuerza al otro, sino que cualquiera de ellos actúa independientemente, pero el movimiento o tracción de la nave es común a uno y otro de los que están trabajando, originándose del concurso de las acciones de ambos. Idéntico es el razonamiento para todas las otras cosas que actúan sin estar subordinadas. Pues cuando se unen el calor y el frío, ni el calor da su virtud al frío ni el frío al calor, sino que de la reunión de ambos se origina la templanza.

En consecuencia, se debe hacer el mismo razonamiento acerca de los planetas que se unen por conjunción o aspecto, e igualmente de los antiscios, pues, aunque un punto de la eclíptica, que es el antiscio de algún planeta, extrae la naturaleza y fuerza de éste, no se hace sin embargo por transmisión desde el planeta, sino tan sólo por la simple determinación del punto de la eclíptica, tal y como se dijo en el capítulo 15.

Para explicar más claramente este asunto, pongamos un ejemplo: supongamos que, al nacer alguien, la Luna esté en Aries y, puesto que desde el principio del mundo Aries está determinado hacia la naturaleza de Marte (según el libro 14, sec. 1, cap. 5), pero la Luna determina para el propio nativo el lugar que ocupa a la naturaleza lunar, la cual, mientras dure la vida del propio nativo, perdura en ese lugar, según demuestra la experiencia, en consecuencia, de la Luna en Aries se producirá un efecto de una naturaleza mezclada de Marte y la Luna, y podrá decirse que la Luna actúa marcialmente o Aries lunarmente. Si, además, Marte aspecta a la Luna, la virtud de Marte se multiplicará en ese lugar; no porque Marte transmita su naturaleza o cualidad a la Luna, sino porque, por su aspecto, de nuevo determinará ese

lugar a su propia naturaleza y cobrará más fuerzas en ese sitio. Pero de ello no se deducirá que la Luna, ya por Aries ya por el aspecto de Marte, o de otra forma, recibe formalmente en sí la fuerza del citado Marte, sino que se realiza al actuar una fusión de la cualidad de cada uno de ellos, como anteriormente se ha dicho.

Dirá alguno: Júpiter en trígono al Ascendente, exaltado o domiciliado, afectará de una forma más afortunada las cosas significadas por el Ascendente que si estuviera en caída o exiliado. En consecuencia: transmite al Ascendente tanto su naturaleza como la del lugar en el que está. Mas yo le respondo: Todo el cielo y todos los planetas y cada uno de sus aspectos se terminan junto al nativo objeto de las radiaciones y lo afectan en razón de la posición de los rayos en relación a él mismo, como ya se ha dicho varias veces. Por lo tanto, todos los rayos de los planetas que hacen algún aspecto con el rayo del Ascendente, ciertamente se unen al significado o efecto del Ascendente -es decir, la persona del nativo, sus costumbres, su carácter, etc.-, pero cualquier causa actúa independientemente en la medida en que puede, aunque todas se unan. Y por ello no se hace ninguna transmisión de la naturaleza de una causa a la otra, al menos propiamente y formalmente: aunque el trígono de Júpiter exaltado sea más afortunado que el de Júpiter en caída.

Dirá otro que en el libro 21, sec. 2, cap. 8, hemos dicho que un planeta situado en su exilio actúa según su propia naturaleza y la de su dispositor, y por ello será tanto peor cuanto en peor estado esté su dispositor. Por lo tanto lleva la fuerza, o naturaleza o estado de su dispositor, lo cual no puede recibir sin transmisión.

Pero le respondo: cuando se dice que un planeta en su exilio o en casa ajena actúa según su propia naturaleza y la de su dispositor, se debe entender que el planeta actúa independientemente por su naturaleza propia y con la naturaleza concurrente de su dispositor, concurrencia que se hace sin transmisión, como se ha dicho anteriormente.

Lo mismo cabe pensar de los grados del Ascendente y del Medio Cielo, que actúan según la naturaleza y estado de sus regentes. Pues aquellos grados, de la misma naturaleza que todo el signo, obran por su propia naturaleza, pero con el planeta regente del signo que, determinado en razón de su regencia hacia los significados del Ascendente o del Medio Cielo, se une a ellos por su propia naturaleza formal y según su propio estado, pero siempre sin transmisión al grado del Ascendente o del Medio Cielo.

CAPITULO 18 QUÉ OBJECIONES CONTRA LOS ASPECTOS DE LOS PLANETAS HAN SIDO HECHAS POR PICO DE LA MIRÁNDOLA, ALEJANDRO DE ANGELIS Y OTROS. Y PRIMERO LAS DE PICO.

Ciertamente me veo embargado por la vergüenza, cada vez que, en defensa de la astrología -la más divina de las ciencias físicas- debo tomar las armas contra sus enemigos. Pues cuando veo a Plotino, Marsilio Ficino, Pico de la Mirándola, Alejandro de Angelis y otros hombres de primer orden situados en el bando contrario, gustosamente quisiera disfrazar sus errores con algún pretexto como la debilidad humana. Pero cuando veo que ellos han incurrido en ese error no ocasionalmente ni de forma educada, sino que, sobre todo los dos últimos, se han dedicado con todo su ánimo y volúmenes enteros a despedazar a la astrología y todos los astrólogos, y a difamarlos constantemente, desde luego el amor a la verdad me enciende completamente y me incita a castigarlos, no encolerizándome, como ellos hicieron, sino sometiendo sus razones a examen con la modestia con la que puede hacerse.

Digo que ellos han manejado algunos libros de astrología, pero sólo por afán de contradecirlos, y, ni los han entendido, ni nunca han ejercido esta ciencia (cuya verdad sólo se puede poner en evidencia con la práctica), como bastante bien indican sus propios libros. Pero ya hemos dicho bastantes veces que no hay nada más injusto que un hombre ignorante. Pues, pregunto, ¿acaso no debería ser tomado por necio aquel que con la autoridad, ejemplos, interrogaciones, exclamaciones y palabras vanas de los oradores tratara de persuadir de que no hay ninguna mancha solar, ni ningún cometa se forma en la región de los planetas, ni el imán atrae al hierro, ni una aguja frotada con un imán es útil para dirigir el curso de una nave etc., porque él no tiene por experiencia ninguna certeza de tales cosas? Por lo tanto, ¿qué se debe pensar de cualquiera que, no con razones válidas sino con semejantes armas, trata de aplastar una verdad desconocida para él, pero aportada por los hombres más preclaros por medio de su experiencia? Pero volvamos ya al tema.

Así pues. Mirándola y de Angelis pensaron que si podían refutar las experiencias de la astrología, eliminar las influencias de los astros y derribar las doctrinas acerca de las Casas astrológicas, los signos del zodiaco y los aspectos de los planetas, se había acabado la astrología para siempre. Y eso pienso yo. Pero cuan falsamente se vanagloriaron de las cuatro primeras, queda claro por los argumentos que he expuesto en su momento para reforzar estas mismas cosas y debilitar sus razones.

Por lo tanto, queda lo último acerca de lo cual Pico y Alejandro se esfuerzan con sorprendente ahínco contra los astrólogos, casi con las mismas sombras de razones, para , evidentemente, demostrar a los ignorantes que no existe la fuerza de los aspectos planetarios. Pero, tras una comprobación (lo cual, en una ciencia práctica, es lo primero que se debe tomar en consideración), la propia doctrina de los aspectos ha sido suficiente -e incluso sobradamente- confirmada por nosotros en los capítulos anteriores y por ello sólo nos queda derribar sus máquinas de guerra contra esta última fortaleza de los astrólogos.

Pico, en el libro 6, cap.5 contra las “divagaciones” (según dice él) de los astrólogos, argumenta así: “Cuando dicen que Marte está dañado por rayos cuadrangulares y Venus favorecida por una radiación de triángulo de Júpiter, ¿acaso enrienden que dichos cuerpos están transformados de ese modo por buenas o malas influencias? ¿Acaso aquéllas nada sufren a su vez, nada sienten de una alteración de tal género, sino que tal forma de hablar significa lo que hacen respecto a nosotros y con qué actuación mueven los cuerpos sometidos?” Luego trata de demostrar que los planetas no actúan mutuamente los unos sobre los otros por aspectos, hecho que nosotros también hemos demostrado claramente antes con las razones más contundentes y sencillas.

Pero niega con más insistencia otra parte del argumento o de la cuestión (el que, obviamente, los planetas cambian por sus aspectos las cosas de este mundo inferior) con la autoridad de Plotino, que dice: “Los rayos que fluyen procedentes del cielo no pueden mezclarse así unos

con otros de tal manera que se produzca una nueva cualidad o forma, porque aquéllos no son cuerpos o líquidos o cualidades adheridas a los cuerpos, cualidades en cuyo género o cuerpo son asumidos, de tal modo que, o se impregnan de ello, o por la naturaleza de la sustancia de alguna manera cambian su cualidad.”

En este texto lo único que es cierto es que los rayos que fluyen procedentes del cielo no son cuerpos, al menos no cuerpos materiales, ni líquidos, pero el resto es falso y no ha sido probado por Pico o Plotino. Se ve hasta qué punto es falso por los rayos solares que son asumidos por los cuerpos y los afectan y cambian: cuando el Sol hace liquidarla cera, endurece el barro, mueve los humores del cuerpo humano, sobre todo al principio de la primavera, incita a las semillas de los vegetales a reproducirse y por su poder los lleva al acto. Mas, por lo que respecta a la mezcla de los rayos, igual que al unirse el calor y el frío se origina la tibieza por la mezcla de sus propias cualidades, la consonancia o disonancia por la diversidad de los sonidos, y así sucede con los colores, olores, sabores y otros, en los cuales, por la unión de los extremos se origina alguna cualidad intermedia que participa formalmente de los extremos o consta formalmente de ellos, afectando sin embargo a los sentidos de modo distinto que cualquiera de esos extremos, como demuestra la experiencia, así demuestra la misma experiencia que de la conjunción de Mercurio con Saturno, regente del Ascendente, se originan en el cuerpo humano disposiciones para un ingenio sólido y profundo -por Saturno-, pero sutil y capaz de inventar, por Mercurio. Si esto está también en cuadratura con Marte, el ingenio será aún más sutil, pero maligno, por la cuadratura de Marte, y tanto más si Marte es el regente de la conjunción, pero aquello no sucedería sólo por Saturno ni sólo por Mercurio, incluso regente del Ascendente. Igualmente, de la conjunción de Venus y Marte, siendo uno regente del Ascendente y el otro regente de la conjunción, se origina un ardiente deseo de placeres amorosos, incluso propenso a las perversiones, como se ve en varias cartas natales. Y, puesto que los influjos celestes son del mismo género, como lo son entre ellas las cualidades del tacto, los sonidos, los olores, si éstas pueden mezclarse, no puede aducirse ninguna razón por la que aquéllos no lo puedan hacer, sobre todo porque la mezcla se ve con toda claridad en los efectos. Hablaremos más extensamente de esto en su momento. Volvamos ya a Pico.

Por lo tanto, el propio Pico, discrepando del razonamiento de Plotino, supone que los rayos se mezclan y tan sólo pide a los astrólogos que demuestren cómo los rayos se mezclan de otra forma a partir de esto, es decir, de las diferentes fuerzas, ya que manan de estrellas que distan entre sí de muchas formas, porque él mismo aquí no puede aceptar otra diversidad que la de que los rayos que manan de cuerpos más cercanos entre ellos se mezclan mejor y más profundamente, pero los que manan de cuerpos distantes, como en la oposición, o no se mezclan o, al menos, difícilmente lo hacen.

Juan Franco Ofusio adoptó el parecer contrario (cap. 1) atribuyendo más fuerza a la mezcla de los rayos en la oposición que en la conjunción, porque, evidentemente, uno de los planetas conjuntos partilmente cohíbe los rayos del otro.

Pero Pico debía darse cuenta de que la mezcla era diferente por su cualidad, no en su imaginación -donde no podía hallarla-, sino en la práctica en los efectos de las cartas natales y las conjunciones

y oposiciones del Sol y la Luna, además de las de los demás planetas, donde, incluso sin querer, lo hubiese encontrado y no hubiese razonado después como sigue.

“Si (dice) una oposición diametral, o una figura cuadrangular o triangular engendra adversidad en la propiedad de los rayos, esto no se puede defender, a no ser que los cuerpos de los planetas cambien su condición a causa de aquella variación de las figuras que hemos citado: porque la cualidad y propiedad del rayo no procede más que de la naturaleza del cuerpo que emite los rayos.”

Pero le respondo: la razón de aquella diversidad no procede de alguna mutación intrínseca o

alteración de la cualidad que hay en los planetas, sino del concurso de los rayos y en razón de la distancia de éstos mismos respecto al círculo completo, como hemos explicado en el capítulo 3. Para comprenderlo mejor, supongamos dos cantantes con voces de distinto tono: de la reunión de los sonidos al oído se originará una consonancia o disonancia según afecten agradable o desagradablemente a dicho oído, cosa que ciertamente ninguna de las voces podría hacer sola. Pero esa diferencia no se da porque se haya producido algún cambio en los cantantes o incluso en sus voces -puesto que proceden de los propios cantantes-, sino de la reunión de las voces y su mutua disposición.

Pero respondo a lo que aduce Pico para confirmar su opinión: el rayo se considera desde dos perspectivas. Primero, solitario; segundo, mezclado o unido. En el primer caso, su cualidad y propiedad no procede más que de la naturaleza del cuerpo emisor de los rayos; en el segundo, contrae una propiedad común a uno y otro rayo, que, de hecho y formalmente, no procede de la naturaleza del cuerpo emisor, sino tan sólo por potestad y materialmente. Y lo mismo se ve en las voces de las que hemos hablado antes.

Por fin. Pico de la Mirándola filosofa, con muy poca sutileza, diciendo: “Los rayos que descienden hacia nosotros, aunque fluyan de fuentes opuestas, convertidos sin embargo en una sola cosa, en nuestro mundo influyen y se unen, por lo cual, al mezclarse, ya deja de haber una determinación de oposición, trígono, cuadratura. En consecuencia también dejará de haber una diferencia de cualidad en razón de las figuras de trino, cuadrado etc. Por eso habrá que discrepar de los astrólogos en su afirmación de que tal propiedad está en los rayos, porque las estrellas de las que manaron estaban entre ellas en tal configuración. Y así, al final, o dirán que las estrellas cambian su naturaleza según el cambio de las figuras- lo cual se ha refutado- o, si ellas mismas no varían, confesarán, aun a su pesar, que también la cualidad de los rayos que fluyen de ellas es la misma y no ha sufrido variación.”

Pero le respondo: Ciertamente es verdad que los rayos que descienden hacia nosotros se mezclan y se convierten en uno solo, pero es falso que en la mezcla deje de haber una determinación de trígono, cuadratura etc. y diferencia en la propiedad de éstas, como dice Pico sin probarlo en absoluto. Pues dirán los astrólogos: Habrá tal propiedad en los rayos mezclados, porque las estrellas de las que manaron estaban en tal configuración. No porque las estrellas cambien su naturaleza según la variación de las figuras ni porque se modifiquen las cualidades de los rayos en su forma de fluir, sino porque, al unirse, se hacen distintos por la mezcla y adquieren una propiedad diferente según varíe la distancia de éstos mismos respecto a todo el círculo, como se ha explicado antes de las voces.

En el capítulo séptimo, cuando Pico trata de demostrar que los astrólogos, al establecer los aspectos de Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio, se han dejado engañar por la luz de la Luna, se engaña él mismo. El meollo de su argumento es: los astrólogos, al ver que la Luna según su diferente posición y distancia del Sol cambiaba su luz y alteraba de modo distinto las cosas de este mundo, transfirieron lo mismo a los otros planetas en iguales distancias y de allí salieron el sextil, cuadratura, trígono y oposición. “Pero (dice) es evidente que la Luna, según su diferente distancia del Sol, cambia ya las cualidades de su influjo a la par que cambia de figura, porque, al recibir la luz del Sol, más o menos es iluminada por éste, en la parte que mira hacia nosotros, según la disposición de su posición y situación respecto a él mismo. Y por ello, por una razón natural, sucede que, según el incremento o decremento de su luz, no sólo se presenta a nosotros con otro aspecto, sino que también altera de modo distinto las cualidades corporales de los cuerpos, tanto los nuestros como los de otros. Pues, ¿quién ignora que las humedades de los cuerpos son secadas por el calor? ¿Quién, insistiendo en el mismo tema, no sabe que la luz es fuente de calor?” Y más abajo: “Pero, por otra parte, basándose en estas mutaciones de la Luna, que es la única que está sujeta al cambio en tales posiciones, lo transfirieron a los planetas que brillan por luz propia y siempre estable, cosa completamente demencial etc.”

Pero así replico a este argumento en contra de Pico: Puesto que todos los planetas, salvo el Sol, son cuerpos opacos privados de luz propia -como es ya opinión común de los Sabios y se ve claro en Venus, que nos muestra las mismas fases de luz que la Luna, y quedó evidente en Mercurio, en el disco del Sol observado por Pedro Gaffendo en el año 1631, el 7 de noviembre, que apareció tan sólo como una pequeña manchita muy negra, según consta de su observación sacada a la luz-, en consecuencia, igual que la Luna según su diferente distancia del Sol cambia las propiedades de su influjo a la par que cambia su figura (como dice más arriba Pico), así habrá que pensar de los otros planetas. E igualmente, quiera o no quiera Pico, habrá un cambio de cualidad de sus rayos.

Pero, puesto que la luz tan sólo ilumina y no hace nada más, como hemos probado de forma muy evidente en el libro 11, cap. 13, en consecuencia aquellos diversos efectos no se deben a la luz, ni en la Luna ni en los otros planetas menores -sobre todo porque todos ellos reflejan una luz que no es distinta, sino tan sólo la misma luz del Sol-, sino a la propia naturaleza de los planetas o a sus distancias. Pero la naturaleza ya no varía, sino únicamente la distancia: en consecuencia, la única posibilidad que queda es atribuir aquellos diferentes efectos solamente a los rayos de los planetas, en la medida en están en tal o cual relación de distancia respecto a todo el círculo, como ya se ha dicho varias veces y allí nos vemos obligados a ir a parar tanto por la lógica como por la experiencia. Pero despedamos ya a Pico de la Mirándola y deshagamos el embrollo de su alumno, soportando pacientemente su griterío.

CAPITULO 19 LO QUE OBJETA ALEJANDRO ANGELIS

Así pues, de Angelis, (libro 4, cap. 30), después de exponer los nombres, definiciones, distancia y número de los aspectos según la opinión de los astrólogos (que conste que nosotros también los hemos corregido en este tema, cuando era necesario, en los capítulos anteriores), así se rebela contra la hipótesis de dichos aspectos y su fuerza, según la teoría tradicional: “Filiamente, no pudimos asombrarnos bastante de las opiniones completamente degradadas de los astrólogos. Y primero, por la mayor de las infamias, se considera que los astros, que dividen espacios de lugares prácticamente infinitos, se miran en el mismo círculo y forman aspectos con un solo e idéntico orbe. En consecuencia ¿planetas que distan muchísimo de la banda zodiacal forman hexágonos y tetragonos en esa banda más que en ninguna de otros orbes? Por lo tanto, la Luna, que está tan cercana a la Tierra, y Saturno, que va por allí errante tan lejos de nosotros, y el Sol, que discurre en medio entre las estrellas errantes, vienen a formar por igual cuadrados y hexágonos. ¿Acaso el increíble tamaño de los planetas no debió hacernos recapacitar sobre esta infamia de los astrólogos? etc.” En cambio, yo pienso que Alejandro debía tener en su carta natal a Mercurio, o el Ascendente o su regente, en conjunción con Marte o en su cuadratura u oposición, pues aquí y en otros sitios se deja dominar completamente por la bilis.

Pero ¿qué logra con sus gritos y sus preguntas desprovistos de razón? Desde luego no más que si un jefe militar que estuviera asediando una ciudadela pertrechada con fortificaciones dentro y fuera, máquinas de guerra, alimentos y soldados muy valientes, se dedicara cada día a atacar así a sus enemigos: “¿Que no queréis abrirme las puertas de vuestra ciudad? ¿Que pensáis resistir pertinazmente a mi poder? No debería haceros recapacitar sobre vuestra infamia la terrible magnitud de mis bombardeos?” y argumentos semejantes. Ciertamente, así es como la mayoría de las veces intenta Alejandro de Angelis destruir la astrología prácticamente en cada capítulo de sus cinco libros.

Pero, para responder seriamente a sus palabras, le digo que él mismo ha ignorado que, no sólo los astrólogos, sino también los astrónomos, observan las verdaderas posiciones de cada planeta, no en sus propios círculos u órbitas, sino en el primer movable- pero en el primer movable bajo el zodiaco-, aunque los propios planetas disten mucho de dicho primer movable. El motivo de los astrónomos es que ellos han decidido determinar la verdadera posición de un planeta o una estrella fija respecto a la eclíptica y los puntos equinocciales, porque, evidentemente, la eclíptica es el círculo del primer movable al que todos los astros observan con su propio movimiento.

El motivo de los astrólogos es que el primer cielo es la primera causa física que une las acciones de todas las demás y por eso actúa con los planeta que le son inferiores y le están subordinados. Y un planeta obra junto con aquella parte del cielo hacia la cual le determina un línea trazada por el centro del planeta, partiendo del centro de la Tierra. Y por eso dicha parte es llamada por los astrónomos y los astrólogos la verdadera posición del planeta.

Y entonces, sobre todo, ya que aquella parte queda determinada por la posición del planeta en el momento del nacimiento a la naturaleza de dicho planeta respecto al nativo y que, mientras viva, desempeña para él el papel del citado planeta, ciertamente los planetas son los intermediarios entre el primer cielo y los cuerpos terrestres no sólo por su posición, sino también por su naturaleza.

Y estos cuerpos terrestres quedan unidos por una conexión a las partes del primer movable por la línea que se traza desde la Tierra hacia el propio cielo pasando por el cuerpo de cualquier planeta, como se demostrará en su momento.

Así pues, si las posiciones de dos planetas distan entre sí en el primer movable 60, 90, 120 o 180 grados respecto a la Tierra, se dirá que dichos planetas están a su vez formando un aspecto de sextil, cuadratura, trígono u oposición respecto a la Tierra. Y así serán todos los aspectos en el primer movable, no por los rayos llevados de un lugar a otro o recíprocamente

de ellos a sus lugares en el primer movable, sino por los rayos o líneas trazadas desde la Tierra, por el centro de los planetas, hacia el primer movable con una distancia apropiada para el aspecto.

Después de esto, de Angelis, considerando que Saturno es (dice) noventa veces más grande que la Tierra, pero el Sol lo es 166 veces, se vuelve a interrogar por segunda vez: “A la vista del tamaño tan grande del astro, ¿qué puede ser considerado como ángulo o portador de la cuadratura o trígono de los lados?” Y se limita a asombrarse de esto y no va más allá, ignorando, desde luego, que para los astrólogos hay dos tipos de aspectos: partiles y planeos. Estos últimos requieren una amplitud en el primer movable de no menos grados de los que tendría el semidiámetro del orbe de influencia de cualquier planeta. En cambio, aquéllos terminan precisamente no junto a los cuerpos, sino junto a los centros de los planetas. Y, aunque terminaran junto a los cuerpos, aun así el lugar que, respecto a nosotros, cubre Saturno con su cuerpo en el primer movable apenas es de dos minutos y por eso, por lo que se refiere al efecto, lo mismo da que el aspecto partil se termine junto al cuerpo o en el centro de Saturno, ya que los límites del aspecto partil son de 16', es decir, el tamaño del semidiámetro del cuerpo del Sol.

Por fin, añade este razonamiento: “Hagamos los ángulos siderales que prescribe la matemática. Aquellos a los que llaman aspectos, ¿son transitorios o duran un cierto tiempo? Si el aspecto partil se produce en un momento concreto, no puede tener efecto sobre las cosas que acaecen fuera de ese lapso de tiempo, como lo son todas las acciones de los mortales acerca de la cuales los Astrólogos hacen predicciones; si son temporales y, digamos, duraderos, difícilmente pueden estar acordes con su duración las cosas que entonces suceden. Pongamos por ejemplo a Juan de Austria, hermano de Felipe II, el rey de los españoles. En el año 1571 luchó con fortuna en el mar Egeo contra las furias por la dirección del Medio Cielo o de la Luna al trígono izquierdo de Júpiter. Si esa configuración duró menos de 6 u 8 horas, gran parte de la batalla se libró sin la ayuda del trígono; si duró más tiempo toda su fuerza fue vana y sin efecto porque, una vez alcanzada la victoria, aún pedía guerra.”

Pero aquí de Angelis comete muchas equivocaciones y no es asombroso. Primero, porque ignora que las posiciones, conjunciones y aspectos de los planetas en el momento del nacimiento de los seres vivos se mantienen fijas en el primer movable y eficaces respecto al nativo durante toda su vida, como se ve por experiencia cuando, en los años siguientes, los planetas transitan por esos mismos puntos.

Segundo: pensó que la fuerza de cualquier dirección empieza y acaba al mismo tiempo que su efecto, cualquiera que sea su duración, aun cuando, por razones conocidas de los astrólogos, el efecto algunas veces se anticipará y otras seguirá al momento del punto partil de la conjunción.

De ello no se sigue que, si alguien sufre una amputación de la mano por una dirección del Ascendente a una cuadratura de Marte, la fuerza de la dirección dure mientras aquel hombre carezca de mano o, al revés, que mientras dure la fuerza de la dirección a aquel hombre se le ampute varias veces una mano, sino que basta que la dirección produzca una vez su efecto durante el tiempo en que ella está vigente, que algunas veces es de 1,2 o 3 años. Y hasta que salga otro significador. Pero el efecto, unas veces se cumple con un golpe en el ojo, como cuando alguien es herido de repente; pero otras dura lo mismo que la fuerza de la dirección, como una fiebre cuartana o el exilio. Y no vale este razonamiento semejante al anterior de Alejandro: o las fuerzas de Juan de Austria duraron menos de 6 u 8 horas, y así no alcanzó la victoria, o persistieron más tiempo y así su totalidad fue vana y sin efecto.

Tercero, pensó que las conjunciones y aspectos de los planetas simultáneos al momento del parto producen sus efectos desde el mismo momento del nacimiento y que éstos tan sólo duraban mientras duraban aquellos aspectos momentáneos, lo cual es absurdo, fruto de la imaginación de Alejandro, y es contrario a los preceptos de la astrología.

Sería vano, demasiado aburrido e inútil seguir más tiempo con sus otras preguntas y discursos acerca de este tema y por ahora basta con haber dejado patente su ignorancia en astrología y haber defendido a la par a la divina ciencia de los astros de los dardos, sofismas e imprecaciones de Pico, y de éste mismo, con el apoyo de las experiencias, influencias, Casas, signos y aspectos, que son sus cinco murallas principales.

CAPITULO 20 LAS OBJECIONES DE PLOTINO Y MARSILIO FICINO.

Plotino tiene un capítulo cortito contra los aspectos astrológicos en su libro 3, enn. 2, porque el 7 tan sólo consta de vanas interrogaciones sin razón alguna, lo que, por eso, nos parece que no merece una refutación.

Su comentarista, Marsilio Ficino, algunas veces aporta razones contra dichos aspectos, pero apoyadas en falsos fundamentos: el que en la región celeste no hay ningún obstáculo y que ella misma está libre de toda generación y corrupción; pero esto ya se sabe que no es menos falso que la teoría de que los astros lo hacen todo con su luz y que cualquier planeta, excepto la Luna, brilla por luz propia, como opinan repetidamente Ficino y Plotino disputando con los astrólogos. Y, por eso, sus mismas razones, apoyadas en tales fundamentos, se derrumban solas. Además, Ficino, sin tener en cuenta la opinión de los astrólogos y la misma experiencia, dice que un planeta, afecta o otro -donde quiera que se hallen ambos- por el rayo que mana del uno al otro, cosa que nosotros ya hemos rechazado en el capítulo 1, porque las cosas terrenas no se ven afectadas por esos rayos -a no ser en la oposición-, ya que no se orientan hacia la Tierra, cosa que sin embargo sí hacen los rayos que constituyen los aspectos astrológicos.

Ficino tiene un solo argumento digno de consideración, cuando dice que la acción y el sentimiento no pertenecen a la figura o el número, sino a las formas y cualidades. Basándose en eso quiere argumentar que al aspecto astrológico no le corresponde ninguna acción.

Pero le respondo: la fuerza activa de los aspectos no se debe atribuir a la figura de cuadrado o triángulo, o a los números de 90 o 120 grados, sino a la razón, real y física, de la distancia de los rayos concurrentes respecto a todo el círculo, como ya hemos explicado. Pues de ese modo el efecto de la consonancia de una quinta se debe atribuir a la proporción física de los sonidos por la misma explicación de las concurrencias, pero no a la fracción aritmética o a los números con los cuales se expresa dicha proporción física.

Súmame el hecho de que sería muy plausible que Marsilio Ficino, en su comentario sobre Plotino, hubiera escrito contra los astrólogos únicamente en favor de aquél, porque en su “Antídoto de las Epidemias” -capítulo dos, pestes de los años 1408 y 1479, en el cual escribía el citado antídoto- dice que es muy bueno para Saturno y Marte y sus malos aspectos, por lo que se puede ver hasta qué punto es poco coherente consigo mismo en esta cuestión. Pero ya hemos dicho bastante por ahora acerca de éstos.

CAPITULO 21 DE LOS ASPECTOS MUTUOS DE LOS PLANETAS Y LAS ESTRELLAS FIJAS.

Los planetas difieren de las estrellas fijas en que los planetas aparentemente se mueven motu proprio respecto a nosotros en círculos máximos oblicuos a la eclíptica -círculos en los cuales lanzan sus aspectos-, y en cambio las estrellas fijas -al menos las situadas fuera de la eclíptica- tan sólo se mueven en círculos menores o paralelos a la eclíptica. Esto se ve claramente, porque, con su movimiento, sí que cambian de longitud (en las direcciones), pero no de latitud. Y por eso, aunque lanzaran sus aspectos a aquellos paralelos, éstos no nos influirían en absoluto, porque no se dirigirían a la Tierra, que está fuera del plano de aquel paralelo bajo el cual las estrellas fijas se mueven respecto a la Tierra.

Por esa razón, no debemos ocuparnos en absoluto de los aspectos de las estrellas fijas. Pues, aunque para nosotros confieren su naturaleza al punto del primer movable bajo el cual las vemos, a pesar de ello no determinan -respecto a nosotros- el punto diametralmente opuesto, puesto que, obviamente, no se mueven en un círculo máximo respecto a nosotros en el cual podría caer aquel aspecto opuesto, sino que se mueven en un círculo menor fuera de cuyo plano queda la Tierra. Y, por eso, la cuarta parte de aquel círculo no tiende un ángulo semejante hacia la Tierra- un ángulo recto-, sino menor que el recto y tanto menor cuanto más próxima esté la estrella fija al polo de la eclíptica, o cuanto más pequeño sea su paralelo. Por eso no determinan el cielo para otros aspectos respecto a nosotros, porque todos los aspectos deben estar en el mismo círculo máximo y no en diferentes círculos, como se ha demostrado en el capítulo nueve.

Pero, ¿acaso los planetas y las estrellas fijas forman entre ellos algunos aspectos que nos afecten? Hay que recalcar que los planetas no lanzan los aspectos suyos que nos afectan orbicularmente en círculos paralelos -como dijimos en el capítulo 8, en contra de la opinión de Regiomontano-, sino tan sólo en los círculos máximos bajo los cuales los vemos moverse, como se ha dicho en el capítulo 9.

Por lo tanto, cuando Marte, por ejemplo, lanza por determinación sus aspectos en su órbita aparente, si da la casualidad de que en su oposición o cuadratura -en su propia órbita- hay alguna estrella fija violenta, como Antares o Aldebarán, es cierto que la oposición o cuadratura de Marte será por ello mucho peor, porque, obviamente, está impregnada por la presencia de una estrella fija violenta. Y se podrá decir vulgarmente que Marte aspecta de oposición o cuadratura a aquella estrella, porque ella misma cae en el camino y los términos de los aspectos de Marte. Pero no podrá decirse que aquella estrella fija aspecta a Marte por cuadratura u oposición, porque Marte no está en el paralelo en el cual ella misma lanza sus aspectos.

Y respecto a esto hay que recalcar que la Tierra está en el plano y el centro de las órbitas aparentes de Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio, pero no está en el plano de la órbita aparente de las estrellas fijas o del círculo en el cual las vemos moverse, el cual es tan sólo un círculo paralelo a la eclíptica, o círculo menor, exceptuando las estrellas fijas ubicadas en la eclíptica.

SECCIÓN 2 DE LAS APLICACIONES Y SEPARACIONES DE LOS PLANETAS: Y TAMBIÉN DE LA TRANSLACIÓN DE SU CUALIDAD, ABSCISIÓN, ETC.

CAPITULO 1 QUÉ ES LA APLICACIÓN Y LA SEPARACIÓN Y A QUE PLANETAS SE PUEDEN ATRIBUIR CON PROPIEDAD.

Puesto que los planetas están en continuo movimiento bajo el zodiaco, parece que los unos se acercan a los otros, se unen a ellos o se separan de estos mismos. Ptolomeo no considera a los planetas conjuntos, cuadrados, opuestos etc. , a no ser que éstos lo estén partilmente. Es decir, a no ser que sus centros o los rayos de sus centros, estén respectivamente a una distancia tal que no exceda el semidiámetro de uno y otro cuerpo. Y tales conjunciones suelen ser llamadas por Porfirio y algunos árabes “uniones” o “aglutinaciones”. Y esto se debe entender por igual en los aspectos.

Pero, cuando la distancia es bastante pequeña, los astrólogos dicen que los planetas están unidos o en una figura de forma plática, con tal de que aquella distancia no exceda ambos semidiámetros del orbe de influencia de los planetas conjuntos. Y ya se ha hablado bastante de éstos en el cap. 13 y 14, en la sección primera.

Finalmente, cuando algún planeta, al acercarse a otro, alcanza el orbe de influencia (de éste otro) con su propio orbe de influencia, se dice que le hace un aspecto aplicativo hasta la conjunción partil, o al menos zodiacal, dé ambos, conjunción a la cual determina el mismo círculo de latitud llevado por el centro de uno y otro planeta. Pero, al alejarse de esta conjunción con el mismo planeta, se dice que le hace un aspecto separativo, mientras dure la intersección de dichos orbes. Así la aplicación sería lo mismo que una aproximación y la separación lo mismo que un alejamiento, dentro de los límites ya citados. Puesto que, en el anteriormente citado capítulo 14, dijimos que la conjunción es doblemente plática -entiéndase completa e incompleta-, para no dejar cabo suelto en la teoría de una y otra, tengo que introducir aquí nuevos términos. Y he de decir que del planeta que se acerca a otro, alcanzando en ese punto el orbe de influencia de aquél con su propio orbe de influencia, debe decirse tan sólo que se “acerca” a él, pero alcanzando su cuerpo o su círculo de latitud con el orbe de su influencia; o, al penetrar con su cuerpo en su orbe de influencia, se dice propiamente que le “aplica”, hasta que se haga partil la conjunción de ambos. Cuando ha sobrepasado ésta, se dice que le hace un “aspecto separativo”, hasta que no lo cubra más con su orbe de influencia o no sea cubierto por el orbe de aquél. Pero, a partir de allí, se debe decir que lo “deja”, hasta que ambos orbes de influencia ya no se corten más.

El planeta, en cuanto aplica su fuerza, la mezcla enseguida con la de aquel planeta al que aplica; pero cuando arranca su cuerpo del orbe de aquél, inmediatamente recupera su capacidad de actuar con pureza, al menos si está en su propio domicilio, pero no la recupera de forma completa hasta que no se separen los orbes de ambos, pues aquella parte del cielo en la cual se halla el segmento común de los orbes que aún no se han separado todavía está impregnada del influjo mezclado de uno y otro planeta y lo retiene, sobre todo en la línea que discurre por las secciones de los orbes -y esto es digno de ser notado-, pero en dicha línea tiene más fuerza aquel planeta que tiene un orbe menor. Sin embargo, hay que recalcar que si la distancia central de dos planetas cuyos orbes de influencia se cortan excede 18 grados para el Sol y 15 grados para todos los otros planetas, dichos planetas deben ser considerados más bien en aspecto de dodecil que en conjunción, pues cualquier sizygia debe ser llamada por el término más próximo, que es de 30 grados para el dodecil, 60 para el sextil, 90 para la cuadratura etc. y esto tanto antes como después del propio término. Y por eso la distancia central de 25 o 40 grados pertenece al dodecil. Lo mismo sirve para los demás. Además, hay que fijarse en que dos planetas, considerados únicamente en el cielo, en el cual se aplican acercándose, se unen para el efecto de su conjunción y su fuerza se alía para este mismo

efecto, empieza al principio de la aplicación, está vigente durante la unión y cesa al final de la separación. Y aquel efecto es general para toda la Tierra, pero es recibido y determinado por los lugares de la Tierra que son diferentes y están sometidos a diversas condiciones.

Si aquella conjunción es considerada en una Casa de la carta natal, por ejemplo, la décima, el efecto de dicha conjunción, que es general para toda la Tierra, está determinado, para el nativo, a la esfera de las acciones, dignidades etc. Y puesto que los propios planetas se unen, aunque por las direcciones a cada uno de ellos cada efecto se produce en razón de la naturaleza y regencia de los planetas, a pesar de ello, los propios efectos en las cosas, personas o medios serán de la naturaleza de uno y otro planeta, del mismo modo que se les ve a ambos ir siempre juntos. Así, una dirección mía del Medio Cielo a Mercurio, regente de la segunda casa, me dio la dignidad de profesor real de astrología, por la reina María de Mediéis, porque Mercurio aplicaba a Venus exaltada. Y la dirección del Medio Cielo a Venus, regente del Parte de Fortuna, me proporcionó un donativo de 2000 libras por la trigonometría que había publicado, porque Venus hace un aspecto separativo a Mercurio. Y el donativo fue hecho por un hombre, magnate supremo, prefecto regio del Erario, porque Venus aplicaba al Sol y Júpiter que están en conjunción partil. Y esto se debe entender por igual no sólo de las conjunciones, sino también de cualquier aspecto. Por lo demás, tanto la aplicación como la separación se producen por el movimiento del planeta, tanto directo como retrógrado, porque, obviamente, un planeta se puede acercar a otro directo y retrógrado. Y la aplicación es más eficaz que la separación, al menos en una distancia igual de los cuerpos, porque, ya que esta eficacia depende de la unión de los cuerpos o de los aspectos, en la medida en que se acerca uno de ellos a la unión, y permanece unido más tiempo, tanto más participa de la fuerza de la unión. Pero esto se refiere al que aplica y no al que se separa, pues en éste la fuerza de la unión ya está disminuida y decrece continuamente, mientras que en el aplicante crece sin parar. Si, por ejemplo, el regente del Ascendente aplica a Marte, regente de la séptima o la octava casa, es un fuerte indicio de fiebres, quemaduras, lides, peligros para la vida o muerte violenta. Pero si el regente del Ascendente se aleja de dicho Marte, los significados serán los mismos también, pero más débiles. Y por eso, o los accidentes serán más leves, o mayor será la esperanza de escapar de ellos, a no ser que al alejarse aplique al mismo tiempo a otro maléfico. Puesto que anteriormente se ha dicho que aplicar es lo mismo que acercarse y hacer un aspecto separativo lo mismo que alejarse, de ello evidentemente se sigue que uno y otro tan sólo se refieren al planeta de movimiento más rápido (lo que vulgarmente se llama “más ligero”), estando uno y otro planeta al mismo tiempo directos o retrógrados. Si uno está directo y el otro retrógrado, puede ser que tanto el más rápido o ligero como el más lento o pesado se apliquen y separen mutuamente. Estando uno y otro directo, en caso de que el pesado o más lento preceda al más rápido, no se dirá propiamente que le aplica, porque no se acerca a él. Ni si le sigue se dirá que se aleja de él, porque no se separa o aleja más de él. Sino que el más lento precediendo, propiamente se dirá que acompaña al más ligero, pero, en caso de seguir, (se dice) que sale del aspecto. Y, por eso, cualquier planeta estará o unido partilmente en una conjunción corporal o de los rayos, o aplicando, o en aspecto separativo o solitario, si no se le pudiera aplicar ninguna de las situaciones anteriores.

Hay que destacar que Ptolomeo (libro 4, Quatrip-, cap. 5), cuando trata de las conjunciones, admite la aplicación de Saturno y de otros planetas ala Luna, lo cual viene a entenderse como una aplicación no a su cuerpo, sino a su posición en el primer movible, la cual es fija. Y, así pues, habrá que prestar atención a una doble aplicación y una doble separación, es decir, respecto al cuerpo movible del planeta y a su posición fija. Y cualquier planeta puede aplicar a la posición de cualquier planeta o separarse de ella.

CAPITULO 2 DE LOS MODOS Y EFECTOS DE LAS APLICACIONES SIMPLES Y DE LAS SEPARACIONES DE LOS PLANETAS ENTRE ELLOS.

La aplicación o separación del planeta se llama simple cuando tan sólo dos planetas se unen entre sí según su aproximación o alejamiento. Y los planetas aplican o se separan de cuatro maneras posibles, pues, o ambos están directos, o ambos retrógrados, o el precedente retrógrado y el siguiente directo, o, por fin, el precedente directo y el siguiente retrógrado.

En el cuarto tipo se produce una aplicación mutua de ambos planetas, ya que van al encuentro el uno del otro, y dicha aplicación es mucho más eficaz que las otras y su efecto es mayor y más rápido, pues las causas de este mundo sublunar se unen prestamente y sin interferencia alguna según la naturaleza de ambos planetas por el mutuo concurso de dichos planetas hacia este objetivo.

En el tercer modo, se produce un alejamiento mutuo que disipa y debilita la fuerza de la unión de los planetas que se separan mutuamente. Por el movimiento de éstos en direcciones opuestas del mundo, la conjunción de fuerzas se disuelve y de allí que las apariencias de los efectos no significan nada, a no ser contrariedades, o que éstas se disipan con el desacuerdo de las causas sublunares y su mutua divergencia. Aunque Ptolomeo y muchos otros conceden a los planetas retrógrados una fuerza efectiva, pero tardía u obstaculizada, sin embargo, esta discrepancia de opiniones se debe conciliar de este modo: Pongamos por ejemplo a Júpiter retrogradando y aplicando al Medio Cielo, promete honores y empresas afortunadas, pero retrogradando y separándose del Medio Cielo no promete nada de tales cosas, a no ser, quizá, unas apariencias sin efecto.

Igualmente, el regente del Ascendente y el regente del Medio Cielo separándose mutuamente no aportan honor alguno. Y lo mismo cabe entender de los otros, en virtud de la analogía.

Por fin, un planeta aplica de dos maneras distintas. Primero, completamente, cuando, obviamente, se une con todo su poder a aquél a quien aplica. Es decir, va a alcanzar la unión con éste, sin retroceso, hasta la separación de los orbes de influencia. Segundo, incompletamente, cuando el planeta no se une con toda su potencia a aquél al que aplica. Mas la aplicación completa significa el efecto futuro de la conjunción según la naturaleza del planeta al que se produce dicha aplicación, pero la incompleta tan sólo presagia la apariencia del efecto, y quizá el principio, pero no su completa realización, pues se destruiría u obstaculizaría el efecto por aquello que es significado por el planeta que interrumpe el proceso de la unión por su cambio a directo o retrógrado.

Igualmente, un planeta se separa de dos maneras. Primero, completamente, desde la anterior conjunción hasta la separación de los orbes. Segundo, incompletamente, cuando, antes de la separación de los orbes, el planeta que se aleja regresa hacia aquél al que acompaña y de nuevo se une a él o no se llega a unir. Mas la separación completa significa el futuro efecto de la conjunción, aunque menos que la aplicación, pero la incompleta significa la confirmación del efecto, o incluso su repetición, sobre todo si el que se alejaba se une de nuevo al acompañado. Y esto cabe entenderlo del planeta que aplica o se separa, tanto en movimiento directo como retrógrado.

Mas, volviendo a ello, la aplicación se debe entender tanto al cuerpo móvil del planeta como a su posición fija en la carta levantada. En esto hay una triple diferencia, pues o el planeta aplica completamente a la posición y al cuerpo del otro, o completamente tan sólo a su posición, o incompletamente únicamente a su posición. El primer modo desde luego produce el efecto -y notable-, y tan sólo puede darse en los planetas más rápidos. El segundo produce un efecto mediocre en los planetas más rápidos, pero mayor en los más lentos. Todos los planetas pueden hacer esto, excepto la Luna que nunca retrocede y siempre alcanza el cuerpo del planeta siguiente al que aplica. El tercero, apenas produce efecto alguno, sino tan sólo una apariencia vana y con muchas interferencias.

Y esto no habrá que aplicarlo tan sólo a la conjunción, sino también al sextil, cuadratura,

quincuncio, oposición, y no se refiere únicamente a los aspectos recíprocos de los planetas movibles en el Cielo, sino también a los de cada uno de ellos con los puntos más importantes de la carta natal. Por ejemplo, si en el año en que, a causa de una dirección del Ascendente hacia Marte, regente de la octava casa, se teme el peligro de muerte, sucede que Marte aplica completamente al lugar del Ascendente radical, ciertamente implicará peligro, y con mucha mayor seguridad si Marte, después de haber alcanzado el Ascendente, tiene que regresar a este mismo, sobre todo si va a hacer aún una tercera conjunción con él. Por esa razón, el nativo, durante todo aquel tiempo, se encuentra en un gran peligro que difícilmente puede eludir y no sin tomar las mayores precauciones y con la mayor prudencia.

Por fin, un planeta que se separa de otro y no aplica a ninguno más, ya sea en el mismo o en otro signo (aunque los árabes, Cardano y Orígenes piensan que únicamente puede ser en el mismo signo) se llama vacío de curso, pero se denomina «ferale» o solitario al que no hace aspectos ni aplicativos ni separativos. Y un planeta así, si se encuentra solo en la primera casa o es regente de la primera, hace hombres solitarios y que rehuyen el trato de los demás. Y si es maléfico por naturaleza, exiliado o retrógrado, significará que dicho hombre vive como un animal, en los bosques y de una forma harto sorprendente.

Para comprender más perfectamente la teoría anterior, aún hay que prestar atención a lo que sigue. Si, estando dos planetas en los límites de la aplicación, el siguiente directo y el precedente retrógrado, antes de la separación de los orbes el precedente se hace directo y alcanza al siguiente, por fin se dará el efecto del que ya se desesperaba y esto tanto más pronto y efectivamente -y con un mutuo consenso de las causas de este mundo sublunar- si el siguiente regresa al precedente que se ha puesto directo. Así pues, el efecto empezará, luego se desesperará de él y por fin, en contra de lo que esperaban y pensaban todos, se completará.

Si dos planetas unidos se separan mutuamente, interrumpido el movimiento de ambos en dicha unión, evidentemente significará el efecto de la conjunción, pero también su pronta y rápida disolución al suceder o intervenir algún hecho sorprendente. Si Saturno y Venus se separan mutuamente en la duodécima casa, se frustrará evidentemente el efecto de su conjunción, pero no su determinación a las enfermedades, cárcel etc. Idéntico es el razonamiento acerca de las otras Casas, que debe hacerse siempre considerando el conjunto de estos movimientos.

Por fin, hay que fijarse en que las conjunciones por regreso¹ producen sus efectos por caminos extraordinarios e insospechados, y tanto más si ambos planetas están retrógrados y el más rápido alcanza al más lento que estaba precediéndole. La misma razón es aplicable a las separaciones por retrogradación, ya sean simples o mutuas.

Y siempre hay que observar especialmente al planeta que aplica, bien directamente, bien retrogradando, pues se dice que éste tiene más importancia que el otro. Y si se produce la unión, es lo que más puede hacer para que se complete el efecto. Dicho efecto tendrá obviamente las características de las cosas y las personas significadas por él. Del mismo modo, hay que prestar mucha atención al planeta que impide la unión separándose por retrogradación, pues el efecto no se llevará a cabo por las cosas y personas que él significa.

Lo mejor es que el planeta que aplica esté en un ángulo, sobre todo el Medio Cielo o el Ascendente, aunque aquél al que aplica esté en casa cadente. Pues el que aplica desde un ángulo promete un fuerza mayor y un efecto importante, que será aún mucho mayor si el que recibe la aplicación está también en un ángulo.

Las aplicaciones a planetas congruentes con el efecto significado son mucho más fuertes para dicho efecto, como si, por ejemplo, para una cuestión de honores, el regente del Medio Cielo aplica al Sol, sobre todo por trígono: el nativo alcanzará esas dignidades. Pero si, en el asunto

¹ Se refiere a la segunda o tercera conjunción de una conjunción que se produce varias veces por retrogradación.

del matrimonio, el regente de la séptima aplica al regente de la novena -que es la casa de la religión-, o de la duodécima -que es la de los encarcelamientos y la servidumbre-, el nativo no se casará, como me sucedió a mí, que tengo a Venus -regente de la séptima- aplicando a Júpiter -regente de la novena y la duodécima, ubicado en la propia duodécima con Saturno-.

Pero alguno objetará; la presente configuración del cielo no tiene los significados añadidos del futuro estado del cielo -de lo contrario no habría ninguna certeza en la astrología-, por lo tanto, en un planeta que aplica o se separa no hay que fijarse en cuál va a ser su estado a posteriori, aplicando o separándose completamente.

Le respondo: es cosa de la presente configuración del cielo el que un planeta aplique o se separe completamente o no, y por eso es oportuno saberlo, porque no es el mismo el efecto de uno y otro.

Por lo demás, las causas de estas clases de efectos se han de buscar no sólo en las propias fuerzas de los planetas, sino también, formalmente, en la analogía de sus movimientos que representan en el cielo dichas clases de efectos. De la analogía ya hemos hablado en el libro 13, sec. 3, cap. 3. Pues igual que dos hombres, que resultan necesarios ambos para producir un mismo efecto, pueden alcanzarlo si se ponen de acuerdo, pero no lo lograrán si se rehuyen mutuamente o si, cuando uno se acerca, el otro se aleja, así son en el cielo los efectos sublunares de los planetas. Los atados efectos, evidentemente, antes están en el cielo causal, potencial o representativamente que real y efectivamente en la Tierra, pues las cosas terrestres son afectadas y representadas por los cuerpos celestes, ya por su influencia, ya por su movimiento, por eso no es lo mismo una unión que una separación, pues como preludian dichos cuerpos en el cielo, así son sus efectos en la Tierra.

Por fin, en los aspectos no partiles, siempre es peor que un planeta aplique a un maléfico que el que se aparte de él.

CAPITULO 3 DE LOS TIPOS Y EFECTOS DE LAS APLICACIONES Y SEPARACIONES MÚLTIPLES DE LOS PLANETAS ENTRE ELLOS.

1.- Se dice que la aplicación o separación de un planeta es múltiple cuando se unen al menos tres planetas, según su acercamiento o alejamiento. Sobre estas cuestiones, hay que prestar atención a las teorías siguientes, legadas por los antiguos, pero no explicadas por ellos.

Primero: “Cada vez que tres planetas entran en relación, corporalmente o por medio de sus rayos, de este modo: el más ligero está en medio, bajo el orbe de influencia de aquél del que se separa, y alcanza con su propio orbe al otro al que hace una aplicación completa, se dice entonces, vulgarmente, que dicho planeta intermedio lleva la luz del planeta del que se separa a aquél al que aplica, aunque no se alcancen los orbes de los externos”.

Pero, puesto que el poder de los planetas no reside en su luz, del mismo modo que hemos enseñado en otra parte y se ha dicho en la sec. cap. 17 que los planetas ni siquiera transmiten su propia fuerza a los demás, mucho menos podrían transferir la de otro. Pues no pueden transmitirla, a no ser que primero la reciban; ni recibirla, a no ser que sea transmitida por aquel planeta al que pertenece, en contra de lo dicho en el capítulo 17. Y la expresión sería más aceptable si se dijera que el intermedio transmite la influencia de aquél del que se separa. En consecuencia, es mejor decir que el intermedio une la fuerza de los de los extremos que no están conectados entre ellos. Y la razón de ello es que, puesto que el intermedio está en relación con ambos extremos, en consecuencia, une sus fuerzas a aquél al que aplica para producir un efecto no sólo per se, sino también según su estado, lo que viene a ser según la conexión con también según su estado, lo que viene a ser según la conexión con aquél del que se separa, lo cual es casi lo mismo que si los extremos estuvieran unidos.

Por fin, esta disposición de los planetas significa que, o bien el efecto de la conexión de los extremos se logrará mediante las cosas o personas representadas por el intermedio, o bien que el efecto representado por la conjunción del intermedio con aquél al que aplica se originará por las causas significadas por el planeta del que se separa, o bien que el efecto significado por la conjunción del intermedio con aquél del que se separa desembocará en el efecto significado por el planeta al que aplica, o, por fin, que para el efecto significado por el del medio concurren las cosas o personas representadas por los extremos.

Por ejemplo, en mi carta natal Mercurio está a 27°55' de Acuario, en sextil partil con el Ascendente; Venus, en el grado 1 de Piscis; el Sol, en el grado 4°19' de Piscis; Júpiter, en el grado 4°48' de Piscis; y por eso Venus se separa de la posición de Mercurio y aplica completamente -por posición y cuerpo- al Sol y a Júpiter. Así pues, cuando el Medio Cielo llegó por dirección a Mercurio, en el año 1629, se me nombró Profesor Real de Matemáticas; cuando llegó a Venus, corregente de la primera y del Parte de fortuna, recibí 4.000 libras de dos prohombres, por la Trigonometría y la solución del problema del terremoto que había publicado; y cuando llegó al Sol y a Júpiter en el año 1635, volví a recibir 1.000 libras y alcancé una gran fama, incluso en el extranjero, por la teoría de las longitudes descubierta por mí y encargada en 3 tipos (de letra), pero también me gané con ello muchos enemigos ocultos. Me puse en contra a comisarios y a un prohombre de primer orden, el cardenal Richelieu, porque, arriesgándome a perder mi reputación y la remuneración prometida, quise velar por mi honor y exponer públicamente, sin desfallecer, la justicia de mi causa.

Y, por consecuente, se verifican aquí las cuatro cosas citadas, pues, primero, la celebridad de mi nombre en astronomía, entonces

aparecieron por Venus: si ésta no me hubiese dado el dinero necesario para la Tipografía, no me hubiese ganado ningún enemigo, porque debería haber soportado pacientemente la afrenta inferida y, expuesto al escarnio público por su envidia e iniquidad, hubiese hecho el sacrificio de mi fama.

Segundo: la conjunción de Venus con el Sol y Júpiter representa para mí bienes de parte de prohombres por causa de Mercurio, por los productos de mi ingenio y mis obras matemáticas.

Tercero, los bienes representados por la conjunción de Venus y Mercurio desembocaron en enemistades ocultas, incluso de un temible Prohombre.

Cuarto, para los bienes significados por Venus debían concurrir unos prohombres con el apoyo de la inteligencia, por el Sol y Mercurio unidos a partir de allí a Venus. Así pues el evento se ajustó en todo a la constitución celeste.

Por lo demás, la virtud de los planetas extremos no se une por el del medio, a no ser que éste aplique completamente, al menos a la posición del planeta al que se dice que aplica, y esto ya por movimiento directo, ya por movimiento retrógrado, como se dijo en otro lugar, porque si el planeta intermedio, mientras se produce una separación mutua del de un extremo, aplica, mutuamente, al del otro extremo, no se producirá una perfecta unión de las virtudes de los extremos, ya que lo obstaculizará el extremo que se está separando, por el cual el efecto queda perturbado.

Pero atañe a lo primero que se ha expuesto como hecho relevante aquello que se suele decir vulgarmente: que estando dos planetas partilmente unidos y aplicando a otro más lento, la fuerza de uno de los más rápidos que están juntos pasa al más lento. Pues aquí no hay transmisión de fuerza, como se ha dicho anteriormente, sino tan sólo que el efecto de los más lentos es iniciado por el más rápido de los que están unidos.

2.- “Un planeta pesado, o más lento, ubicado entre dos planetas más rápidos y conectado con éstos mismos impide que se comuniquen o unan sus fuerzas”. Pero esto se contradice completamente con lo primero que se ha apuntado. Pues, aunque la separación del planeta extremo siguiente tenga menos fuerza que la aplicación, sin embargo no destruye la fuerza y el efecto de la conjunción de éste con el intermedio. Por consiguiente, éste concurre al efecto de la citada conjunción tanto per se como en razón de su estado, y, por esto mismo, en razón de la conjunción con el planeta del extremo precedente. Por ese motivo, las fuerzas de los extremos se mezclan y unen, y mucho más si el planeta del extremo, el precedente, alcanza con el orbe de su influencia al planeta del otro extremo, el siguiente, y se aplican mutuamente. Sin embargo, el efecto de la conjunción simple de los planetas extremos será impedido, o retrasado, por las cosas o personas significados por el planeta del medio, si ésta, por su naturaleza, es contraria al efecto. Por ejemplo: Saturno entre los regentes del Ascendente y de la séptima casa, en cuanto al matrimonio; o entre los regentes del Ascendente y del Medio cielo, si se trata de honores, sobre todo si Saturno está en una mala posición o es enemigo de la séptima o del Medio Cielo. Lo mismo se ha de aplicar a los demás.

3.- “Estando tres planetas unidos, o corporalmente o por aspecto, si uno de los extremos, por la velocidad de su movimiento, alcanza al otro extremo antes de que lo haga el intermedio, se dice que separa la fuerza del intermedio de ese planeta externo².” Pero esto está en contradicción con el punto primero, pues, de los extremos, el más veloz, cuando sobrepasa al intermedio, transfiere (utilizando su lenguaje) su fuerza al siguiente extremo o, según digo yo, unirá su fuerza. Así pues, si Júpiter está situado a 20° de Cáncer, Venus a 15 y la Luna a 10, puesto que la Luna alcanza a Júpiter antes de que lo haga Venus, hay que decir que de allí no se destruye el efecto significado por la conjunción de Júpiter y Venus, sino que deberá ser completado o perturbado por las cosas significadas por la Luna. Y si nos atenemos razonablemente a esto, habría que tener siempre especialmente en cuenta a la Luna, pues ésta, por sí misma o por sus aspectos, completa o perturba muchas veces los efectos de todos los otros planetas conectados por sus respectivos aspectos pláticos. Mas no separaría la fuerza del planeta primero del segundo.

4.- “Si un planeta aplica a otro más lento y, antes de que lo alcance, un tercer planeta, con un movimiento contrario, llega al mismo, se dice que frustra las fuerzas de los primeros”. Es decir: el efecto significado por su unión se suprime o disipa. La razón es ésta: porque el tercer

² Esta situación es la modalidad de contacto llamada abscisión

planeta, con su aplicación mutua con los dos anteriores, es mucho más seguro que produzca su efecto que éstos entre ellos por su aplicación simple, por lo que el propio efecto de éstos entre sí queda eludido o suprimido.

5.- “Si el planeta precedente no alcanza al siguiente, al que aplica, antes de que éste llegue a un tercero o a un rayo fuerte, el precedente (según dicen) queda frustrado en su fuerza”. Es decir: se frustra su efecto con el siguiente. Pero esto entra en contradicción con el primer punto, pues el segundo transferiría la fuerza del precedente al siguiente, el tercero, como ya se ha explicado antes. Además, aquel tercer planeta o rayo fuerte podría ser compatible con ese mismo efecto, así pues, ¿por qué lo frustraría? Por lo tanto, tan sólo puede impedirlo si es incompatible o contrario.

6.- “Un planeta rápido, aplicando a dos planetas lentos unidos de forma partil, colabora más eficazmente con el más lento de ellos”, porque alcanza antes la unión con éste. Pero, en cambio, un planeta lento precedente y aplicando a dos planetas ligeros unidos de forma partil, concurre más eficazmente con el más lento de éstos. Pero no hay que perder de vista que esa aplicación es a la posición, pero no al cuerpo de los más rápidos.

7.- “La aplicación más cercana, por cuerpo, con un planeta más lento suprime la fuerza de los aspectos más alejados”. Sobre todo si son contrarios al efecto de esa aplicación, lo que habrá que atender siempre con mucho cuidado.

8.- “Un aspecto con planetas en conjunción turba su conjunción, si es fuerte, y el efecto de la conjunción es contrariado”. Pero atiendase cuidadosamente a la naturaleza y calidad tanto de los cuerpos como de los aspectos que producen la interferencia, según se manifiesten en ellos unas cosas, personas, felicidad o infelicidad.

9.- “Un planeta que se separa de uno por aspecto y aplica por cuerpo a otro, actúa más eficazmente con éste, al menos a igual distancia”. Y la razón es evidente por sí misma, incluso aunque estuviera más alejado, porque la aplicación es más fuerte que la separación y el cuerpo que el aspecto.

10.- “De un planeta ubicado entre otros dos y conectado con ellos se dice que está sitiado por los de los extremos”. Y si lo rodean planetas benéficos, es bueno; si son maléficos, muy malo; si uno es benéfico y el otro maléfico por naturaleza, obviamente, o por determinación, hay que juzgar por aquél al que se produce la aplicación, sobre todo si está más cerca y es más fuerte. Pero será más notable el efecto si los extremos están corporalmente bajo el orbe de influencia del intermedio, o el orbe mutuo (de los extremos), o hay una aplicación recíproca entre el intermedio y uno de los dos. Lo mismo se ha de pensar de un planeta entre dos aspectos.

11.- “Si hay dos planetas que están respectivamente bajo sus orbes de influencia, no importa cuántos ni cuáles planetas o aspectos estén ubicados entre ellos, no impedirán que se produzca el efecto de su conjunción, aunque hubiera una separación mutua del intermedio, pero no de los extremos”. Sin embargo los planetas interpuestos pueden perturbar el aspecto o el efecto de la conjunción de los extremos, si le son contrarios -como se dijo en el punto 8-, mas no suprimirlo.

12.- “Cuando dos planetas no se aspectan y un tercer planeta, más ligero que ambos, aplica simultáneamente a uno y otro, o se separa simultáneamente de ambos, bien sea tan sólo por aspecto, bien por cuerpo, se dice que este tercer planeta recoge la fuerza de los otros, es decir, la fusiona en sí mismo”, de tal modo que produzca sus efectos tanto por su propia virtud como por la virtud conjunta de los otros.

Por los demás, todas las combinaciones que acabamos de describir pueden darse entre planetas, bien benéficos ambos por naturaleza o determinación, bien uno benéfico y los otros maléficos, o al revés; asimismo, o todos o una parte están bien o mal afectados; y todos estos datos deben ser objeto de una cuidadosa atención, igual que la naturaleza, cualidad, estado y determinación de los intermedios entre los externos.

CAPITULO 4 DE LA DORIFORIA DE LOS PLANETAS O ACOMPAÑAMIENTO

La doriforia de los planetas está en relación con las aplicaciones o separaciones: en efecto, no es otra cosa que la unión -o aplicación- o la separación de los planetas, mas con una peculiar y más notable consideración. Además, la doriforia es doble: por cuerpo y por aspecto; y ambas deben ser consideradas tanto en los luminares como en los planetas menores, al menos los de mayor importancia y trascendencia en la figura.

La doriforia de las luminarias por cuerpo es cuando uno, dos, o más planetas acompañan al Sol o a la Luna, de tal modo que éstos no distan del acompañante, o del más cercano de los acompañantes, más de ambos semidiámetros del orbe de influencia, pero los otros acompañantes están en iguales condiciones entre ellos -aunque los antiguos astrólogos admiten entre el Sol, o la Luna, y el planeta acompañante 30 grados de distancia, lo cual, sin embargo, no es una doriforia por cuerpo, sino por aspecto de dodecil. Cuantos más planetas haya como acompañantes y cuantos más cercanos estén al Sol -o a la Luna- y entre ellos, fuera de los límites de la combustión, tanto más notable será la doriforia y producirá sucesos mayores y muy poco frecuentes si es absoluta, encontrándose todos los números a continuación unos de otros.

En primer lugar, si los planetas acompañantes están orientales al Sol, y, sobre todo, si pueden verse antes de su orto, u occidentales a la Luna; segundo, si son de la misma, condición y sexo que el propio luminar -obviamente, masculinos y diurnos para el Sol, pero femeninos y nocturnos para la Luna-, en el caso de que concurran todos estos factores, la doriforia será insigne y poderosa, y promete grandes cosas acerca de los hechos particulares significados por aquellos planetas a los que domina con su determinación el luminar que tiene la doriforia, sobre todo si dicho luminar está en los ángulos. Pero si todos los factores que concurren son contrarios, la doriforia será pésima y presagia un mal muy grande, sobre todo si está en las Casas desdichadas de la figura. Donde esté la agrupación de los (planetas) superiores sucederá la combinación de los efectos tanto en la sustancia como en la calidad de fortuna o infortunio, que, sin embargo, siempre inclinará hacia la parte que predomine.

Por ejemplo, en mi carta natal están Mercurio, Venus, el Sol, Saturno y la Luna conjuntos al principio de la duodécima casa, y Venus -regente de la primera- y Mercurio -regente de la segunda- están orientales al Sol; Júpiter y Saturno occidentales; la Luna está occidental a Saturno -regente del Medio Cielo-, y los demás orientales; además, Júpiter, Venus y Mercurio son benéficos y con buena disposición; en cambio Saturno es maléfico por naturaleza, pero, por determinación, en parte con buena y en parte con mala disposición; por fin. Mercurio es el único que está en signo masculino, todos los demás planetas están en signos femeninos, y, sobre todo, Venus es de sexo femenino. Pues por ello ocurre que la historia de mi vida y de mi fortuna es asombrosa y nada corriente, famosa evidentemente por las numerosas desdichas y hechos afortunados, de cuerpo y alma, y los numerosos peligros que expondré más detalladamente en otro lugar.

La doriforia de los planetas menores por cuerpo es, igual que se ha dicho antes, cuando uno o varios planetas acompañan a otro planeta, sobre todo si éste está ubicado en su domicilio o en su exaltación y es de primordial o notable relevancia en la figura (como, por ejemplo, si se trata del dispositor de la carta, o del regente del Sol, la Luna, el Parte de Fortuna, el Ascendente o el Medio Cielo).

Y esta doriforia también presagia grandes y notables bienes, ciertamente insignes si el planeta acompañante está bien dispuesto y es de su mismo sexo y condición. Pero si el planeta de primera importancia en la figura está en su exilio o caída y le acompañan uno, dos o más planetas maléficos por naturaleza o determinación, mal dispuestos, y contrarios por su sexo y condición, dicha doriforia presagiará males muy grandes.

También hay que prestar especial atención a la doriforia de aquellos planetas que rigen la duodécima u octava casa, pues éstos significan singulares calamidades y muertes ilustres.

Por fin, todo concurso de planetas en alguna casa de la figura hace al nativo conocido y famoso por los significados de esa misma casa, como se evidencia en mi propio caso, por el concurso de 6 planetas al principio de la duodécima casa, en lo que se refiere a enfermedades, servidumbre y enemigos ocultos; en el nobilísimo D. Ludovico Tronson, por el concurso de los cuatro planetas -Luna, Júpiter, Venus y Mercurio- en la décima casa (de éstos, los tres últimos eran occidentales a la Luna y orientales al Sol, situado cerca del principio de la duodécima) en las dignidades, honores y el feliz éxito de sus acciones; en el ilustrísimo D. Carlos Dalbert, condestable de Luynes, por el concurso de 4 planetas en la tercera casa, en cuanto a sus hermanos, allegados y muchas cosas más.

La doriforia del Sol o la Luna, o de otros planetas, por aspecto es notable sobre todo de tres maneras:

-Primero, cuando a un planeta angular, en su regencia o exaltación, le aspecta otro planeta, situado también en su regencia o exaltación, naciendo su rayo antes que el del primer planeta. Esta doriforia hace la carta ilustre y asegura grandes cosas, sobre todo si el planeta angular está en el Ascendente o en el Medio Cielo y es benéfico por disposición.

-Segundo, si a un planeta situado en el Ascendente o en el Medio Cielo le acompaña un planeta de la misma condición, que lanza su rayo a la parte anterior, respecto al Sol; o posterior, respecto a la Luna.

-Tercero, cuando, a un planeta situado en el Ascendente o en la casa X, le acompañan las estrellas diurnas, en un nacimiento diurno, o nocturnas, en un nacimiento nocturno, siendo el rayo anterior o posterior, según el planeta sea per se diurno o nocturno. El Sol y la Luna también pueden acompañar a planetas de su misma condición o secta situados en los ángulos. En cambio, habrá discrepancia y desacuerdo en el efecto significado si los planetas nocturnos acompañan a los diurnos, o los diurnos a los nocturnos, a no ser que los acompañantes sean benéficos y bien dispuestos.

Por lo demás, la tercera doriforia, o mediana, se puede deducir de los dos tipos anteriormente expuestos: es, evidentemente, cuando a un planeta le acompañan otros, los unos por cuerpo, los otros por aspecto.

Además de las doriforias explicadas anteriormente, aún hay otra ignorada de los antiguos, que es así: Si el planeta regente del Ascendente o del Medio Cielo, o el Sol, o la Luna, o sus dispositores, o, por fin, algún otro planeta de especial relevancia en el tema -y sobre todo si se trata de los planetas superiores- está acompañado por tres o cuatro estrellas fijas ilustres - y sobre todo en la casa I o X-, dicho planeta, el rodeado, produce efectos sorprendentes, como demostraremos en la práctica de la astrología con asombrosos ejemplos de este siglo tan fértil en prodigios. Y por eso los planetas, o sus aspectos, o las estrellas fijas -únicamente las ilustres-, o las mezclas de unos y otros pueden constituir, para el Sol, doriforias admirables en cuanto a sus efectos.

SECCIÓN 3 DE LOS PLANETAS COMBUSTOS POR EL SOL

CAPITULO 1 QUÉ ES EL QUE UN PLANETA ESTÉ COMBUSTO POR EL SOL.

Triple es el estado de los planetas conectados corporalmente con el Sol:

-El primero es cuando el planeta está unido partilmente al Sol, por longitud y latitud, o, al menos, los centros de ambos no distan entre ellos más de 16 minutos (el tamaño del semidiámetro del cuerpo del Sol). Entonces los astrólogos dicen que el planeta está en Cazimi o en el corazón del Sol.

-El segundo es cuando el centro del planeta dista más de 16' del centro del Sol, pero no más de la diferencia entre el orbe del Sol, que es de 18 grados, y el orbe del planeta, que es siempre menor, y que definimos en el capítulo 13 de la sección I. Entonces se dice que el planeta está combusto por el Sol, porque al estar, evidentemente, situado en la misma vertical del Sol, no puede verse -incluso estando el Sol oculto debajo del horizonte- por no haber salido aún el planeta de los límites de su combustión, como se explica en el mismo capítulo. Y por ello nos consta que los planetas no tienen todos el mismo límite de combustión, sino que cada uno tiene el propio, hecho desconocido para los antiguos.

-Por fin, el tercero es cuando el centro del planeta dista del centro del Sol más del anterior margen, pero todavía se halla bajo el orbe de influencia del Sol y entonces se dice que el planeta tan sólo está bajo los rayos del Sol. Pero en cuanto el cuerpo del planeta sale del orbe de influencia del Sol, se dice que está libre de los rayos del Sol.

CAPITULO 2 CUALQUIER PLANETA TIENE SIEMPRE ALGUNA PARTE DE SU INFLUENCIA EN EL CORAZÓN DEL SOL, O EN COMBUSTIÓN O BAJO LOS RAYOS.

Pues, si trazamos dos líneas rectas, que alcancen una por un lado al Sol, la otra por el otro al planeta, y las continuamos hasta los puntos del planeta¹, el propio planeta estará en el corazón del Sol respecto al lugar hacia el cual tienden dichas líneas o el cono que forman: bien sea que tienda hacia la Tierra u otro planeta, hacia el éter o hacia los espacios sublunares y, respecto a ese mismo lugar, se dirá que está combusto o bajo los rayos del Sol. Pero de allí se da que un planeta no combusto para la Tierra, alguna vez está combusto por sus aspectos; igual que si una línea conducida por los centros del Sol y de Júpiter desemboca en el lugar del aspecto de cuadratura de Júpiter, se dirá que éste está combusto en el lugar de su cuadratura, aunque la línea o rayo que avanza desde el citado lugar a la Tierra esté libre de combustión.

Por lo demás, igual que los cuerpos de los planetas que están, respecto a nosotros, en el orbe de influencia del Sol en el primer movable, a la distancia de la cual se ha hablado antes, también se dice que están combustos respecto a nosotros, evidentemente, nos dicta la razón que hay que pensar lo mismo de los aspectos. Obviamente los lugares de éstos, si fuesen discernibles por alguna luz, es razonable pensar que aquellos que cayeran en el orbe del Sol nos resultarían invisibles, porque lo impediría el brillo del mismo Sol. Y así pues, el Sol en trígono con Júpiter quema el trígono de Júpiter respecto a nosotros. Y así de los demás.

¹ Se refiere probablemente a los 11 puntos donde están los aspectos de todo planeta.

CAPITULO 3 SI LOS PLANETAS COMBUSTOS NO TIENEN NINGÚN PODER SOBRE ESTE MUNDO INFERIOR, TAL COMO PENSARON LOS ANTIGUOS.

Allí se nos presenta una gran dificultad y la discrepancia debe ser dirimida. Pues muchos astrólogos, entre ellos Juntino (tratado de la revoluciones p. 1134), no conceden ninguna fuer2a al planeta combusto. El propio Ptolomeo (libro 3, Cuadrip), hacia el final del capítulo 14), al tratar del anareta dice: “Pero, en verdad, no conviene tomar ninguna de aquellas estrellas que están inmersas bajo los rayos del Sol, ni para matar, ni para ayudar, a no ser cuando la Luna es la prolongadora de la vida (hileg). Pero el Sol es el que mata, cuando está herido también por algún maléfico que (según dice Cardano en su comentario) sale al encuentro de la Luna, antes de que lo haga el propio Sol.” Pues entonces cuando el Sol o su rayo de cuadratura o de oposición salga al encuentro de la Luna, matará con mucha mayor seguridad por ese mismo maléfico.

Cardano, en el Comentario (en el cap. 18, libro 3), vuelve a hablar de los planetas combustos en estos términos: “Pero de estos hechos se pone en evidencia qué es lo que prometen los astros que se esconden bajo los rayos, pues es prácticamente nada, según estiman los árabes, sino que al final de la vida, como se ha visto anteriormente (evidentemente, en el cap. 14) no pueden nada, ni para perjudicar, ni para ayudar. Sin embargo parecen tener alguna influencia en las cualidades del ánimo, pues los hacen más torpes y propensos al pesar, también de proyectos oscuros y escondidos e inclinados a tratar cosas ocultas. Pero en lo que se refiere a los hijos, los niega el planeta que está bajo los rayos. Así pues, de esto se colige una triple regla, de este modo: un planeta bajo los rayos, en los asuntos más importantes, como la vida, la muerte o los hijos, ni promete ni puede prometer nada; y en aquellos que atañen a las acciones, casi nada. Mas en las que ya son (entiéndase, las cosas que vienen determinadas ya en el momento del parto), como en las cualidades del cuerpo y del ánimo, significan efectos débiles. Sin embargo, en la temperatura y cualidades del cuerpo significan quemazón, igualmente en las enfermedades, sobre todo Marte”.

Esto es lo que decían, que es confirmado por el mismo Cardano en el Coment., en el capítulo 13, cuando da esa regla acerca de los planetas combustos: “Cuando un planeta está bajo el Sol, el propio Sol dispone en lugar de ese citado planeta: esto es, se arroga la capacidad de actuar de ese mismo planeta, porque el planeta no puede obrar por sí mismo”. Y el aforismo 13, libro 2: “Cuando todos los planetas están bajo el Sol (dice), aquel nacimiento tendrá un dispositor único” el cual, por lo tanto, será el Sol, según lo. Dicho anteriormente por Cardano. Esta doctrina de los antiguos nadó de esto: el que pensaron que todos los planetas producían sus efectos en las cosas sublunares por la luz, y no se percataron de que no sólo la Luna, sino también Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio carecen también de luz propia y tan sólo son iluminados por el Sol, cuya luz reflejan hacia este mundo inferior. Y, una vez sentado esto, no es nada sorprendente que, al comparar la inmensa e intensísima luz del Sol (a la que consideraron también como productora en la misma medida de un intenso calor) con la exigua y débil luz de los otros planetas, juzgaran que la fuerza de estos últimos se destruía, debilitaba o quemaba por el poder del Sol. Pero, puesto que en el libro 13 hemos probado que la luz, per se, sólo ilumina y no puede hacer nada más, por eso ya se ve la falsedad y la negación de ese fundamento de los antiguos.

Así pues, para solucionar la cuestión propuesta, hay que apuntar que un planeta puede estar quemado por el Sol de dos maneras: primero, por cuerpo, cuando el cuerpo del planeta cae en el orbe de influencia del Sol; segundo por aspecto y esto, de nuevo, se da de dos maneras:

-Primero, si, por ejemplo, el trígono de Júpiter cae en el orbe de influencia del Sol.

-Segundo, si la línea trazada por los centros del Sol y de Júpiter termina en el cielo (es decir, corta a la Eclíptica) junto al lugar del trígono de Júpiter. Pero esta combustión, cuando se da, es respecto al cielo, no respecto a la Tierra y por eso no puede dañar al trígono respecto a la Tierra.

De los otros dos modos anteriores, cabe preguntarse si el Sol disipa o debilita la fuerza del planeta o aspecto al que se dice que quema, como hasta ahora han pensado Ptolomeo y todos los astrólogos, sobre todo de los cuerpos de los planetas.

Pienso que la solución se ha de buscar así: en cualquier planeta hay formalmente una doble naturaleza o virtud: la elemental y la celeste o influyente -como hemos dicho en el libro 8, sect. 1-, pero en los aspectos de los planetas tan sólo está formalmente la fuerza influyente, que sin embargo contiene en gran medida a la elemental.

Así pues, el Sol conjunto a algún planeta cohibe o debilita la fuerza elemental de éste con su exceso de calor y la inmensidad de su cuerpo, sobre todo si le es contrario. Ciertamente no haría esto si distara tanto de nosotros que apareciera como menor que Saturno o no mayor que él; o sí Saturno, por ejemplo, se acercara tanto a nosotros que igualara la ya visible magnitud del Sol, o incluso la sobrepasara diez o den veces. Pues, entonces. Saturno partilmente conjunto al Sol suprimiría mucho más la fuerza de éste -y esto se ve con toda claridad en los eclipses del Sol por la Luna, en los cuales no experimentamos el calor del Sol, sino el frío de la Luna, incluso en verano; también cuando el Sol está bajo la Tierra (que es el cotidiano eclipse total del Sol por la Tierra) momento en el cual no nos afecta el Sol con su calor, sino la Tierra con su frío-.

Pero el Sol no disipa ni debilita con su combustión la fuerza influyente del planeta -como opinaron los antiguos-, aunque es mucho más poderoso que éste tanto por su superioridad y su dominio sobre los otros planetas, como por la magnitud de su cuerpo. Esto lo probamos con las razones y las experiencias que atamos a continuación.

CAPITULO 4 RAZONES CONTRA LA OPINIÓN DE LOS ANTIGUOS.

La primera razón tiene que ser ésta: de ningún modo se dice que un planeta conjunto a la Luna queda privado o expoliado de su virtud por la propia Luna, aunque la fuerza de la Luna supera con mucho a la del atado planeta -en lo que nos atañe a nosotros- por la proximidad de la propia Luna, según el común acuerdo de los astrólogos que atribuyen al Sol y a la Luna la primacía sobre los planetas. Y no sirve de explicación el que el planeta conjunto a la Luna se ve, pero no el conjunto al Sol, de lo contrario, por la misma razón, durante el día ningún planeta sobre el horizonte tendría fuerza alguna para aquéllos por los que no puede ser visto. Por lo tanto, del mismo modo, las fuerzas de los planetas, al menos las influyentes, no quedan suprimidas o debilitadas por la conjunción con el Sol.

Segunda: Según el común acuerdo de los astrólogos -que aquí entran en contradicción consigo mismos-, se dice que el Sol conjunto con Marte o Saturno es lo más perjudicial y produce en este mundo inferior un efecto maligno -evidentemente por la concurrencia de los rayos del Sol y de Saturno o Marte-; y esto es tan cierto que no hay nada más cierto en astrología. Pero ello no sucedería si el Sol disipara, por su conjunción con Saturno o Marte, el influjo maligno de éstos, pues (el efecto maligno de dicha) fusión se vería impedido por la disipación de los rayos de los atados planetas. Es más, los astrólogos nos enseñan los diversos efectos de cada planeta originados por su conjunción con el Sol y si de ello se producen efectos variados, en consecuencia, también de ello salen a la luz diversas influencias para producir esos mismos efectos. En resumen, al menos la capacidad de influir de los planetas no queda suprimida, cohibida o disipada por el Sol.

Tercera: todos los antiguos maestros de astrología quieren que un planeta en Cazimi o corazón del Sol -esto es, en conjunción partil con el Sol- tenga la mayor fuerza y que su virtud se una entonces con el Sol y actúe sobre este mundo inferior casi como por un solo rayo y con la misma virtud que el Sol, según dice Origano (Introd. part. 3, p. 434). Pero es ridículo opinar que Júpiter en conjunción plática con el Sol o a una distancia de éste de nueve grados se quema y queda privado de sus fuerzas por la asombrosa virtud del Sol, pero que en conjunción partil ni se quema ni pierde nada, porque, suponiendo que haya combustión, igual que ésta se desvanece hacia la periferia del orbe de influencia del Sol, donde cesa completamente, igualmente, por el contrario, cobra fuerzas hacia el centro donde es más poderosa. Por eso, si la combustión suprime las fuerzas de los planetas, la posición central lo hará muchísimo más, lo contrario de lo que pensaban todos los astrólogos antiguos.

Cuarta: Mercurio está combusto la mayor parte del tiempo, y sin embargo todos los astrólogos le atribuyen mucho poder tanto en el aire como en las natividades de los hombres. Es más, Ptolomeo (libro 4, Cuadrip., cap. 4) toma la clase de arte o de maestría de Mercurio, Venus y Marte, opinión que suscriben todos los otros astrólogos ¿Acaso incluso el propio Cardano, aunque un poco antes afirmó que los planetas bajo los rayos no prometen casi nada en aquello que atañe a las acciones, como es el arte, no excluye sin embargo la combustión de Mercurio, porque no ha visto que Ptolomeo la excluya? Pero esto debería hacerse y por esa razón habría al menos que atribuir a Mercurio escasos e ínfimos erectos. De todo ello queda claro que los antiguos se contradecían a sí mismos en este tema. Y no resulta satisfactoria la “graciosa” explicación de algunos de ellos: que Mercurio está acostumbrado a la combustión, pues, primero, eso nos llevaría a pensar que al principio del mundo aquél tendría menos influencia sobre este mundo inferior que ahora, porque entonces no estaba acostumbrado a la combustión, y que, al menos desde Ptolomeo hasta nuestra época, se habría advertido algún incremento de su virtud, lo cual, sin embargo, no se ha hecho nunca. Segundo, de los otros planetas, sobre todo la Luna, Venus y Marte, no puede decirse que, desde que el mundo se fundó hasta hoy, no se han acostumbrado bastante a la combustión. Tercero, si Mercurio está acostumbrado a la combustión y por ello le perjudica menos que en la antigüedad, de ello se seguida que, a fin de cuentas, la virtud del Sol respecto a Mercurio ya ha quedado disminuida,

esto es ¡respecto al más pequeño de los planetas! En consecuencia, ¿cuánto más lo sería respecto a los otros mayores?

Quinta: Si las fuerzas de los planetas combustos fueran nulas, se seguiría que en cada novilunio la fuerza de la Luna sobre este mundo sublunar sería nula, cosa que está demostrado que es falso por dos razones: primero, porque, de las sizygias lunares, en general ninguna se observa mejor que el novilunio; segundo, porque, supóngase que en el novilunio se dé un eclipse de Sol, hecho al que todos los astrólogos atribuyen la mayor trascendencia, es cierto que la misma fuerza del eclipse no reside esencialmente en la disminución u obstaculización del calor o la luz del Sol, de lo contrario el efecto de dicho eclipse sería muy breve (éste empezaría y acabaría evidentemente con el eclipse), y por ello sería menor y más ligero que el efecto de la diaria estación del Sol bajo el horizonte. Así pues, la fuerza del eclipse reside necesariamente en la unión partil, y por eso poderosísima, del Sol y la Luna y sus influencias mezcladas por cuerpo, igual que la fuerza de la cuadratura de las luminares reside en la mezcla de las mismas influencias por una radiación cuadrada. Pues no es un filósofo de mente cuerda el que niegue que los rayos de los astros -bien sea los de luz, bien los de las cualidades elementales, bien los influyentes- lanzados hacia este mundo inferior, se mezclan en su común concurso.

Los astrólogos corrientes dirán, con los antiguos, que o el propio Sol, o el señor del lugar de la Luna, o el planeta al que ésta aspecta de forma más partil, cumple la función de la Luna y asume el gobierno de las cosas que pertenecen a la Luna, es decir: que produce efectos lunares aunque ella misma no haga nada ni pueda hacerlo, porque atribuyen la fuerza de cualquier planeta combusto a otro, uno de los tres ya citados, y hasta ahora no han podido ponerse de acuerdo en cuál de ellos hay que elegir.

Pero se ve claro cuan absurdo es atribuir la fuerza de la Luna al Sol de lo que sigue: pues, ya que se supone que el Sol y la Luna están unidos partilmente y en el mismo lugar respecto al cielo y la Tierra, si se niega que el efecto del novilunio es por la acción simultánea de ambos luminares, concédase al menos que las fuerzas del Sol y la Luna concurren para dicho efecto, porque, ciertamente, el Sol hace las veces de la Luna y él mismo no es expoliado de su virtud: ¿con qué experimento demostrará Cardano que las fuerzas de la Luna, que por sí misma carece de ellas, proceden del Sol, pero no de la Luna, que no puede carecer de ellas, a no ser que deje de ser Luna y sobre todo cuando el Sol no puede actuar con las propiedades de la Luna, a no ser que las tenga? Pero éstas no pasan de la Luna al Sol, no más que las del Sol a la Luna, lo cual se debe pensar también de cualquier otro planeta combusto.

Igualmente, del regente de la Luna diremos: primero, si la Luna está en Cáncer, no está sujeta a la regencia de nadie. En consecuencia, ¿cada vez que los novilunios se den en Cáncer, éstos serán sin efecto por la carencia de regente de la Luna y no tendrán ninguna influencia en este mundo sublunar? Esto se contradice con la experiencia que demuestra que en ellos la fuerza de la Luna se manifiesta con más eficacia y pureza. Y lo mismo cabe decir de cualquier planeta que se una al Sol estando en su domicilio. Segundo, si, al no hacer nada la Luna combusta, su regente, en cuanto que regente, suple su papel, por la misma razón hará las veces del Sol y así ambos luminares conjuntos no harán nada cada vez que estén sometidos al dominio de otro planeta, cosa que ningún astrólogo ha dicho. Tercero: el planeta regente de la Luna no puede suplir las fuerzas de la Luna con sus propias fuerzas, ni las de cualquier otro planeta al que rija, pues las fuerzas influyentes de cada cual difieren por su naturaleza. Pero tampoco puede recibir éstas de la Luna o de otro planeta, ya que no se pasan de uno a otro, ni por combustión ni de ningún otro modo, pues la combustión de un planeta no transmite la fuerza del combusto, sino tan sólo la suprime, cohíbe o debilita, según dijeron éstos mismos. En consecuencia: no suplirá las fuerzas de la Luna. Cuarto: O el regente de la Luna hace las veces de ésta aunque no esté combusta, o solamente cuando está combusta. Si es esto último, ¿por qué factor es avisado el mismo regente de la combustión de la Luna y entonces, y no en

otras circunstancias, es impelido a actuar? Si es lo primero, en consecuencia lo mismo se aplicará a cualquier regente de cualquier planeta, y por ello, cuando ningún planeta esté en su propio domicilio (lo cual ocurre a menudo), en todo aquel tiempo ninguno de los siete planetas actuará sobre este mundo sublunar. Pues si Marte es el regente del Sol, Marte hará las veces del Sol, pero, si Marte no está tampoco en su propio domicilio, también su regente suplirá su papel. Y así con los demás y, por esa razón, o ningún planeta actuará, lo cual es falso, o cualquiera obrará, no en lugar de otro, sino por sí mismo, aunque sus fuerzas estén conjuntas y mezcladas, lo cual es completamente cierto.

Por fin, el que el planeta que aspecta de forma más partil a la Luna actúa por ella cuando está privada de su poder, así también se prueba que es falso: Primero, porque si la sustitución de la Luna, o de otro planeta combusto, pertenece por derecho natural al planeta que lo aspecta de forma más partil, en consecuencia, si ningún planeta aspecta a la Luna unida al Sol (como sucede a menudo) tal novilunio no tendrá tampoco ninguna influencia en todo el orbe de las tierras - cosa que los propios astrólogos no diremos-. Segundo, porque el planeta que aspecta de forma más partil a la Luna en el novilunio, o no hace más con su aspecto que si el Sol no estuviera conjunto a la Luna, o hace más. Si es lo primero, en consecuencia, igual que no se dice que hace las veces de la Luna cuando ésta dista del Sol, del mismo modo tampoco la suple cuando está conjunta al Sol. Si es lo segundo, ¿de dónde, pregunto yo, recibe la potestad de actuar más? Pues si alguien dice que dicho planeta es movido y fortalecido por el Sol, que lo aspecta (porque les resultará especioso el subterfugio a aquellos que, inermes en presencia del azote de la razón, intentan por todas partes cavarse un escondrijo a semejanza de los topos), éste a buen seguro no se saldrá de rositas:

ciertamente porque, si ni siquiera el Sol transmite con un aspecto suyo a otro planeta su propia virtud, la que tiene, mucho menos transmitirá la virtud de la Luna, que no tiene él, lo cual sin embargo es necesario para que el planeta aspectante actúe con las fuerzas de la Luna o haga las veces de ésta, esto es, que produzca los efectos que debe producir la propia Luna.

Pero pongamos un ejemplo general, supongamos que Júpiter está combusto en Acuario y en la décima casa: de allí debe producirse un efecto de la naturaleza de Júpiter en la medida en que él mismo está en Acuario y en la décima casa. Pero, ¿porqué tal efecto se atribuirá preferentemente al Sol, o al planeta regente, o al que aspecta de forma más partil, que al propio Júpiter que está él mismo en Acuario y en la décima casa? Después de las otras explicaciones que hemos rebatido anteriormente, esto queda, con toda lógica, como un completo despropósito y demuestra que, en esta materia, la inteligencia de los antiguos ha sido, cuanto menos, ofuscada por los rayos solares.

Pero lo que se ha dicho de los cuerpos de los planetas combustos, se debe aplicar por igual a sus aspectos, los que caen en el orbe de influencia del Sol, porque su capacidad de influencia no se anula o debilita con la combustión, de lo contrario no se produciría un efecto maligno, como sí sucede, por la cuadratura de Saturno o

Marte con el Sol.

CAPITULO 5 LAS EXPERIENCIAS CONTRA LA OPINIÓN DE LOS ANTIGUOS.

Las experiencias que contradicen la teoría de los antiguos les saldrán al paso por doquier a aquellos que vayan a escrutar las cartas natales de los hombres siguiendo los principios de la astrología, tanto en el juicio general como en el particular, según las direcciones de los significadores.

Yo he tenido a Mercurio combusto en Acuario y en sextil partil con el Ascendente, aplicando a Venus también combusta y regente de la primera casa y el regente de aquél. Saturno, está en la duodécima, también combusto y no considero a ningún cuerpo celeste más certero, en cuanto se refiere a la inteligencia, que el propio Mercurio y que no ha sido éste impotente para inducir mi intelecto a investigar las ciencias más elevadas lo demostrarán en parte la astronomía, que yo he vuelto a restablecer, y esta astrología gálica.

Igualmente tuve a Venus, regente de la primera casa, en su exaltación, conjunta al Sol, señor de la quinta, y combusta, en trígono con Marte, regente del Ascendente; pero, por otra parte, a Júpiter y Saturno, regentes de la nueve, conjuntos con la misma Venus, en trígono con Marte, y también combustos. Difícilmente se puede explicar cuántos sinsabores del espíritu o de la carne me ha ocasionado tal disposición en todo el transcurso de mi vida hasta ahora, con una continua servidumbre hasta los 46 años a causa de Saturno -regente del Medio Cielo en la duodécima-, con perjudiciales y duraderas enfermedades a causa de los planetas en la duodécima -que es la de las enfermedades-, y más de 16 situaciones con el mayor peligro de muerte violenta por Júpiter, regente de la cúspide de la octava, que ocupa Antares, una estrella fija violenta, y del propio Júpiter situado en la duodécima, al que rodean, por la derecha, el Sol y Venus, pero, por la izquierda, la Luna y Saturno; y también por el aspecto de cuadratura de estos planetas a la cúspide de la octava.

Pero por direcciones, en el año en que el Medio Cielo llegó a Mercurio, me cayó en suerte, a mí que ni me lo imaginaba ni lo esperaba, la dignidad de profesor real por el personal favor y la clemencia de la serenísima reina madre, María de Medicis, a causa de Venus en su exaltación que venía a continuación. Y el año en que el Medio Cielo llegó a Venus, regente de la primera casa y del Parte de Fortuna, tuve casi 4.000 libras de dos prohombres por dos libros que había publicado, a la par que la celebridad de mi nombre, por el Sol y Júpiter que les seguían.

Lo mismo puede probarse en otras miles de cartas natales: con toda seguridad los planetas combustos no son despojados de sus fuerzas, al menos las de influencia, sino que actúan per se en razón de la propia naturaleza tanto del signo y casa que ocupan o gobiernan, como de los aspectos que efectúan con otros planetas o significadores, pero no a través de sustitutos, como hasta ahora se ha creído, aunque el influjo del Sol deba ser atendido principalmente por la razón antedicha.

Sin embargo, hay que saber que la cosa significada por el planeta combusto -las costumbres y la inteligencia o las acciones-, al menos no son completamente evidentes para todos y en parte se esconden. Y así aquellos que tienen a Mercurio combusto y como significador de la inteligencia, no abren a todos ni su ingenio ni qué tienen en la mente, sino que siempre se reservan algo oculto y tan sólo susceptible de ser revelado a muy pocos. Y el mismo argumento sirve para los demás.

Por fin, si la virtud de un planeta combusto no queda cohibida o suprimida, mucho menos se suprimirá la fuerza de sus aspectos, fuerza de la cual los antiguos opinaron también que no se suprimía, entrando de nuevo en este punto en contradicción consigo mismos, porque la fuerza del aspecto no tiene otro origen más que el planeta combusto. Y por eso, en este año 1641 en que Marte, regente del Ascendente en mi nacimiento, llegó a la oposición a Venus, regente de la Tierra, tras solicitarlo largo tiempo y con dificultad, conseguí 200 libras de aumento de mis remuneraciones, además de las escasas 600 que hasta ahora, miserable y demasiado laboriosamente, recibía anualmente del rey. Y esto, sin lugar a dudas, me distraería de esta tan

gran tarea que he asumido, si desde arriba no me incitara a ello fuertemente el influjo astral y no me aportara una ayuda desde otra parte a mí, que desprecio el lucro de la astrología.

CAPITULO 6 EN EL CUAL SE ECHAN POR TIERRA LAS RAZONES DE LUCIO BELANCIO EN FAVOR DE LA OPINIÓN DE LOS ANTIGUOS.

Para que se vea más claro cuan cierta es la doctrina que enseñamos, discutamos las razones que Lucio Belancio aduce en favor de la contraria, en contra de Pico de la Mirándola que ataca la opinión de los antiguos. Así pues, Belancio dice (quaest. 7, art. 3): “Es sobradamente manifiesto, en el cambio del aire, el que, cuando los planetas salen de los rayos del Sol, toman fuerzas. Por lo tanto las habían perdido en su conjunción con el Sol.”

Pero le respondo: El argumento puede ser cierto en cuanto se refiere a las fuerzas elementales y su potestad de iluminar este mundo inferior, pero no de sus influencias que difieren mucho de la luz y de las cualidades elementales. Como dijimos en otro lugar: a éstas se añade su dodecil con el Sol.

Insiste de nuevo: Que Mercurio toma la propiedad del planeta al que se une, a causa de su debilidad. Y todos los planetas son más débiles, respecto al Sol, que Mercurio respecto a cualquier otro. Por lo tanto cada planeta, cuando se une al Sol, asume la propiedad del Sol.

Pero le respondo, primero: Lo anterior es falso, obviamente el que Mercurio, cuando se une a cualquier otro planeta, como Saturno, toma su naturaleza. Y esto no lo ha demostrado ni lo demostrará nunca ni Belancio ni ningún otro astrólogo, aunque lo crean, por regla general, los astrólogos más incautos. Pues o asume la naturaleza de Saturno reteniendo la propia, y así se dirá que ambos actúan sobre nuestra mente por la mezcla de las virtudes de Saturno y Mercurio, o asume aquélla despojándose de la propia y así en la coincidencia de Saturno y Mercurio sólo quedará la virtud de Saturno, más débil incluso al estar así dividida que unida en Saturno, por lo que en el efecto de la conjunción de Saturno, regente del Ascendente, con Mercurio, no sólo será nulo el papel de Mercurio en cuanto se refiere a la inteligencia, sino que también será menor el efecto que estando Saturno solo, lo cual contradice sin embargo la experiencia. Pues de ésta nos consta que Mercurio conjunto con Saturno, regente del Ascendente, dispensa un ingenio excelente, sutil y profundo, ingenio que, de no estar Mercurio, sería lento y quizás embotado.

Segundo: para aducir la anterior conclusión no basta aquella hipótesis de Mercurio solo, la cual ya hemos demostrado que es falsa, sino que además se requiere una hipótesis semejante de mayor calibre: todo planeta más débil que otro asume su naturaleza, lo cual también se demostrará que es falso, como antes de Mercurio.

Vuelve a argumentar así: En las conjunciones de los otros planetas, la fuerza de la conjunción se atribuye al más fuerte. En consecuencia el Sol dejará al planeta que se encuentra conjunto a él privado de su virtud.

Pero le respondo: En efecto, es cierto que la principal fuerza de la conjunción debe atribuirse al más fuerte, pero es falso que deba atribuírsele toda la fuerza. Por lo tanto, lo mismo cabe pensar, en resumidas cuentas, del Sol y del Planeta conjunto a éste.

Por fin dice: La virtud del planeta conjunto es la misma que la del Sol o diferente. Si es lo primero, el efecto se atribuirá al Sol; si es lo segundo, el Sol predominará.

Pero le respondo: Si es lo primero, el efecto se atribuirá tan sólo al Sol, lo admito, pero, ya que este primer supuesto es falso, en consecuencia lo que de allí se sigue también es falso. Si es lo segundo (el Sol predominará), hago distinciones: si el Sol está más fuerte en el lugar de la conjunción, predominará, lo admito; pero si es más fuerte el planeta en la conjunción, éste predominará. En cambio, si en el lugar de la conjunción ninguno de los dos está más fuerte o más débil que el otro, el Sol predominará por su dignidad planetaria y su magnitud, es decir: el efecto de la conjunción será mucho más fuerte por el Sol. Y así queda claro que las razones de Belancio no tienen ningún peso y que confirman más eficazmente la teoría que hemos expuesto anteriormente. Por eso ya hay suficiente con lo dicho hasta ahora de los planetas combustos y si se deseara todavía algo más, búsqese en los libros 21 y 25 donde se tratará más profusamente de las conjunciones de los planetas.

FIN